Alicia Barberis

POZO CIEGO

COLIHUE
NARRATIVA

El Tacuara Basualdo hace rechinar la hoja del cuchillo sobre la chaira. De un lado y del otro. Gira la muñeca con el mismo ritmo, concentrado, como si en ese ir y venir de metales se le fuese la vida.

Una hilera de clientes tempraneros espera su turno del otro lado del mostrador; algunos se frotan las manos y otros mueven los pies para quitarse el frío. Detrás de ellos, las vacas cortadas en mitades cuelgan desde los ganchos de hierro y van dejando un rastro de gotas oscuras sobre el piso de granito. Un hedor intenso a sangre y grasa, mal disimulado con la lejía, lo impregna todo.

Nadie conversa esa mañana. Sólo clavan la vista sobre la nalga que acaba de desguazar el carnicero y siguen sus movimientos cuando él se pone a cortar los bifes que pidió una clienta. El filo se hunde en la carne y asoma del otro lado, pasando a milímetros de su mano izquierda.

Un poco más allá, el ventanal muestra la calle desierta del pueblo: los árboles grises y desnudos, el humo que serpentea desde las chimeneas, y un cielo despejado recién amanecido.

El gato devora unos pellejos que Basualdo le tira, cada vez a mayor altura, a medida que los bifes se van

apilando sobre la madera húmeda que bordea el mostrador, unos centímetros por debajo de la mesada de aluminio.

Los dedos del carnicero se ven hinchados; las uñas, enlutadas, como si el roce con la sangre las hubiera ido tiñendo con los años. Cuando termina se frota las manos en un trapo y, con un solo movimiento, lanza la pila de bifes sobre la balanza que cuelga del caño.

–Un kilo clavado –fanfarronea, mientras una media sonrisa deja al descubierto las manchas de nicotina y la virola de oro que tiene en uno de los dientes de arriba.

Los envuelve en el mismo diario en el que segundos antes hizo las cuentas y le pide al Oscarcito que cobre.

–¡El que sigue! –grita, y enciende la sierra cuando la Rosa Bustos pide costeletas.

La hoja dentada se hunde en el costillar de la vaca y el polvo de hueso, rojizo y crema, se amontona sobre el mármol blanco a los costados de la sierra, mientras el chillido penetra en los oídos de todos como un grito.

Salen algunos clientes y llegan otros, menos madrugadores.

La de Basualdo es la carnicería más concurrida del pueblo y hay que apurarse para conseguir buena carne. Es posible que al mediodía sólo cuelgue un pedazo de hígado con la piel reseca o se apiñen solitarios los últimos caracúes sobre el mostrador inmaculado. A esa hora, el Oscarcito baldeará la vereda con creolina, y hasta el otro día no se encontrará nada que valga la pena. Por la tarde se carnea, pero la carne estará caliente y dura.

El Tacuara sigue atendiendo: arranca el envoltorio de los sesos y amaga tirarlo. El gato da un salto y cae parado. Basualdo sonríe y después de dos amagues, final-

mente lo arroja. El gato muestra sus dientes puntiagudos mientras mastica, achinando los ojos. Traga y se relame, después lo mira con las orejas erguidas, esperando que siga el juego.

En ese instante se abre la puerta y, junto con la ráfaga de viento helado, entra el Manco Pernussi y dispara la noticia:

–La Negra Torres mató al marido.

El silencio que sigue puede cortarse con la cuchilla de Basualdo. Y de inmediato Pernussi agrega:

–Ahora mismo fue a buscarla la policía. Justo pasaba enfrente cuando vi el revuelo y pregunté. Contó el cabito nuevo que la Negra iba a la comisaría a pedir noticias diciendo que el Topo se las había tomado... ¡La muy perra! Pero Gamarra la enredó hasta que la hizo cantar. Apenas llegue el forense van a sacar el cadáver. La yegua lo enterró en el patio, justito donde juegan los pibes. Parece que lo enterró parado, y le sembró acelga encima.

El Manco Pernussi termina de desembuchar y se va a la carrera para ir a dar la primicia al almacén de los Benetti, dejando la puerta abierta.

Desde el interior de la carnicería se lo quedan mirando.

La helada se va transformando en rocío sobre el pasto amarillento. Los primeros chicos desfilan para la escuela: largan humito blanco por la boca, mientras juegan a fumar con sus dedos enguantados; se corren entre ellos y ríen.

–No me lo puedo creer –dice la Rosa Bustos cuando el Oscarcito cierra la puerta–. La Neli... con lo buena que es... y lo limpita... Si basta ver cómo tiene a los hijos.

–Ma qué Neli –la increpa uno–. Acá siempre fue la Negra.

–La Neli tuvo que aguantarle tanto a ese –sigue la Rosa como si no lo hubiera oído–. Borracho, timbero y mal llevado. La de peloteras que habré escuchado desde mi casa.

–¡Ja! La Negra no es ninguna santa –la interrumpe otra vez el hombre–. Todos sabemos que anda con medio pueblo.

La Rosa Bustos lo mira haciendo un gesto de fastidio, paga y se aleja balbuceando por lo bajo.

–Che, Tacuara, ¿no serás vos uno de los pata de lana que la visita, no? –le dice el Oscarcito al carnicero, y todos festejan el chiste.

El Tacuara Basualdo se ríe uniéndose al grupo, pero se inquieta. Se limpia las manos ensangrentadas en el delantal blanco, ya surcado por otras manchas de un rojo más oscuro, y comienza a rascarse sin darse cuenta. Los pocos pelos que entreteje sobre su cabeza se le alborotan. Tose y se acomoda los lentes. Tienen un marco negro los lentes, de plástico, encintados en el puente y en una de las patillas; siempre se le resbalan.

Su cara, flaca y chupada como una naranja seca, garabateada por venitas rojas, se va poniendo de un tono ceniciento.

Después retoma el trabajo como si no hubiera pasado nada. Hunde las manos en una palangana de lata repleta de carne picada, las entierra y las saca, las aprieta, y de entre medio de los dedos le salen unos choricitos delgados y pastosos. Está así un rato hasta que parece acordarse de que tiene que separar medio kilo para un cliente.

El Oscarcito toma las riendas y despacha a los que quedan. Una hora después repasa la balanza, la mesada y los cuchillos.

Cuando todo queda reluciente, el Tacuara pega la nariz a la ventana y enciende un cigarrillo. Al acercar la llama recuerda el encendedor que perdió aquella noche y le tiembla la mano.

Afuera, la gente se agrupa en las esquinas a comentar el crimen. En un pueblo tan chico, una historia así dará para hablar durante años. Basualdo da una pitada larga y el cigarrillo le quema los labios. Aplasta el pucho sobre el piso, se saca el delantal, y sale por la puerta trasera.

La Negra Torres se mira las manos, los dedos mochos y gruesos, las uñas carcomidas. Hace muchos sábados que no se las arregla. Y si bien están más suaves porque hace rato que no agarra la pala, le cuesta que se recuperen. Están percudidas, como decía su abuela. Y además, en el penal, aunque no trabaje tan duro como antes, también le toca lavar ropa y fregar mugre ajena; eso no cambió demasiado.

La Negra espera sentada en la sala la llegada del juez, al lado de su abogada. Hace varios meses que está en la cárcel sin tener contacto con el afuera. Pero esta mañana es diferente. Salió temprano con el vestido que le dieron: *beige*, con un cinto rojo; la llevaron sin esposas en una camioneta, custodiada por dos guardias de uniforme. Ahora está sentada en la sala de Tribunales con todo el tiempo por delante.

Y espera.

Vuelve a mirarse las manos: los dedos gruesos, la piel cuarteada con grietas oscuras, las cutículas rojas y partidas. Parecen las manos de un hombre. Antes, los sábados eran los únicos días en que la Negra se permitía un rato para ella.

El sol se cuela por el ventanuco del baño y dibuja figuras de luz sobre los azulejos. La Negra está sentada sobre la tapa cerrada del inodoro, con todo acomodado sobre un banquito de madera. La casa, impecable, los chicos duermen la siesta. Mete las patas en la palangana de agua caliente, a la que le echó un chorro de lavandina y un puñado de sal gruesa. Después de un rato se recorta las uñas y rasquetea sus talones con la escofina. Desde que empezó a limpiar en casa de la farmacéutica, la mujer le da al costo lo que necesite: remedios o perfumería, y se lo descuenta del sueldo de a poco. La Negra se armó un equipito de belleza que esconde en el fondo del ropero de los chicos: champú y crema de enjuague, unas sombras y colorete, un alargador de pestañas, delineador y lápiz de labios, escofina, quitaesmalte y pintura para uñas. Con todo eso se acicala los sábados. Encerrada en el baño, por más de dos horas. Termina de lavar los platos de la cena y remienda alguna ropa mientras oye tangos o boleros por la radio. Cuando los chicos se duermen, después de escuchar el único cuento que ella se sabe, se mete en la cama toda pintarrajeada. Al pedo, se dice. Porque el Topo vuelve –si es que vuelve– más mamado cada noche y ni siquiera la toca. A veces, cuando ella lo busca, él hace el intento pero casi siempre se queda dormido en medio de la función, y la Negra mastica su odio mirando el techo.

No quiere levantar la vista. Pero igual los ve de costado. En la sala están todos: la vieja cara de tortuga de su suegra, a quien solo conocía por fotos y por las pocas cosas que le contó el Topo en los primeros tiempos,

cuando todavía vivían en Formosa, y la cuñada cara de caballo, que nunca quiso ni siquiera conocerla. Falta la otra víbora: la madre del Chelo, la que vive en San Crispino, para que esté el zoológico completo. Esa fue otra. La tildó de poca cosa para su hermanito, pero cuando pudo la usó. Algunos vecinos del pueblo también están ahí. Seguro que para verla caer. Chismosos de mierda, piensa. El Chelo no está. Está preso, como ella. Y como el Tacuara Basualdo, según le dijeron. Gamarra se las cobró lindo. Viejo hijo de puta y cornudo. No se bancó que ella fuese capaz de elegir.

Los chicos no vinieron. Pobrecitos. La Lali y el Tito. Busca y rebusca en el bolsillo hasta que saca la foto: ajada, con los colores despintados. Los dos miran con caritas de susto hacia la cámara. Le viene a la mente aquel día. Es verano. Después de la siesta los *requinta*, peina a la Lali y aplasta los pirinchos del Tito; al llegar a la calle saca el pañuelo y frota sus zapatos a los apurones. Después de la foto los lleva a tomar un helado. El Tito tiene dos años, se cansa de caminar y le pide upa. A ella no le importa. Tiene brazos fuertes. Lo levanta y lo abraza. Lo acurruca en su pecho y siente su olorcito a talco. La Lali camina a su lado y ella le agarra la mano; ya es una patilarga de ojos tristes, pero le gusta que la lleve así.

Qué va a ser de ellos ahora, se pregunta. ¿La perdonarán algún día? Quién sabe qué van a contarle esa manga de arpías. Qué sabrán ellas lo que era vivir con el Topo.

El rumor de la sala anuncia la entrada del juez. La Negra mete la foto en el bolsillo; cuando se pone de pie le tiemblan las rodillas. Topo de mierda, hasta acá me seguís jodiendo, piensa. Por qué no te moriste solo. Por

qué no te trajeron baleado de alguna timba. Hubiera preferido cuidarte en una silla de ruedas. Piden silencio en la sala. Pero el pensamiento de la Negra no calla. Por qué no te insistí para que te volvieras a Clorinda.

La gente se pone de pie. Alargan las preliminares antes de anunciar el veredicto, que es lo único que quiere saber la Negra. Le aburre escuchar lo que dicen. Ya lo conoce de memoria. Ella querría que se callaran todos y la dejasen hablar. Piensa en cómo le taparía la boca a más de uno si contara la mitad de lo que el hijo de puta del Topo le hacía. Hasta la aplaudirían por haberlo matado.

La abogada le da un codazo con disimulo y la Negra se pone derecha. Mete la mano en el bolsillo y acaricia la foto mientras piensa: Pobrecitos, la Lali y el Tito, tener que irse con las avinagradas esas, que nunca antes quisieron saber de ellos, que jamás los visitaron ni les mandaron un juguete para sus cumpleaños, y ahora se vienen volando como buitres en busca de carroña.

Veinticinco años, escucha, y las piernas no la sostienen.

Veinticinco años.

Palidece. Siente como si alguien hurgara con una cuchara filosa en la boca de su estómago.

Veinticinco años.

La Lali será una mujer de treinta y dos, y el Tito un hombre de veintiocho.

Por primera vez en su vida, desde que recuerda, los ojos se le empañan, y nota cómo el corazón le da bandazos. Las sienes laten. Se deja caer en la silla; la abogada le hace una seña con las cejas, y la ayuda a levantarse. Tengo que ser fuerte, piensa. Si hay un Dios le pido que... Dios no existe, se dice. Dios es solo un invento de los curas y las monjas y de las viejas miedosas.

La cara de tortuga, la de caballo, las de los chismosos del pueblo, las caras de todos se funden y desdibujan. La Lali y el Tito se hacen chiquitos en el fondo del bolsillo. Aprieta la mandíbula, los párpados cerrados; su cabeza cae, como si un peso poderoso la aplastase.

Lali golpea la puerta con suavidad y espera. Ve que en la pared hay un timbre pero no quiere tocarlo. Si no atiende es que no escucha, piensa, y si es así, mejor pegar la vuelta. No va a volver a golpear, aunque sabe que lo hizo despacito a propósito. No piensa esperar mucho. Total, cuando la Belquis le pregunte le va a decir que fue y no la encontró, o que no quiso atenderla, que vendría a ser lo mismo porque ella tenía turno, y si no abre es porque no está atenta. Le dirá que gracias de todos modos pero que ella en realidad no cree en esas cosas.

Aprieta los puños dentro de sus bolsillos y se aguanta las ganas de salir corriendo.

La calle está desierta y hace frío. El aire helado se le cuela por el cuello de la campera porque olvidó la bufanda. Un benteveo pega un graznido desde el cable de la luz y Lali se sobresalta. Sobre el borde de la vereda, un remolino sacude las hojas secas y las empuja con furia para cualquier parte. Ya está, se dice, mejor me las tomo. Pero justo en ese instante se abre la puerta. Y aparece ante ella una mujer enorme. Con brazos y piernas gruesos, espalda erguida y ancha, ojos saltones marcados por las ojeras. La mira fijo y Lali nota que tiene el ceño

fruncido, como si la hubiera despertado de la siesta, y los labios caídos para abajo, como si estuviera cansada o triste o las dos cosas. Los pelos rojos se le mezclan con las canas. Son gruesos y los lleva atados de cualquier manera. Esos pelos le confirman que ella es a quien está buscando: la Colo Peralta.

La Colo levanta las cejas y pregunta: ¿Lali?, y sonríe. Lali se distiende de pronto. La sonrisa de la Colo ilumina su cara ancha, y como por arte de magia parece otra. La sonrisa de la Colo barre cansancio, tristeza, ojeras lilas, ceño fruncido y también los reparos de Lali. De pronto esa mujerona deja de ser el coloso que cubría todo resquicio de luz en el marco de la puerta, para convertirse en una montaña mansa.

No sabe por qué pero se siente mejor y acepta el convite. Entra y avanza despacio por esa casa en penumbras en la que resaltan cortinas y adornos rojos. Acaricia uno de los cuatro gatos que le salen al encuentro. Es naranja con rayas más claras. Se parece al Maicito, piensa, y de inmediato se pregunta: ¿De dónde me vino ese recuerdo? Tres perros asoman su hocico por la puerta del patio y lanzan gimoteos, como si pidieran entrar. ¡Ustedes no!, grita la Colo con tono autoritario. Ella es la única que tiene permiso para estar adentro, le dice a Lali, mientras acaricia a una perra salchicha con vestidito rojo. El traje hace juego con las cortinas, piensa Lali. La perrita la observa y queda parada sobre sus dos patas traseras, como si fuese equilibrista. La Colo, mientras tanto, acerca una silla y le ofrece un mate. La Belquis me dijo que vendrías, anuncia con su vozarrón potente. ¿Qué te anda pasando? Y Lali no sabe por qué, pero de pronto confía y se siente a gusto. Como si la conociera

desde siempre, como si la Colo la hubiera estado esperando desde toda la vida. Entonces le cuenta que hace meses empezaron las pesadillas, que se repiten y se mezclan. Que en el fondo siempre le cuentan lo mismo, pero de manera confusa, y ella necesita saber lo que le dicen los sueños para dejar de sentir ese miedo tan hondo que le aprieta la garganta cuando llega la noche. La Colo la escucha en silencio. Sigue con el mate un rato y después la hace pasar a un cuarto estrecho en el que hay una camilla. Los angelitos te van a cuidar, le dice. Y debe ser verdad porque hay ángeles por todas partes. En los cuadros que cuelgan de las paredes, en los móviles del techo, en las repisas. Hay uno sobre la puerta, tallado en madera, con la boca en pico como si soplara. Y dos pequeñitos tocando un clarinete sobre una mesa. Lali no sabe si es por tanto ángel, pero de pronto recuerda la plegaria que le hacía repetir la Rosa Bustos cada vez que dormía en su casa: Ángel de la Guarda, dulce compañía, y comienza a repetirla para sus adentros como si rezara. Ponete cómoda, dice la Colo mientras enciende un sahumerio. Lali cuelga la cartera en el respaldo de la silla, se quita las botas y se recuesta. Estira sus piernitas flacas y de los bordes del vaquero asoman sus soquetes lilas. Sacate la pinza del cabello así no te molesta, dice la Colo. Ella obedece y el pelo liso se desparrama como la noche sobre la camilla. Sos muy nena vos, dice la Colo, mirándola, ahí estirada con su cuerpito flaco y sus ojos saltones. Cumplí treinta, responde Lali y se ríe. Pero todos me dan menos. ¿Y comés bien o pasás de largo? A veces me olvido, se sincera la chica mientras se queda viendo las sombras que se proyectan sobre las paredes, con la luz de la tarde.

La Belquis le dijo a Lali que no hay nadie como la Colo para el reiki. Que en pocas sesiones te destapa los chacras y te los deja bien alineados, y que con eso se terminarán las pesadillas. Que es mucho mejor que ir al psicólogo que no acaba nunca y te hace hurgar donde más te duele. Que la Colo tiene poderes para dejarte como recién nacida. Ella no cree en esas cosas, pero está ahí, de todos modos.

La música suena despacito y Lali cierra los ojos. Siente algo húmedo y perfumado sobre sus párpados. Son almohadillas con lavanda, dice la Colo. Lali suspira y se relaja. Por primera vez en mucho tiempo se siente tranquila.

Rosa Bustos sale de la cocina secándose las manos en el delantal al oír el sonido de la campanita. Por la hora, solo pueden ser ellas, piensa, y le brota la alegría. Tiene las piernas envueltas en vendas elásticas y camina con cuidado con sus zapatillas de tela por el sendero de ladrillos desparejos; atraviesa el jardín, en el que crecen entreverados el orégano con los malvones, y al fin abre la puerta de tejido que la separa de la calle. ¡Lali!, grita la mujer con una sonrisa, mientras se inclina. Esa parece ser la contraseña para que la nena corra y se refugie en su abrazo. A Rosa se le mueven los anteojos y la acuna un rato, mientras Lali toca los invisibles con los que la mujer se sujeta el pelo motoso, pegándoselo al cráneo como si fuera un casco.

La Negra las observa con una sonrisa, y cuando Rosa la saluda levanta el repasador a cuadros para mostrarle lo que le trae en la fuente. Amasé unos tallarines, le dice, la salsa la traigo aparte; espero que le gusten, y le da una taza de loza amarilla cachada en los bordes, repleta de un puré rojo y oloroso. ¡Qué rico!, dice la mujer acercando la nariz. ¡No te hubieras molestado!

Rosa Bustos vive sola desde que su único hijo se mudó a Buenos Aires y, aunque tiene dos nietos, los ve tan poco

que casi no los conoce. Ya sabés cómo son las nueras, se queja, con la excusa de las ocupaciones que tienen, nos vemos sólo para las fiestas. El marido de Rosa hace años que se fue con otra.

La cocina huele a mermelada de duraznos, que se cuece lento sobre la hornalla, en una olla enorme y tiznada. Lali corre a buscar los juguetes que la esperan sobre la repisa. Rosa toma la cuchara de madera y revuelve, mientras invita a la Negra a que se siente un rato.

Este viernes habrá baile en el club, anuncia Rosa, acaban de decirlo por la propaladora. La Negra la mira pero no responde. Aprovechá a ir, Neli, yo te cuido a la Lali. Te va a hacer bien salir un poco. La Negra suelta un suspiro. Ya sabe que el Topo prefiere los naipes, dice. Podés ir con la Mirta y la Luján, sigue Rosa, no se pierden un baile esas, y para algo son tus amigas, ¿no? La Negra levanta los hombros y agrega: Por ahora me voy a limpiar a lo de la farmacéutica, que ya se me hizo tarde.

Rosa y Lali la acompañan hasta la vereda.

La Negra cierra la puerta de tejido y mientras se aleja las oye, como nieta y abuela: Veo veo, la voz de Rosa. ¿Qué *vesh*?, la vocecita de su hija. Una cosa... ¿Qué *cosha*...? Maravillosa...

El viernes después de la cena la Negra espera ansiosa que el Topo se vaya. Llegó apurado y, como de costumbre, se quitó la ropa apestosa arrojándola sobre el piso. Y al igual que siempre, al salir de la ducha fue dejando un reguero de agua sobre las baldosas, desde el baño hasta el dormitorio. Después apareció en la cocina con el pelo aplastado, la cara brillante y roja, y se sentó a devorar el guiso sin levantar la vista del plato.

Solo habla –con la boca llena–, para decirle que no olvide buscar la carne en lo de Basualdo a la mañana siguiente, que vaya temprano, que ya sabe que los sábados se llena, y que con él no cuente porque volverá tarde y estará cansado para levantarse. La Negra asiente en silencio. Topo de mierda, se dice con los labios apretados, mientras empuja las sobras con furia al tacho de basura.

Apenas se va, la Negra friega los platos, recoge la ropa, ordena, pasa el lampazo. Busca a Lali en la cama, le pone un abrigo sobre el pijama y, con la nena en brazos, camina apurada los pocos metros que separan su casa de la de Rosa Bustos. Ya está lista para ir a la cama, dice, mientras le da un beso a su hija y abraza a la mujer para agradecerle.

Después, regresa a su casa a la carrera.

Se pone unos ruleros para dar forma al pelo, se cubre la cabeza con el gorro y entra a la ducha. Va pasando el jabón por su cuerpo; uno rico que le regaló la farmacéutica. Se frota los brazos y las axilas, las piernas recién depiladas, las plantas de los pies. Se queda un rato bajo el chorro, para que el agua caliente se lleve el cansancio y las broncas.

Se seca con cuidado, quita el vaho del espejo con la mano, trepa al banquito y contempla su cuerpo desnudo que se refleja en el espejo entre los vapores de la ducha: mira sus carnes firmes, sus redondeces. Sonríe. Huele a jabón de lilas y está contenta.

Va al dormitorio envuelta en la toalla y descubre la luna que asoma en la ventana: rojiza, enorme como una rueda, parece anunciar la noche de fiesta. Una fiesta que será solo para ella.

Busca una bolsa que esconde bajo las mantas, en el fondo del ropero, y saca la única ropa que conserva de su otra vida. La que usaba cuando estaba en Asunción, por la época en que conoció al Topo.

Se sube el cierre del vestido colorado que, bien ceñido y por encima de las rodillas, marca todas sus curvas. Comienza a pintarse: esfuma la sombra celeste sobre los párpados, un toque claro contra las cejas, dos capas de alargador de pestañas, delineador negro y colorete en las mejillas. Suelta su pelo y se pasa la barra roja en los labios. Se perfuma. El chal de brillos reposa estirado, como una capa de armiño, sobre la cama. Envuelta en él se mira la espalda en el espejo y vuelve a sentirse hermosa.

La Luján y la Mirta la esperan en la puerta del club y dan un silbido cuando aparece. Y silba el Pocho Argentero al recibirle la entrada, mientras le roza la mano. La orquesta típica acaba los últimos acordes cuando entran en el salón lleno de humo. Las chicas la codean al ver cómo la gente da vuelta la cabeza. Sólo se oyen los murmullos.

La Negra irrumpe entre las mesas contorneando las caderas: el chal sobre la espalda, algo caído, deja ver los hombros desnudos. Sus piernas torneadas envueltas en medias de seda, los zapatos altos de charol negro. Camina como una gata, como si hubiera nacido con los tacos puestos, y, mientras avanza, siente cómo las miradas de los hombres del pueblo se le clavan en el cuerpo.

Hacía mucho tiempo que no se sentía tan hembra.

Van hacia la mesa que reservaron y piden cerveza. La Negra mira a un lado y a otro y enciende un cigarrillo. Los aros plateados tintinean en sus orejas, el pelo bri-

llante le cae con una onda suave sobre uno de los ojos y, cuando sonríe, la blancura de sus dientes le ilumina la cara.

El Tacuara Basualdo está sentado con su mujer, a dos mesas de distancia, y no puede apartar la vista de los pechos de la Negra, que desbordan por el escote. La mujer de Basualdo le da un codazo y lo hace cambiar de silla, pero él sigue mirándola de reojo.

De tanto en tanto la Negra observa la puerta, por si el Topo hubiera cambiado de idea. Pero el Topo está jugando al póker en el bar de Pascutti, como cada noche de viernes.

La música de Los Palmeras arranca con brío y la pista se llena. La Mirta es la primera en salir y la sigue la Luján a los pocos segundos. La Negra, todavía en la silla, sacude los pies siguiendo el ritmo, hasta que un rubio de pelo pajizo y cara colorada, se acerca y le cabecea. Deja la cartera y el chal sobre el respaldo, y se abre camino entre la gente. La mano grande del hombre oprime su espalda. Se mueven los dos siguiendo el compás de la cumbia, apretujados entre las parejas, meneando las caderas, envueltos en los olores y vaivenes de los cuerpos de otros.

La Negra siente los ojos de Gamarra clavados en su trasero. El comisario baila con su mujer, pero no le pierde pisada, y cada vez que puede la empuja, como si la chocara por accidente. Con su traje azul y su corbata fiestera se aferra a la cintura gorda de la esposa, mientras sueña que aprieta la cintura de la Negra. Ella percibe sus ganas y el corazón se le acelera. Sus ojos se cruzan y sacan chispas. A ella no le importa que la vean mirarlo, mientras baila sin soltarse, abrazada al cuello del rubio, cuerpo contra cuerpo, hasta los últimos acordes.

La música termina y el hombre la acompaña, susurrándole unas palabras al oído; ella no entiende, pero sonríe y coquetea, mientras clava los ojos en Gamarra que, desde su mesa, vacía la copa de un trago y se afloja la corbata sin bajarle la vista.

El baile sigue y las orquestas se alternan.

De pronto las mujeres miran hacia la puerta. Llegó el hombre misterioso que apareció en los últimos bailes. Nadie sabe su nombre ni de dónde viene. Sospechan que está casado y por eso aparece tan tarde. No te lo pierdas, dice la Mirta, es más churro que un actor de cine. La Luján ríe y agrega: Ya te clavó los ojos. El misterioso siempre repite una rutina: da una vuelta, mira sonriente a la que le gusta durante un rato, y se va sin bailar ni un solo tema. Pero esta noche es diferente. Cuando la ve a la Negra se cruza la pista y sin preámbulo alguno se le sienta a la mesa. Gamarra se inquieta y enciende un pucho con otro; no puede apartar la vista. El hombre le habla al oído, mientras le roza el pelo con su mano. La Negra se ríe. Bailan una presentación entera acompasando los cuerpos, dando giros en torno a las parejas. A Gamarra se le endurece el bigote, y frunce el ceño. Al rato el galán desaparece, como de costumbre.

Anuncian la última presentación de la orquesta. Las tres se van para el baño con las carteras. Gamarra y su mujer están cerca de la puerta. El hombre se da vuelta de golpe, mira fijo a la Negra y le hace un gesto casi imperceptible, alzando las cejas.

Bailan los últimos temas; la pista va quedando vacía. Cuando la Mirta y la Luján le hacen señas para irse, la Negra se despide del rubio coloradote, se envuelve en su chal de brillos y rumbean las tres para la salida. Los

hombres casados hace rato que se fueron con sus mujeres. Sólo quedan los solteros.

Las chicas la acompañan unas cuadras y luego se alejan entre risas y chismorreos. La Negra sigue taconeando sola por la vereda desierta. Ya no quedan rastros de la luna, pero falta bastante para que amanezca. Cuando está llegando a su casa, ve el Chevrolet de Gamarra junto a los árboles; no hay luz en la esquina, la calle es una boca de lobo. Imposible que alguien me vea, piensa, y al subir cierra la puerta con un golpe seco.

Se miran un rato en silencio, la respiración agitada, los ojos encendidos. Los bigotes de Gamarra saben a tabaco cuando la besa. El comisario conduce en silencio hacia las afueras del pueblo. La mano izquierda aferra el volante, la derecha se hunde en el escote de la Negra.

Se detienen en un camino solitario.

Al Chevrolet de Gamarra se le van empañando los vidrios, mientras en la penumbra del coche se oyen quejidos en medio de un revoltijo de brazos y piernas desnudas.

El cielo está clareando cuando la Negra abre la puerta de su casa. Lleva los zapatos en la mano y se acomoda los pelos revueltos. Le pidió a Gamarra que la dejara a un par de cuadras, pero igual oye el escape del Chevrolet que se pierde a lo lejos.

La casa está en silencio.

La Lali duerme en lo de Rosa, y la Negra duda si echarse un rato en la camita de su hija o cambiarse y salir para la carnicería. Tiene la ropa en el cuarto y el Topo debe estar dormido. Se detiene ante la puerta y para la oreja por si oye los ronquidos. Nada; silencio. ¿Habrá llegado?, se pregunta. En ese instante la puerta

del dormitorio se abre de golpe y el Topo se le planta, tambaleante. ¿De dónde venís, puta de mierda? La sorpresa la paraliza, se queda inmóvil. Muda. El Topo la agarra de los pelos y le da un empujón. Los zapatos de charol vuelan por el aire. Le manotea el chal de brillos y le da una piña en la cara. Y otra. Y otra más. Un hilo de sangre le chorrea por la nariz; la Negra se toca el ojo, que comienza a hincharse como un buñuelo. El Topo se inclina, la mirada inyectada en alcohol y odio, la patea, loco de rabia. La caza otra vez de los pelos y acerca su cara picada de viruela a la de ella, que está atrincherada en un rincón, muerta de miedo. Su aliento agrio le escupe: te voy a matar, conchuda. Ella se encoge; le llueven las trompadas. Se cubre con los brazos. Grita.

En ese instante golpean a la puerta y se oye la voz de Rosa Bustos. La Negra lo empuja y sale corriendo, mientras el Topo cae sentado sobre el piso, sin fuerzas para moverse.

El tren se mueve mucho, parece que va a salirse de las vías por los sacudones y el ruido. Las pestilencias que vienen desde el baño se mezclan con el olor de la gallina enjaulada que lleva un hombre sobre su falda, con el de la tierra espesa que entra por las ventanillas y el tufo de la gente: a ropa, a pelo, a vahos rancios de cuerpos que llevan días sin bañarse. Lali va abrazada al bolsito de tela marrón. Se le desarmó una de las trenzas y la mitad de su pelo renegrido se desparrama sobre su abrigo. Tiene puesta la ropa nueva, la que le compró la señora más alta, la de la cara larga como un caballo. La otra, la más vieja, tiene la cara corta y el cuello arrugado como una tortuga. Le dice todo el tiempo que se quede quieta y no abra la boca. Que mastique sin hacer ruido. Que junte las piernas porque sólo los varones las llevan abiertas. Y cuando ella le pregunta que adónde van y por qué su mamá no va con ellas, las dos se miran y la hacen callar. Que ya hablarán cuando lleguen. Que las señoritas no hacen preguntas. El Tito se durmió abrazado a la Turula, una gata de trapo que una vez ganaron en un parque. Ya hablarán cuando lleguen, recuerda. Pero no llegan nunca.

De vez en cuando Lali pide para ir al baño, pero se escapa al otro vagón, al último, y se queda mirando por

la ventana redonda las vías que se estiran como chicle y terminan por juntarse en el fondo.

Después de un rato regresa a su asiento. El tren avanza y Lali se pone más triste. Hace muchas noches que no ve a su mamá, que no oye su voz contándole el cuento, el mismo cuento que escucha desde que se acuerda. *Había una vez una mamá cabra que vivía feliz con sus hijitos.* De tanto en tanto la señora de cara larga le acaricia la cabeza como si fuera el Pitu, su perro chiquito que quedó en la casa. Ahora que quedó vacía, nadie le dará de comer y el Pitu se va a morir de hambre y no de viejo. *Jugaban contentos en el bosque, hasta que un mal día llegó el lobo.* El ruido del tren y los sacudones se le meten dentro y le hacen vibrar la panza. Le duelen las costillas y tiene hambre. La vieja cara de tortuga se va haciendo grande, como si la hubieran regado con una pócima. Cuando sonríe se le ven unos colmillos largos y amarillos y un cuchillo enorme que le asoma por la solapa del tapado. *Hijitos, mamá deberá irse lejos a buscar comida.* El tren aminora la marcha y hace unos ruidos raros. Como si escupiera veneno. Por la ventanilla se ve una estación llena de gente. Algunos bajan y otros suben, arrastran valijas y cajas de cartón atadas con piolas gruesas. *No le abran la puerta a nadie.* Un señor de uniforme pide boletos a los gritos y los pica con una maquinita. El ruido le recuerda el gatillo del tiro al blanco del parque, cuando su papá ganó la Turula para el Tito. Alguien le tironea de la manga y la sacude. Mami, dónde estás. Mami, vení. *Cuando golpeen a la puerta deberán preguntar quién es.* En un puesto de la estación, muy cerca de la ventanilla, están haciendo pororó. Brota un humo blanco y espeso, y le llega el olor del maíz azucarado. Mami, dónde estás,

mami. *Deben pedir que les muestre la patita. Si es blanca sabrán que es mamá.* Está acostada bajo la cama, y se hace chiquita para que no la descubran. De pronto ve las botas embarradas. *El lobo mete su pata oscura en un saco de harina y corre adonde están los cabritos.* Escucha el grito y la botella verde rueda por el piso haciéndose pedacitos. Una astilla de vidrio le pega en la frente. Espía por debajo de la manta que cuelga hasta el piso y ve que la cara de su mami está cubierta de barro.

Lali se despierta con un grito y la señora de cuello arrugado, que dice ser su abuela, la reta. A Lali le tiemblan los brazos; aprieta el bolsito marrón, bien fuerte. El tren sigue con su traqueteo, pero el cielo se puso oscuro.

Ya es noche y se van. Se están yendo, sin su mami. El tren toma una curva y Lali vuelve a ver las vías, que se estiran bajo la luz de la luna. Son dos bandas plateadas que parecen juntarse en el fondo, bien lejos, donde debe de haber quedado su casita.

Los hombres de Iriarte avanzan con una nueva construcción en las afueras del pueblo. Dos albañiles, trepados a los andamios, van haciendo crecer las hileras de ladrillos; sólo se detienen para alzar los baldes de mezcla que otro les manda desde abajo con una soga gruesa y deshilachada.

Crispín, con un gorrito de visera ladeada, echa bolsas de cemento en la mezcladora: una nube de polvo, de un gris verdoso, queda flotando en el aire mientras la máquina gira como un lavarropas.

Otro albañil, esmirriado y narigón, acarrea arena y escombros con una remera atada a su cabeza, y va marcando un sendero sobre el pasto, con la rueda de la carretilla.

Se oye el sonido seco de una pala contra la tierra dura. A pocos metros de donde están los hombres se ve la espalda ancha que se sacude al ritmo de los movimientos. Con sus brazos poderosos, la Negra Torres empuña el mango con fiereza. La boca se le transforma en una línea oscura: apenas una mueca, un tajo, bajo la sombra de su nariz. Los pelos escapan de la hebilla y caen a los costados de su cara transpirada, roja, mientras acompaña con su cuerpo el vaivén de cada palada. Putea por lo

bajo mientras el sudor chorrea por su frente haciéndole arder los ojos. Se seca con el antebrazo y sigue. Hunde el filo en la tierra revuelta, empujando el borde de la pala con el pie; una media azul, nevada de pelotitas blancas, asoma por la rajadura de su bota de goma.

Debajo de los brazos, dos manchas oscurecen la tela de grafa. Se detiene un momento y se frota la cintura. Por los botones desprendidos de la camisa le asoman las tetas, y uno de los albañiles le chifla. La Negra lo ignora mientras apoya el mango de la pala sobre su cadera y refriega sus manos sobre el pantalón para quitarse la mugre. Rebusca en el bolsillo de la camisa y saca un paquete de cigarrillos medio arrugado. Se pone uno en la boca y acerca la llama del fósforo, protegiéndola. Un mechón de pelo suelto le cubre parte de la cara. Larga el humo para arriba y escupe una hebra de tabaco que le quedó en la lengua. Los cigarrillos escasean, y los únicos que llegan al quiosco son los Particulares rojo y los Colmena. Da dos pitadas y lo aplasta contra el suelo de tierra.

Crispín apaga la mezcladora y le grita: ¡Dale, Negra, no afloje! Los otros están sentados a la sombra desde hace rato. Parece que a ellos dos les gustara guapear para ver quién es el más fuerte.

El sol cae a plomo. La tierra de la calle es una cáscara ajada de salitre que se levanta como la piel de una serpiente. La Negra se sienta a la sombra, alejada de los hombres para que nadie la moleste. Imagina a la Lali sentada a la mesa de la Rosa Bustos, comiendo. Si no fuera por esa mujer, se dice. Desenvuelve el repasador y saca su comida: dos sánguches de salchichón y queso. Una manzana y una banana. Mastica despacio y mira al frente, donde se ve el terraplén de las vías. Alguien hace

equilibrio sobre los rieles y como de la nada aparece un grupo de chicos que se pierde a los gritos dentro de los galpones del ferrocarril.

Las chicharras cantan bajo los paraísos, anunciando más calor. Un ramalazo de viento caliente trae el olor de la alfalfa fermentada. Es la pestilencia inconfundible de la Pastera. Desde que comenzó a funcionar, el pueblo entero está infectado con ese tufo y mucho peor cuando hay humedad o viento norte.

Es el mismo olor que trae el Topo desde hace una semana, cuando vuelve con las manos ampolladas de tanto atar fardos. Por lo menos consiguió algo, piensa, peor es tenerlo todo el día al pedo. La Negra termina el almuerzo y prende otro pucho, pero lo apaga con cara de asco. Hace dos noches que no duerme. Fue a lo de doña Teresa y le dio un té de yuyos, pero no le vino. Lo que faltaba, se dice. Y se le aparece la cara del Topo, marcada por la viruela, cubierta por esa película de ceniza verdosa, seca y hedionda. Los ojos, cada día más turbios. Ojalá le dure, dice por lo bajo, mientras sacude el repasador y lo dobla con cuidado. Después lo mete en la bolsa. Levanta la vista y ve que Crispín se echó a dormir la siesta. Si está de encargue, tendrá que largar la construcción y quedarse sólo con lo de la limpieza. Pero apenas termine de parir se las arreglará, y seguirá haciendo pozos ciegos para los Iriarte. No puede abandonar si quiere conservar la casa; así podrán descontar la cuota de su paga. Capaz que si es machito al Topo le cambie la cabeza, se dice la Negra, quién sabe. Después de todo, dicen que los pibes vienen con un pan debajo del brazo.

La Negra se pone de pie. Se levanta el pelo y lo sujeta con la hebilla; reacomoda los invisibles para que no

se le suelten los mechones más cortos. Se desabrocha el botón del pantalón y se saca la camisa afuera. Mira a lo lejos, y nota las nubes bajas y oscuras que se amontonan en el horizonte. No va a durar el tiempo, piensa, voy a apurarme así busco a la Lali antes de la lluvia. Se ata una piola alrededor de la bota desguazada, agarra la pala, y sigue cavando.

La greda pegajosa se acumula en una montaña despareja a un costado del pozo, cada vez más negro, más húmedo, más hondo.

Lali se sienta en la cocina de la Colo y acepta el mate. La perra salchicha vuelve a hacerle fiesta como las últimas veces. No se anima a decirle que odia el mate dulce. Lo toma de un trago, empalagoso y caliente, le quema la boca. ¿Cómo anduviste?, pregunta la Colo. Un poco mejor, dice, y sonríe. ¿No se repitieron las pesadillas?, sigue la mujer, mientras pone unos bizcochos en un plato. Lali acomoda el abrigo sobre la silla y aparece su figura menuda, casi infantil: las clavículas salientes, los huesos largos de sus brazos. Se sienta frente a la Colo y apoya los codos sobre la mesa, cruza sus dedos blancos, finitos, de uñas carcomidas. En su cara pálida resaltan los ojos, saltones y tristes. Volvieron, pero distintas, responde, y un escalofrío le corre por la espalda cuando empieza a contarle: Estaba sentada en un lugar lleno de plantas, debajo de un árbol, escarbando la tierra con una cuchara. Era chiquita. Buscaba algo que había perdido sin encontrarlo. Tampoco sabía lo que era. Debía de ser importante porque lloraba mucho, pero nadie me hacía caso. La Colo aprieta el cigarrillo con los dientes, con un ojo casi cerrado para que no le entre el humo y arregla el mate, quita yerba, pone nueva, y echa unas cascaritas de naranja que guarda en un frasco. Hace todo sentada

frente a la chica, sin perderse palabra. La vocecita de Lali sigue contando: De pronto cambió la escena, estaba en una habitación con mucha gente. Un viejo me levantó en brazos y me dijo que tenía que irme con él. Yo le daba patadas. No quería que me llevara porque tenía que encontrar lo que había perdido. Entonces me acordé: buscaba a Maru, una muñeca bebé, chiquita, que me había regalado mi mamá. A mí me gustaba porque cuando le sacaba el chupete lloraba, como si fuese de verdad, como si estuviera viva. Y cuando le ponía el chupete se calmaba. En el sueño quería encontrar a mi muñeca para darle el chupete porque la escuchaba llorar, pero no sabía dónde estaba. El viejo me dijo que la había visto. Que lo siguiera. Fui tras él y entramos en un horno. Era un horno de barro, de esos en los que se hace pan en el campo, pero era gigante, como un salón de baile. El viejo me hizo sentar sobre una pila de ladrillos calientes y yo trataba de aguantar, pero me quemaba. En el fondo se veía el fuego y nos envolvía un humo espeso, oscuro. El viejo se acercó con algo envuelto en un repasador y lo puso en mi falda, diciéndome que era mi muñeca, pero cuando la desenvolví, Maru no tenía brazos, ni piernas, ni cabeza. Era solo un cuerpito mutilado de plástico mugriento. Pero yo sabía que era mi muñeca. Me puse a gritar y me desperté. Entonces la Belquis me oyó desde su cuarto y vino corriendo. Me hizo tomar un trago de agua para que no se cumpla el sueño, y se lo conté de un tirón antes de olvidarlo. La Colo la escucha y ve cómo los ojos de Lali se llenan de sombras. Es mejor que sueñes, le dice, parece malo pero te ayuda; irás sacando cosas que estaban tapadas, ya vas a ver. Luego le indica que la siga. Lali se recuesta en la camilla. ¿Tuviste alguna vez esa

muñeca?, pregunta la Colo mientras comienza con los preparativos. Sí, pero no me acordaba. Era muy chiquita, creo que la perdí en la primera mudanza, cuando me fui a Clorinda. Mi mamá me la había regalado cuando cumplí los siete. Fue el último cumpleaños que pasé con ella, después me fui a vivir a Formosa, con mi tía y con mi abuela.

La chica cierra los ojos. La Colo coloca sus manos y se concentra. La sesión dura más que otras veces y Lali se queda dormida. La cubre con una manta liviana y arrima la puerta.

Cuando Lali vuelve a aparecer en la cocina, la Colo le prepara un té con leche y se lo acerca sin pronunciar una palabra. Tenés buena mano, le dice Lali, me dejaste como nueva. La Colo sonríe mientras le alcanza azúcar. ¿Siempre trabajaste de esto? No, dice la Colo y suelta una risa cascada que se funde con la tos del pucho. Si me hubieras visto hace unos años repartiendo zapatillazos, no pensarías que soy la misma, y ríe otra vez. Recién un tiempo antes de jubilarme, empecé con esto. ¿Y en qué trabajabas?, pregunta Lali, ¿matabas hormigas con la zapatilla? Algo así, dice la Colo, y se pone seria. Siempre digo que cumplí veinticinco años de condena, descontando vacaciones y francos, porque laburé treinta años en la cárcel. No había diferencia entre mi vida y la de ellas. Apenas entraba se cerraba la puerta y metían el cerrojo a mis espaldas, como si fuese una presa más. Lali frota el dedo pulgar de su mano derecha sobre el índice y la Colo la observa. La otra mano la mete debajo de las piernas que acaba de cruzar y se pone a sacudir el pie contra la mesa. ¿Trabajaste en una cárcel?, pregunta sin poder disimular la curiosidad. Sí, dice la Colo. En la cár-

cel de mujeres, la que está en Santa Fe. ¿Hace mucho?, pregunta Lali. Puf, una pila de años. Entré apenas terminé la secundaria, imaginate. Aunque a decir verdad, los primeros tiempos estuve sólo en el ingreso del penal, abriendo y cerrando a las visitas. Te preparan de a poco. Siempre me pregunté cómo sería la cárcel, dice la chica, y la mira. La Colo se queda un rato pensativa y después comienza a hablar. Esa, en la que yo trabajé, no parece una cárcel. Antes de ser lo que es, fue un convento. El edificio es de ladrillos, con ventanas ojivales enrejadas. Podría decirse que es bastante lindo, aunque sólo por fuera. Porque por dentro es una pesadilla. Hay mucho dolor en esos sitios. Lali suelta un suspiro. Pese a todo, sigue la Colo, en esa época me gustaba trabajar ahí. Lali juega con el repasador: lo arruga y lo estira, le pasa los dedos como si lo planchara. ¿Y por qué dijiste eso de los zapatillazos?, pregunta. Porque les pegaba a las presas con las zapatillas. Sobre todo cuando me tocaba estar con las menores. No había manera de calmarlas a esas guachas. Me tenía que imponer. El físico me ayudaba porque siempre fui grandota. Cuando aparecía yo, se callaban de golpe y no volaba una mosca. Hasta la Chancha Blanca me respetaba, que era la más jodida de las guardias. Claro que nadie sabía que por dentro me moría de miedo. Lali sacude el pie y escucha. Siempre me mandaban en las comisiones más bravas. Las jefas sabían que todas se portaban como corderitos cuando estaban conmigo. Me habían hecho fama de jodida. Pero no era fácil trabajar ahí. Las presas te estudiaban las veinticuatro horas y tenías que aprender cómo tratar a cada una. Jamás les mostré los dientes y tuve que dar muchos zapatillazos, como te dije. A veces me sentía mal, pero creo

que en el fondo me gustaba. No sé... que me respetasen, que se callaran cuando daba un grito, que me tuvieran miedo. Lali mordisquea la piel del borde de sus uñas. Diez años antes de jubilarme pedí traslado y terminé trabajando aquí, sigue la Colo, en la cárcel de hombres, en la parte administrativa. Estaba harta de tanto viaje y además, esta ciudad es más tranquila. Y como tenía tiempo, empecé con el reiki. Si lo mirás bien capaz que es como seguir con lo mismo, con el dolor de la gente, con las miserias de la vida, pero del otro lado, no sé bien cómo decirte. Lali no escucha las últimas palabras. Por fin lanza la pregunta. ¿Y vos te acordás de todas las presas que estaban ahí, en esa época? De todas, dice la Colo, tengo memoria de elefante. El té con leche de Lali se enfría en la taza. No tomaste ni un traguito, le dice la Colo, ¿no querés que te lo caliente? Lali niega con la cabeza. ¿Conociste a una mujer de apellido Torres, cuando trabajabas en la cárcel?, pregunta y, después de unos segundos agrega: Nélida Torres. A la Colo no se le escapa el nerviosismo de la chica y, mientras levanta la taza con el té frío y la lleva a la mesada, dice como al descuido: Sí, la conocí, ¿por qué me preguntás? Por curiosidad, murmura Lali. Alguna vez oí decir que ella estaba en esa cárcel. Bah, en la cárcel de esa ciudad. Lali calla. La Colo vuelve a sentarse y la mira un segundo, al fondo de los ojos, pero enseguida aparta la mirada, como si se hubiera ido lejos. Suspira y dice: ¡La Neli Torres! Imposible olvidarme de ella. Le decían la Negra, pero yo prefería llamarla por el nombre, porque la conocía de antes. Lali abre la boca, como si quisiera interrumpirla, pero vuelve a cerrarla, y sigue escuchando atenta. No hubo nadie en la cárcel que no la quisiera, sigue la Colo. Las otras pre-

sas, las guardias, las jefas. Ella se hacía querer; era una mina increíble. Lali se muerde los labios. ¿La conocía de antes?, piensa, ¿de dónde? Está por preguntarle cuando se escuchan unos golpes en la puerta. La Colo mira el reloj. Vas a tener que perdonarme, dice, pero llegó la otra señora. Hoy nos demoramos más que otras veces. Lali se pone de pie. Te veo el martes, agrega, y la acompaña. Cuando están llegando a la puerta Lali se da vuelta y le pregunta: ¿Vos creés en las casualidades? Las casualidades no existen, le responde la Colo. La despide con un beso, y se queda pensativa, mirando su espalda de nena, su pelo renegrido.

Lali camina despacio las cuadras que la separan de la parada del colectivo, con el abrigo en la mano. Algunos árboles se están cubriendo de verde. Entrecierra los ojos y disfruta del sol tibio. Respira hondo, como si quisiera atrapar los olores que ya impregnan el aire.

La Negra se despierta en medio de la noche. Mira a su alrededor y ve en la penumbra la veintena de camas que la rodean. Por un momento se confunde y cree que está en el colegio de Asunción, cuando recién había cumplido los doce.

¡Que nadie se mueva de su cama!, grita la hermana Bernarda. Ve su cabeza casi rapada cuando se acerca, siente el roce de la tela áspera del camisón de la monja. Su olor a alcanfor. Oye el sonido de las cuentas del rosario golpeando contra el respaldar de las camas, y sus pisadas que hacen crujir el piso de madera. Los ojos de la monja brillan como los de un gato a la luz de la linterna, mientras alumbra bajo las mantas. Tiene miedo de que alguien se escape, piensa ella, sin sospechar que el temor de la monja es que alguna se esté tocando o se meta en cama ajena.

La Negra contempla los bultos de las otras presas bajo las frazadas, y la sombra de los barrotes sobre ellas. Le llega el eco de pasos en la planta alta. Las guardias andan inquietas. El pabellón es helado y se acurruca. No puede dormir y vuelve a sus recuerdos.

Rezan en el desayuno, antes de comer, en la merienda, antes de la cena, al acostarse. Las monjas las obligan

a bañarse con la ropa puesta para que no puedan verse los cuerpos desnudos, ni los propios ni los de las otras. Todo lo controlan. Pero algo se les escapa. Hay una ventana sin rejas en la sala de estudios, casi oculta tras un armario. La Negra la descubre una mañana por accidente. Durante dos días muda las cosas pesadas a otro mueble y el primer domingo de llovizna, se escurre sin hacer ruido a la hora de la siesta. Es fácil. Corre el armario sin esfuerzo, ata en la bisagra una soga que sacó de la despensa, y salta al jardín deslizándose como un mono. El último escollo: el candado del portón del fondo, por el que entran los proveedores. La llovizna cae sin descanso y la Negra rebusca en el bolsillo la llave que robó en la mañana. En minutos está afuera. Corriendo libre por las calles de Asunción. Cagándose de risa de su abuela, que la encerró para sacársela de encima.

Escucha un quejido en la oscuridad del pabellón y se sobresalta. Debe de ser alguna reclusa que tiene pesadillas. Si pudiera prenderse un pucho. Pero ahí adentro no se puede.

Capaz que la abuela sólo quería que ella tuviera estudios, como siempre dijo; pero eso, ya no lo sabrá nunca. Sólo supo lo que le contaron las monjas en el colegio: que su abuela ofreció lavarle la ropa al cura de Clorinda a cambio de que le dieran una beca. Que debía estar agradecida y rezarle a la virgen. La misma noche en que se escapó dejó de ser virgen; con el Tulio Paredes, que le prometió la luna cuando la levantó en su Rambler Ambassador esa tardecita, y terminó siendo su fiolo. Después se aguantó lo que le tocó vivir en ese lugar de mierda y en los que siguieron, hasta que por fin conoció al Topo. Cuando todavía no era el Topo, sino el Martín,

y escaparon juntos a Clorinda. Una de las chicas le había dicho que anduviera con cuidado, que ese tipo debía una muerte. Pero a ella no le importó.

Desde la puerta del pabellón el haz de una linterna gigantesca hace el recorrido de rutina sobre las camas. Finge dormir, pero sigue lejos. Más lejos todavía. Antes de entrar al colegio.

Recuerda a su abuela trenzándole el pelo bajo la parra. Ella entonces era sólo la Neli, la Nelita, como le decía a veces la vieja, cuando no andaba cruzada. Su mamá los había abandonado a los cinco y se fue sin decir adónde. Enseguida los repartieron. Su abuela le dijo que se quedaba con ella porque era distinta. ¿Distinta a quién? A todos. Vos tenés que estudiar, Nelita, y buscar un hombre bueno que te proteja.

En la oscuridad ve que la Ordoñez se cruza a la cama de la Vallejos. Se oyen unos susurros y el rechinar del elástico. Imagina a las dos jugueteando bajo las mantas. Si la hermana Bernarda estuviese aquí, regresaría a su tumba espantada, piensa, y ríe para adentro.

Vuelve a verse cuando todavía era la Neli, la Nelita, caminando por las calles de Clorinda con su abuela. Las caderas se le habían ensanchado de golpe y las tetas le abultaban bajo la remera. Iban a comprar su primer corpiño; tenía doce años recién cumplidos. Seguramente la vieja había tomado la decisión hacía tiempo y había arreglado todo con el cura. Porque aquella misma tarde le hizo poner el corpiño y la mandó con las monjas para Asunción. Para que no termines en una casa de esas,

como tu madre, agregó, mientras largaba llamaradas por los ojos.

Qué diría su abuela si supiera dónde se encuentra. Que tanto esfuerzo no valió la pena.

La Ordoñez regresa a su cama, pero antes de acostarse se acerca y la mira. Ella finge dormir. La Ordóñez acerca sus labios y le susurra: Preciosa... Negrita preciosa..., mientras le roza el pelo con los dedos. Trola de mierda, piensa la Negra, pero no se mueve. Cuando oye que los pasos se alejan se da vuelta para el otro lado y, poco a poco, se queda dormida.

La señora cara de tortuga camina con su bastón y va dejando pocitos en el patio. Le dice a Lali que la siga. Que van a juntar naranjas. Ella obedece y se encaminan hacia el fondo. La señora cara de caballo le ató las trenzas en la mañana, tan fuerte, que le duelen las orejas y el pelo. Va detrás de la señora pisando los huequitos que deja su bastón: uno sí, otro no. Distraída, no se da cuenta de que la mujer frenó de pronto y se la choca. Las dos tambalean y están a punto de caerse. La mujer tortuga la mira fijo con una mueca y ella se pone colorada. Odia ese lugar. Lejos de su casa y de su mamá. ¿Cómo era su mamá?, se pregunta. Poco a poco se le va borrando su cara. Era grandota y cuando la abrazaba la sentía como una manta. Al Tito lo tratan bien. Lo dejan jugar y le compran juguetes. A ella le toca secar los platos, hacer las camas y los mandados, barrer los patios. Cuando abre la boca parece que adivinaran lo que quiere decirles, porque antes de que pronuncie una palabra le repiten que en Clorinda es así. Las mujeres nacieron para el trabajo y para callarse. Con los varones es distinto, ¡no van a criarlos como mujercitas! El Tito juega con un camioncito sobre la mesa: brum brum... o con la pelota. O con la ametralladora a pilas que le trajo la tía desde

Asunción. Lali junta ramitas finas para la cocina a leña, pela papas, tiende las camas. Y tiene los dedos hinchados y rojos de desgranar maíz para las gallinas. Le duelen, pero no dice nada. Cuando no la ven, dibuja caminitos sobre la tierra del patio con un marlo desdentado: brum brum... como si fuese un camioncito. Y que agradezca, le dicen. Que al menos tiene un techo donde dormir y no anda por ahí a los tumbos, ahora que quedó guacha. No sabe lo que es guacha. Quiere preguntar, pero no se anima. Y que no se suelte las trenzas porque las nenas decentes no andan soltándose el pelo. Su mamá lo usaba suelto y olía rico, a flores y a limón. ¿Dónde estará su mamá? Poco a poco se olvida de su olor. Sólo las indias van con las crenchas al viento, le dicen. Lali quiere preguntar, pero calla. Por fin llegan hasta los árboles que están en el fondo del patio. Son grandes y tienen hojas oscuras. Ella no llega a las naranjas altas, sólo a las bajitas. Agarra una y tira pero le faltan fuerzas. La planta se sacude y le cae tierra sobre la cabeza. Se acuerda de una siesta de invierno. Allá lejos, en su casa. Su papá pelaba mandarinas para ella, debajo del árbol, y les sacaba las semillas. Esa tarde la quería. Le acomodaba el flequillo y le iba dando la fruta de a poco. Un gajito para ella y otro para él. Les quitaba el borde del hollejo y los abría dándole forma de flor o vestidito. Olían rico las mandarinas del invierno. Su papá le limpiaba la boca con el pañuelo. La mujer tortuga le dice que deje, que se siente a su lado, en el banquito. El banquito es un árbol cortado, tan grueso que entran las dos y sobra espacio. No debe ser de un tronco de naranjo porque es muy ancho. Se parece al que estaba en su casa, detrás del galponcito. Nunca preguntó cómo se llamaba ese árbol. La mujer

suspira y acomoda sus manos arriba de las rodillas. Lali se las queda mirando. Tienen manchas marrones, algunas grandes y otras chiquitas; son flacas y duras, como si fueran de cuero. La mujer tortuga pasa sus manos secas sobre su falda negra. Lali levanta la vista y ve su camisa, también negra y toda abotonada. El pelo gris y cortito se le desparrama con el viento, como plumas de gorriones. Una sombra se acerca entre los árboles sin hacer ruido. Es la tía caballo, dice Lali, pero lo hace sin voz, sólo para adentro. La tía anuncia que el Tito ya está dormido y que ahora podrán hablar. Lali vuelve a pensar en el Pitu, su perro. ¿Se habrá muerto? La tía tiene un vestido estampado que se ajusta en la cintura con un cinto, y está contenta. Habla del Rubén, el que trabaja en el banco. Dice que se casarán a fin de año y el Tito se irá a vivir con ellos. Que si ella se porta bien la llevarán de visita a su casa nueva, pero deberá quedarse con la abuela, para ayudarla. Lali se muerde el labio de abajo. Quiere preguntar y no se anima. Pero la pregunta se escapa sola: ¿Y mi mamá?, dice, y su voz se apaga en el aire como un fósforo. Hacía mucho que quería preguntarlo. Las dos mujeres se miran y levantan las cejas. La tía habla y le agarra la mano. Le dice que haga de cuenta que nació sin mamá. Lali ya no se acuerda del pelo de su mamá. El pelo se va destiñendo frente a sus ojos como si estuviera detrás de una ventana con lluvia. En esta casa, dice la abuela, no se puede pronunciar su nombre. Su dentadura de tortuga se mueve cuando habla. Y también las orejas. Lali ve que le crecen y se le ponen puntiagudas como las de un vampiro. Clac, clac, la dentadura. No se puede borrar lo que hizo, dice la abuela tortuga. Lali no sabe qué hizo su mamá, pero no pregunta. Debe de ser

malo, no pregunta. La tía caballo le muestra una foto manchada y quiere saber si se acuerda: es su papá. Lali asiente con la cabeza. Tu papá sí que era bueno, dice. Y le acomoda los moños de las trenzas. Pobrecito, tu papá, dice la tortuga, que en paz descanse donde esté. Ella no sabe dónde está, pero tampoco pregunta. Se mira las rodillas flacas que asoman debajo del vestido, bien sentada en el banquito, con las piernas juntas como se sientan las nenas buenas. Después se frota con fuerza una mano y se la huele. Ese es el olor de la muerte, le dijo una amiga el día de su cumpleaños, y desde entonces hace ese juego: se frota con fuerza muchas veces, y huele a la muerte. Las dos mujeres siguen hablando, pero Lali no escucha. Está oyendo el ruido que hace el papel de regalo. Se lo dio su mamá después de soplar las velas. El papel tiene ositos anaranjados y amarillos. Adentro, hay una muñeca bebé, chiquita. Cuando le saca el chupete llora. Se llama Maru, dice Lali, y sonríe. Su mamá la abraza. Ella se la queda mirando. Puede ver su sonrisa, sus dientes blancos y grandes. Toca su pelo suave y otra vez siente su olor a flores y a limón. Pero enseguida se vuelve de humo y se va borrando. Tenés que olvidarte de tu mamá, dice la tía, y le acaricia la cabeza. De donde está no se puede volver. ¿Mi mamá se murió?, pregunta Lali. Es como si se hubiera muerto, dice la tortuga. Del lugar donde está no se puede salir. Una naranja grandota se desprende del árbol y estalla en el piso como una pelota de talco. Lali se levanta y le clava un palito. Tiene una mancha verdosa por la que asoman gusanos. ¿Y nunca nunca va a volver?, pregunta, pero sólo lo hace para adentro. Un loro picotea la naranja caída, justo en la mancha verdosa, donde se mueven los gusanos. Ahora

vamos, dice la tortuga. Tenés que secar los platos y hacer los deberes. Las dos mujeres se adelantan. Van erguidas y tomadas del brazo. La más vieja hunde su bastón en la tierra húmeda. Lali las sigue despacio, pero ya no tiene ganas de tapar los pocitos que van quedando.

La Negra y el Topo bajan del micro que los deja en la ruta cargando sus bolsos. Hace muchas horas que viajan y están agotados. Antes de avanzar estudian el mapita para llegar a lo de Iriarte. Un primo del Topo, que decidió regresar a Formosa, los recomendó y les dio las indicaciones. La Negra anotó el nombre de las calles y las trazó con lápiz de tinta sobre una hoja manchada de mate. Está ajada y rota en los bordes de tanto que la miraron.

El Topo se puso sus mejores pilchas: una camisa a cuadros y un vaquero arremangado. El pelo corto como un quincho, aplastado con Glostora para que no se le levante. La cara colorada, las patas chuecas. Camina como todos los petisos: la espalda erguida y el culo para afuera. La Negra está como para ir a misa: pantalón de tela fina pata de elefante de un rosa claro, camisa estampada con arabescos y un cinto blanco, ancho, calzado en la cadera. El pelo le cae a mitad de la espalda como una cortina de azabache. Le lleva más de una cabeza y cada tanto logra engancharse de su brazo, pero él, arisco, enseguida se suelta.

Apenas dan los primeros pasos, se miran. Esto es apenas un caserío, dice el Topo con recelo. Acostumbrados a Clorinda no podían imaginar un pueblo tan chico.

No hay un alma en la calle; los recibe el silencio del mediodía y el amarillo de los fresnos, que se recorta contra un cielo sin nubes. Las hojas doradas y marrones que tapizan las cunetas les recuerdan que están en otoño, aunque el aire sea todavía tibio.

Miran a un lado y otro las hileras de casas con jardines prolijos, las veredas barridas. A medida que avanzan, van leyendo los nombres de las calles de tierra, apisonada y salitrosa, mientras cotejan con el mapita. Uniendo una esquina con otra, cada calle está atravesada por pasillos de cemento. Ni siquiera nos vamos a embarrar cuando llueva, dice la Negra, contenta.

Los Iriarte los esperan para compartir el almuerzo. Las mujeres se encargan de los platos, mientras los hombres toman café y fuman; poco a poco la charla decae y el cansancio comienza a pesarles.

Los Iriarte, el más viejo y el más joven, se ponen de pie y los llevan hasta la casita en las afueras del pueblo, y les entregan las llaves con un par de indicaciones.

Cuando la camioneta se aleja, el Topo sorprende a la Negra alzándola en brazos. Como en las películas, le dice, aunque en verdad la carga como si fuese una bolsa. O un fardo.

Apenas entran ven un colchón grande tirado sobre el piso y se dejan caer. La Negra se ríe y se abraza al Topo. Acaricia su cuello, acomoda la cabeza en su pecho, y le susurra unas palabras.

No pueden creer en su suerte. Los Iriarte lo contrataron para trabajar en la construcción y aparte del mensual les dan esa casita, que descontarán de la paga para que sea de ellos.

El pelo de la Negra brilla bajo los rayos del sol, cuando terminan de revolcarse sobre el colchón. El Topo la

acaricia. Esta vez, voy a trabajar en serio, le promete, ya vas a ver que todo será distinto. La Negra calla y piensa: ¿Cuál de los dos es el verdadero? ¿El Topo o el Martín? ¿El bueno o el jodido? Porque a esta altura tiene claro que son dos, aunque nunca hable de estas cosas. El Topo la abraza. ¿Viste?, le dice, la mala racha tenía que terminarse, Negrita.

El Martín es este, piensa ella. El Topo aparece con la mala junta, pero aquí empezaremos de nuevo. Y barre los recuerdos oscuros: el chisme que le pasaron cuando ella trabajaba en el puticlub; el golpe que le dio una tarde, por culpa del vino y también de ella, que lo sacó de sus casillas. Él tiene razón, se dice, acá todo será distinto.

Poco a poco la casita mejora. Los Iriarte les regalan el material para arreglarla, una cocina que ya no usan y un juego de dormitorio que está como nuevo. La Negra limpia y plancha para otros, y una y otra mujer la recomienda: por lo limpia y por lo buena. Ella friega lo ajeno como si fuese propio, pero cuando llega a su casa la sonrisa se le ensancha.

Pone cortinas con flores, compra platos, cacerolas, heladera. El Topo arregla una mesa vieja con sillas que encontraron tiradas en el galponcito, y encala las paredes. Una de las patronas le regala una Pallette amarilla. Chillona. La Negra dice que el sol se desparrama en la cama y le encandila los ojos cuando la estira. El amarillo trae mala suerte, le dicen sus dos nuevas amigas: la Luján y la Mirta. Pero ella no hace caso. Puras supersticiones, les responde, mientras siente un viento de alegría que le corre por dentro.

Pronto el patio parece otro. Saca basura vieja, corta los yuyos. Arranca de raíz arbolitos de tártago y sombra

[illegible] de barba de viejo; quita escombros y los apila. Hace la huerta y siembra chinitas y malvones, que le regala Rosa Bustos, la vecina.

Cuando empieza el verano se sientan los dos bajo el sauce y la cara se les ilumina mientras hacen planes. El Topo pinta el moisés de mimbre. La panza de la Negra está redonda como la luna llena.

La Colo está sentada con los brazos apoyados sobre la mesa, arreglándose las uñas. Seguí tranquila, dice Lali, hoy vine más temprano así charlamos, pero no quiero interrumpirte. Uno de los gatos se acerca con su cola levantada y salta sobre su falda clavándole las uñas sobre los muslos. Se llama Rambito, dice la Colo. Rambito eriza el lomo y se queda inmóvil, esperando la caricia. Lali le pasa los dedos sobre la cabeza, en medio de las orejas, una y otra vez, con suavidad. El gato entrecierra los ojos y encoge el cogote, como si le corriera una electricidad por el cuerpo. Es naranja, atigrado; se acurruca en su falda y se enrosca. Lali piensa en el Maicito, como lo hizo el primer día en que llegó. Sigue acariciando el lomo suave de Rambito, que ronronea sobre sus piernas con los ojos cerrados, y se pone a recordar en voz alta, como si estuviera sola. Cuando yo era chica, dice, apareció en el patio de mi casa un gato igual a este, pero chiquito. Era anaranjado como el maíz que pasábamos por el molinillo de madera para darle de comer a las gallinas. Por eso le pusimos Maicito. ¿Y adónde fue eso?, pregunta la Colo, ¿en Clorinda? No, dice Lali, fue mucho antes, cuando vivía por esta zona, en un pueblito. ¿En qué pueblo viviste?, pregunta la Colo mientras se pasa la pintura

de uñas y quita el exceso con un palito. No me acuerdo el nombre, dice Lali, pero era en esta misma provincia. ¿Y qué pasó con el Maicito? Me lo dejaron quedar, pero al otro día desapareció. ¿Qué? ¿Y nunca más lo viste? Esa noche lo oí maullar. Y a la noche siguiente, pero nadie me creía. La tercera noche mi mamá también lo oyó. Y entonces nos pusimos a buscarlo. Las dos en camisón y con una linterna. Se había caído dentro del pozo del escusado. Me acuerdo que, cuando mamá alumbró, lo vimos. Allá en el fondo, todo sucio y flaquito. Pobrecito, dice la Colo mientras agita las manos para que se le sequen más rápido las uñas. Al otro día era domingo, sigue Lali, mi papá se levantó temprano y se puso a buscar una soga, pero no encontró ninguna. Aseguraba que él podría engancharlo de la cabeza y sacarlo de ahí. Así que mamá fue de la vecina y volvió con una soga finita. Papá le hizo un lazo, me parece verlo. Trataba de embocarle la cabeza, que no era más grande que una mandarina, pero no era fácil. Bajaba la cuerda despacio, apretando los labios, una y otra vez. Cuando el lazo se cerraba, sacaba la soga y volvía a abrirlo. Lo intentó muchas veces. Mamá alumbraba y yo tenía al Tito en brazos, porque todavía era un bebé. Aquel día fue distinto... nadie se peleó en mi casa. Creo que fue por el gatito. Lali suspira y mira a lo lejos, sin ver, ausente durante unos segundos, después, sigue contando: Estuvimos un largo tiempo, no sé decir cuánto, hasta que papá pegó un grito, y comenzó a subirlo. Despacito, para que no se desenganchara. Por fin asomó el Maicito: flaco, se le notaban las costillas, orejón, y todo sucio de mierda. Mamá lo bañó en una palangana y me lo dio envuelto en un trapo. Le dimos leche, y esa noche me dejaron que durmiera con él. La

Colo la mira con una sonrisa. ¿Viste que tenés algunos recuerdos?, y encima lindos. Es como te digo: hay que buscar bien adentro. La Colo va guardando las pinturas y la lija en un bolsito negro con rayas doradas. Si te tengo que decir la verdad, dice Lali mientras juega con la caja de fósforos que está sobre la mesa, yo al principio no le creía a la Belquis, pero ahora no sé qué pensar. Capaz que el reiki sirve. ¡Mirala!, dice la Colo. ¡Vamos para la camilla! No sé cómo te prefiero, si modosita o avispada...

Cuando terminan la sesión la Colo la invita a que se sienten en el patio. En el último encuentro, Lali se animó a decirle que no le gusta el mate dulce, así que preparan dos: uno enlozado, azul con pintitas blancas, y el otro de calabacita. Acomodan todo sobre la mesa de granito que está bajo las glicinas, y se sientan en los bancos. El piso de cemento está cubierto de flores lilas y se oye el zumbido de las abejas. La Colo aspira fuerte y dice: ¡Por fin! ¡Olor a primavera! Lali la mira y sonríe. Y enseguida pregunta: ¿Hoy tenés tiempo? ¿Me vas a contar más cosas sobre la cárcel? Hummmm, responde la Colo, casi que prefiero borrar esa época de mi vida. Pero no puedo, claro. ¿Qué te gustaría que te cuente? No sé, dice la chica, algo que te haya pasado, algún susto que hayas tenido. La Colo se pone seria y dice: Me parece que no te conté sobre la memoria de los muros, ¿no? ¿Y eso qué es? Eso es algo que ocurre en las cárceles: tanta energía oscura, tanto sufrimiento, queda impregnado en las paredes, y pasan cosas. ¿Qué cosas? Muchas, y bien raras. No hay explicaciones. Por nombrarte alguna: una noche estaba sola de guardia y de pronto empezó a sonar el piano en el salón de arriba. Alguien lo había donado y de vez en cuando algún pianista que venía de visita lo tocaba. Pero

esa noche no había nadie y ese salón estaba cerrado con llave. Otra vez estaba de guardia con una compañera y sentimos pasos en el taller. Nos fuimos con la linterna y mientras subíamos las escaleras pudimos sentir olor a velas derretidas. Estaba cerrado con candado y no había ni un alma ahí adentro. Bajamos y revisamos los pabellones, uno por uno. Igual. Las internas dormidas, el cerrojo puesto. Sólo estábamos nosotras dos levantadas, pero los pasos seguían sonando en el taller vacío. Hacía poco que se había ahorcado la Chuña, y al otro día una de las guardias nos dijo que tal vez fuera su espíritu. Lali escucha sin que se le mueva una pestaña. Después, prepara su mate amargo y, como al descuido, pregunta: ¿Y esa mujer que estaba en la cárcel, la Torres? ¿Es verdad que la conocías de antes? La Colo echa yerba y azúcar en el mate enlozado, pensativa. Ceba el primero y dice: Sí, claro que la conocía. ¿De dónde?, dice Lali. Ufff, si te contara las vueltas que dio mi vida, suspira la Colo. Hice la primaria en el pueblo de mi abuela y la secundaria en el pueblo de mi hermana, que era el mismo en donde vivía la Neli Torres en aquella época. Yo vivía con mis viejos en el campo, así que me quedaba de lunes a viernes en casa de mi hermana, y de paso la ayudaba con los chicos. La Neli trabajaba ahí: venía a limpiar una vez a la semana. ¿Eran amigas?, pregunta Lali. No, no en esa época. Nos hicimos amigas después, en la cárcel. En ese entonces, sólo nos veíamos de tanto en tanto, y cuando le sobraba tiempo tomábamos unos mates y charlábamos. En realidad era yo la que le contaba cosas o le pedía consejo. Lali escucha sin interrumpirla. Cuando volvimos a vernos en la cárcel, no podía creerlo. Ella estaba saliendo

del baño cuando me vio, y ahí nomás nos abrazamos. Fue raro encontrarnos en ese lugar, pero nos dio alegría. Yo supe por mi hermana lo que había pasado un tiempo después, porque hacía rato que no iba al pueblo, y en esa época no nos comunicábamos tanto. Lali se toma dos mates seguidos; sirve el agua sin bajar la vista de la Colo, que se pone a recordar. Era una negra linda la Neli, con ese pelo, y una sonrisa que daba envidia. Aunque ahí sonreía poco, hay que decirlo. Era pulcra, laburadora. No había nadie en la cárcel que no la quisiera. Eso me parece que ya te lo dije el otro día, ¿no? Lali afirma con la cabeza, y la escucha sin pronunciar palabra, pero sacude las piernas. La Colo la observa de reojo y sigue: Jamás en todos esos años se aprovechó de que nos conocíéramos de antes. Nunca me pidió nada. Sí, un pucho, una vez, y me parece que un encendedor. En todo ese tiempo nunca hizo algo que me pudiera comprometer. Era una mina de códigos. Y en la cárcel eso pesa. Lali suspira y sigue atenta. Con la única que tuvo quilombo fue con la Ordóñez, pero esa era terrible. La hija de puta se me tiró encima con una chuza. ¿Qué es una chuza?, pregunta Lali. Si había ochenta presas, había ochenta chuzas. Las armaban con cualquier cosa: con el elástico de las camas, con una aguja de tejer, con un tenedor. Más afiladas que un cuchillo. Te daba miedo verlas. Pero antes de eso pasó lo de los monos. ¿Los monos?, pregunta Lali sonriendo. Los monos de ropa, aclara la Colo. La Ordóñez organizó a unas cuantas y me esperaban para tirarme los monos de ropa por las escaleras del lavadero. Eran gigantescos y muy pesados. Si la Neli no me hubiera avisado, no estaría acá para contarlo.

En ese instante se abre la puerta del patio y entra un muchacho llevando una bici. Tiene las espaldas enormes y el cabello rojo. Luciano, venís temprano, le dice la Colo, ¿te quedás a cenar? Él saluda y responde a la pregunta alzando los hombros. Se aleja hacia el fondo del patio y se mete en un galpón. Mi hijo, dice, es herrero. También trabaja en la cárcel. En la de acá, en la de hombres, pero en mantenimiento. Por suerte. Lali asiente y permanece en silencio. Trata de ordenar las ideas que alborotan su cabeza, pero la Colo mira el reloj de su muñeca y entiende; ya es hora de marcharse.

La Colo abre la puerta del patio que da a la calle, y los perros le saltan arriba, dándole lengüetazos de contento. Todavía falta un ratito para que llegue la próxima, dice la Colo, te acompaño. Y las dos se van caminando hasta la parada del colectivo. Antes de que suba, la Colo le da un abrazo. Te espero el martes, dice, y si querés te sigo contando.

Cuando el colectivo se aleja la Colo regresa sobre sus pasos, mientras piensa: ¿Será la hija? Pero enseguida se responde: Mejor no hacer preguntas.

La Negra disimula el embarazo todo lo que puede para que le permitan seguir en la construcción. No suelta la pala hasta entrado junio, pese a las recomendaciones de la partera. Lo irá a tener al hospital del pueblo. Igual que hizo cuando parió a la Lali. Con ella no hubo problemas, nació sanita, en menos de una hora, pese a ser la primera. Por el tamaño de tu argolla, le dijo el Topo cuando fue a verlas. Siempre el mismo ordinario, le contestó ella, y se abrazaron, riendo.

Pero ahora las cosas están distintas.

El Topo sigue trabajando en la pastera pero cada día está más hosco, más bravo. Vuelve cansado y hediondo, el pasto deshidratado metido hasta en las orejas. La barriga más ancha, las patas más chuecas. El pelo reseco y verde, parece de cáñamo. Por cualquier cosa se enfurece: grita y estrella cosas contra las paredes. No le pega, pero la zamarrea por pavadas. Cuando tiene franco desaparece hasta el otro día. La Negra no abre la boca. Sólo deambula por la casa con la panza redonda como un globo. La Lali, cuando lo oye llegar, se le prende a las polleras, pidiéndole upa.

Faltan tres semanas para que nazca: el siete de agosto, según le dijeron. No puede saber si será hembra o ma-

chito. Que sea machito, piensa la Negra, así el Topo se tranquiliza. Que se le parezca, reza para sus adentros.

La Negra se despierta y tantea la cama. El Topo se levantó temprano; le deben de haber cambiado el turno. Desde hace unos días parece otro. No sale de juerga, le habla con calma o, al menos, no la insulta ni le grita. La carga a la Lali en brazos para que no haga esfuerzos y hasta hace los mandados para que ella no tenga que salir con la helada.

Los pastos amanecen cubiertos por una sábana de hielo. Cuando asoma el sol se levanta el humito sobre la escarcha. A la Negra le gusta el paisaje manso de invierno que ve desde la ventana al calor de la salamandra. Disfruta el frío, que se siente con mayor crudeza en ese pueblo que en Clorinda. Se prepara un té porque el mate le da acidez, por el embarazo. Se pone un abrigo y sale al patio con su andar de gallina clueca. Da pasitos cortos sobre la vereda de cemento alisado. El agua del balde es un espejo; quiebra el cristal con el palo de la escoba y vuelan pequeñas astillas de hielo. Se congeló el agua en la canilla de afuera y se quemaron las achiras: las hojas negras, de capa caída; las flores, un pellejo chamuscado. Respira hondo. Hoy no hay tufo de pasto hervido; todavía no deben haber encendido los secaderos.

El aire es puro; el cielo profundo, un azul de vidrio. Se mete adentro cuando la Lali la llama. Se acurrucan las dos en la cama. Se levanta el pulóver y acerca la manita de Lali a su panza; le hace sentir, justo en el espacio redondo en que la piel se levanta y se mueve. Esa, le dice, es la patita de tu hermanito, que anda queriendo salir. La Lali sonríe y apoya la oreja. Le susurra en el ombligo:

dale, hermanito, vení que te quiero conocer. Se pasan la mañana en la cama, remoloneando las dos, sin ganas de nada.

La calle es un lodazal espeso después de dos días de llovizna. El cielo, un techo de plomo que aplasta al pueblo.

Cuando llega la noche se descarga el diluvio. No se ve más que una cortina de agua a través de la ventana. El Topo ronca con la cabeza torcida, la Negra se mueve inquieta, dando vueltas en la cama. Cada media hora mira el despertador y cuenta. Empezaron las contracciones. No puede ser, piensa, si faltan quince días para la fecha. Pero la panza se le estira como parche de tambor, se le pone dura y siente como si le dieran mordiscones en los ovarios. Ella conoce bien ese dolor, aunque pretenda engañarse. Así y todo, espera callada. Sólo cuenta y mira el reloj hasta que una luz lechosa entra en el cuarto desde la calle. La lluvia se transformó en una garúa finita. Una puntada más fuerte, y se le escapa un grito. El Topo abre los ojos. Un charco de agua tibia se esparce en las sábanas. Él la putea y se levanta de un salto. Tiene la camiseta húmeda. Se seca con un toallón y se cambia a las corridas. Rompí bolsa, dice la Negra con voz apagada, y un nuevo dolor, más intenso, le arruga la cara. Preparate que vamos, dice él, y va a buscar a Rosa Bustos para que se quede con la Lali. Traé las cosas, le pide la Negra cuando están saliendo. Él entra, revuelve, y pone lo primero que encuentra en el morral de las compras.

Caminan despacio por las calles, atravesando los pasillos de cemento. Tienen que esquivar las huellas de barro que dejaron los autos y camiones. Pisan con cuidado, pero de tanto en tanto, igual resbalan. El Topo la lleva:

con una mano le aferra el brazo, con la otra, le rodea la cintura. Avanzan lento, como caracoles siameses, y aprovechan a ir más rápido cuando llegan a las veredas o cuando aflojan las contracciones, que son cada vez más seguidas.

Un empleado de la comuna está pasando la pala ancha para quitar el barro de los pasillos de las calles, cuando los ve venir. Da un silbido potente y llama con señas desesperadas al presidente de la comuna, que está saliendo de su casa. Le pide que los acerque al hospital en su coche, que la mujer no llega. Se suben los dos al Chevy amarillo, en el asiento trasero, y parten patinando por el barrial encharcado.

Media hora después la Negra está en la cama con un envoltorio entre los brazos. El Tito, con su carita colorada, asoma debajo del toallón que hace las veces de pañoleta; el mismo toallón con el que se secó el Topo en la mañana. No encontré otra cosa, responde cuando la Negra le recrimina. Y mira desconfiado ese bultito de carne hinchada y roja. Es igualito a vos, le dice la Negra, tomándole la mano. Todos los recién nacidos se parecen, responde él, y se suelta. Se va a fumar al patio del hospital y la deja sola. Ella le acaricia la cabecita húmeda y lo prende a la teta.

Lali va callada, mientras avanza la canoa. Acaba de cumplir los doce, pero todavía tiene cuerpo de nena. Un biguá cruza, solitario, el cielo tormentoso y lanza un graznido. Lali alza la vista. Va sentada al lado de su abuela, con el codo izquierdo doblado, agarrándose el hombro. Anda así desde hace días, para tapar el botoncito que se insinúa bajo la remera. Cubriéndose la vergüenza, no porque le crezcan las tetas, sino porque le salió una sola.

Lali mira el río sin verlo. Tiene grabado en las retinas lo ocurrido hace menos de una hora: ella y su abuela arrojando zapatos y cajas arriba del ropero. Ponen a salvo la radio sobre la repisa. El televisor en la mesada. A las corridas. Con miedo. Cansadas. Pero el esfuerzo no sirve: el río entra como un huracán y arrasa todo. Sólo alcanzan a manotear el bolso que habían armado en la mañana. A Lali se le cae el abrigo y un embudo de agua lo engulle por unos segundos, y lo escupe contra la ventana. En pocos minutos quedan los cadáveres de la cocina flotando entre la espuma barrosa: saquitos de té, manteles, la tacita de plástico celeste que era del Tito, cucharas de madera.

Prefectura llega apenas a tiempo: las manos de la abuela, agarrotadas y azules, están a punto de soltarse

de la rama. Lali la tiene agarrada de la blusa con uno de sus bracitos, mientras con el otro se abraza al tronco del algarrobo.

El agua está llena de ratas. Cientos de ratas que nadan entre la basura. Algunas muertas, flotan con la panza hinchada, patas arriba. El prefecto las ayuda a subir a la embarcación. A la abuela y a Lali. Y a los vecinos. Desengancha el bolso que alcanzaron a colgar de una rama, y lo tira al bote.

La canoa sigue avanzando bajo una llovizna tupida. El viento la sacude y Lali tiene frío. La inundación se traga a Clorinda. Todo es un mar rojizo; se borraron las orillas. Un tronco grande viene flotando, dando tumbos sobre un remolino. Un perro nada desesperado para alcanzarlo. Se rompió la barricada de Bolsón Grande, dice el botero. Los camalotes se enredan con la mugre. Adónde iremos, pregunta un hombre, pero nadie le responde. La llovizna se transforma en lluvia. Lali mira hacia atrás y ve el Pilcomayo embravecido, devorándose la casa de su abuela. Toca el filo de una astilla que asoma por la madera del bote: áspera, pinchuda. El horizonte es una línea oscura; los relámpagos, latigazos plateados. La abuela va sentada a su lado: una estatua de cartón viejo, arrugada, tiesa, bajo el aguacero. El Tito está a salvo en Asunción; cuando se mudaron de ciudad, la tía se lo llevó con ella. Prometió buscarlas a las dos cuando ella cumpliera los quince. Mejor no prometa, quiso decirle Lali, pero las palabras le quedaron atragantadas.

Llueve cada vez más fuerte. El agua cae por su pelo negro, que está suelto y despeinado, chorrea por su nariz y su cuello. Hace ruido en el fondo del bote, donde sus pies, dos bloques de hielo, se hunden en un charco tur-

bio. Estira su mano y engancha un camalote que viene a la deriva, quiere agarrar la flor. El botero grita que lo suelte. Que en los camalotes vienen las bichas.

La florcita lila del camalote se aleja flotando, y se pierde dando giros en la inmensidad del agua. Igual que se perdió la casa de su abuela. Y antes, su casita. Su perro. Su madre. Su vida.

La primera noche que el Chelo pasa con ellos, bajo el mismo techo, la Negra no puede cerrar el pico. Se lo ve venir al Topo, pero no hay caso. Siente que si se muerde la lengua se envenena.

Bajo el mismo techo es una manera de decir.

En la pieza de los chicos apenas si entran las dos camitas y en la nuestra hay que entrar de costado, dice la Negra en la mañana, apenas el Topo le anuncia que su sobrino vino a quedarse. La cocina no es sitio para que duerma nadie, sigue ella, mientras larga relámpagos por los ojos. El único lugar posible es el galponcito del patio. Hacé lo que quieras, responde el Topo con cara de naipe. Si va a parar ahí, hay que sacar los cachivaches, agrega. Pero no se mueve. Como de costumbre.

La Negra se arremanga y lo lleva al Chelo con ella. Le manda colgar las herramientas en los clavos de las paredes: pala, sapín y rastrillo. Ella acomoda una estantería desvencijada y mete pinzas, destornilladores y el resto de las chucherías: regadera, palanganas, frascos con clavos, rollos de cables y alambres. También el fratacho y el balde de albañil, recuerdo del primer trabajo del Topo. Las herramientas para hacer los pozos ciegos: palas anchas y de cavar, poleas y sogas, las acomoda con cuidado en la

parte más alta, en un mismo estante. Hace mucho tiempo que le pertenecen.

El Chelo toma la escoba sin que ella le pida y se pone a barrer el cemento alisado. Echá un poco de agua que nos asfixiamos, dice la Negra y le alcanza un tarrito. Después le da unos diarios viejos para que cubra los vidrios rotos de la única ventana. Entre los dos abren el catre, ponen un colchón de lana y estiran las sábanas, y las cobijas. Grises, parecen trapo de piso, igualitas a las del ejército. El aire huele a tierra y a ratones. La Negra pone una trampa bajo la estantería y otra entre las patas del catre. Ya es mediodía cuando la Lali aparece con un ramito de verbenas que juntó en la zanja, y las mete en un frasco vacío de mermelada, sobre una mesita chueca de madera y mimbre. La Negra le acaricia la cabeza.

El día fue largo. Cuando los chicos se duermen y sólo se escuchan los grillos, la Negra retoma su cantinela. El Topo está sentado en la silla de paja, con los codos apoyados sobre el mantel de hule despintado, y a cada rato llena el vaso; es de vidrio marrón, bien grueso.

La Negra habla como si le hubieran dado cuerda: Que lo único que les falta, ahora que a él lo echaron de la pastera, es otra boca para alimentar. Que no tiene descanso y está bien harta. Llevar a la escuela a la Lali y ayudarla con la tarea. Cargar con el Tito cuando la Rosa no puede cuidarlo. Que cómo mierda se le ocurrió decirle que sí a su hermana, que encima nunca quiso ni conocerla. Por qué, mejor, no le dijo la verdad. Que se quedó sin laburo por bagre y no les alcanza con lo que ella gana.

El Topo suelta un bufido por toda respuesta y la Negra sigue. Que qué se piensa él, que ella puede cargar

todo sobre sus espaldas; que sepa que no le da más el cuero. Encima las patronas demoran con la paga y la Lali anda con las zapatillas rotas y los dedos asomándole por los agujeros. No tiene vergüenza, la Lali cumplirá años y no tienen nada para regalarle. Ni para hacerle una torta siquiera.

El Topo golpea el vaso con furia sobre la mesa y lo vuelve a llenar hasta el borde. Si al menos se callara, piensa. Pero la Negra sigue como un disco rayado. Que no hay plata que alcance, y ella tiene que poner la cara para que el Tacuara Basualdo les siga dando carne a cuenta. Que por lo menos ponga un poco de huevos y le pida fiado a los Benetti. Y encima aguantar a ese chico, el Chelo. Que para bicho ya basta con él, con esos dientes para afuera y esos ojos de comadreja. Por algo le dicen el Topo, aunque está visto que no es sólo por la facha, sino porque se anda escondiendo bajo tierra como las ratas, haciendo pozos para meterse adentro como todos los cagones.

El ruido de la silla se siente como un hachazo cuando cae al piso. El Topo la agarra de los pelos y le estrella la cabeza contra el hule pringoso. El vino se vuelca y le moja el pelo y la cara. La levanta y la golpea, una y otra vez, y vuelve a golpearla.

El ruido de su cráneo contra la madera retumba en toda la casa.

–¡Soltame, hijo de puta! –grita la Negra, y le da una patada en las canillas. El Topo se tambalea y se agarra de la mesa. Manotea la botella vacía y la amenaza. Los ojos de cuis se le agrandan como los de un cangrejo y aprieta la trompa, metiendo los labios para adentro, como si mordiera. Turra de mierda, murmura, y la empuja.

A través de los vidrios empañados el Chelo contempla la escena y se hace humo hacia el galponcito. En medio del sueño, el Tito se despierta y llora. La Negra aprovecha para salir corriendo.

La tarde de invierno está despejada y las presas están en el patio; es la hora del recreo. Algunas sentadas, otras de pie, forman pequeños grupos. Buscan un sitio donde les dé el sol. Hace mucho frío aunque no sople viento.

Parecen gallinas cacareando, piensa la Colo mientras las observa. El humo azul de los cigarrillos se eleva y resalta a contraluz sobre las cabezas de las mujeres; se oyen risas y voces chillonas, y una radio a todo trapo pasando cuartetazo.

Sólo hay una que está aislada: sentada sobre un banquito, apoya la espalda contra una columna. Los pies dentro de unas zapatillas azules se sacuden contra las baldosas de la galería, siguiendo el ritmo de la música. La mano derecha sostiene un cigarrillo, el brazo izquierdo cruza sobre su pecho y aferra el hombro, como si se abrazara. Nadie se le acerca. Hace pocas horas que llegó a la cárcel. Fuma y mira hacia la nada, en un punto que sólo ella puede ver.

La Colo va vestida como todas las guardias: pantalones grises, polera negra de lana, capote azul con botones plateados, pelo recogido; es muy joven, pero parece mayor. De su cintura cuelga un llavero. Vigila el patio y de tanto en tanto

observa a la nueva: no puede verle la cara, sólo el pelo renegrido, que le cae como flecha más abajo de los hombros.

Después de un rato, la Colo aplaude fuerte, chocando una y otra vez sus manazas, y anuncia a los gritos que ya terminó el recreo, que vayan pasando para el taller.

Las presas suben alborotadas. La Colo espera en el patio a que las otras guardias entren y las ordenen. Ella hará luego su entrada triunfal.

Cuando oye que se van apagando las voces, sube por las escaleras rozando las barandas mugrosas de hierro, hasta llegar al corredor. Y comienza su puesta en escena: avanza sobre el piso de madera haciendo sonar sus borcegos; las tablas retumban y forman un eco siniestro. Abre la puerta de golpe. Al irrumpir su figura se apaga el último murmullo. Todas levantan la cabeza por un segundo, luego la bajan y clavan los ojos en lo que están haciendo. El silencio puede cortarse con un cabello.

La Colo aprendió a leer el miedo en las miradas y en los gestos. Le gusta que le teman. Cada vez que entra al taller repite el mismo juego.

Algunas están con el tejido sobre la falda, otras cosen o remiendan, una que otra prepara mate. La Chuña está alterada, como de costumbre, desde hace un tiempo. Esa mina se está volviendo loca, piensa la Colo. La Chuña tiene los pelos blancos, alborotados como un plumero viejo, la cara fruncida parece un globo desinflado. Se pasa la lengua por sus dedos sarmentosos, uno a uno, y se acicala: se frota las cejas, la nariz, los ojos, las orejas, los labios, como si fuese un gato. Se lame y se frota, una y otra vez. Después suelta una carcajada y habla con un acompañante imaginario. Y se responde con otra voz. Pero en medio de ese juego loco, levanta la mano, saluda

y le guiña un ojo. ¿Estará actuando?, se pregunta la Colo. Tal vez así lo pase mejor, se dice. Y da un paneo general antes de relajarse.

Pero entonces ve a la Ordóñez que se pone de pie y avanza hacia ella, desafiante. Siente su odio cuando la mira directo a los ojos, sin siquiera un pestañeo, los labios torcidos en una mueca, el ceño fruncido. El pecho echado hacia adelante, bravucona. Se para a pocos pasos de ella y sin bajar la vista abre un repasador que tiene restos de comida: una cáscara de banana, unas migas, un puñado de yerba. Uy, se cayó, qué pena, murmura. Tenés un segundo para levantarlo, dice la Colo con tono helado, la Ordóñez se ríe. ¿Si no, qué...?, la desafía. El golpe le cruza la cara y le quedan los dedos marcados. La Ordóñez la putea, pero se agacha y junta. Hija de remilputa, murmura por lo bajo, pero todas la oyen. La Colo le da un empujón y la Ordóñez cae sobre el piso. ¡Tres días de arresto!, ordena, y le hace seña a las guardias para que se la lleven. Se oyen los gritos mientras la arrastran por el pasillo. ¡La recajeta de tu madre, Colorada puta, me las vas a pagar a todas! Y la voz se va transformando en aullido.

La Colo se va para el baño, no quiere que vean cómo le tiemblan las manos. Hace cuatro años que trabaja en ese infierno, pero todavía no se acostumbra. Se oyen los gritos de la Ordóñez mientras la bajan a los empujones por las escaleras, rumbo a las celdas de castigo.

La Colo inspira aire con fuerza, para aquietar los latidos. Cuando llega a los baños se lava la cara y las manos, se moja con agua helada la nuca. Se acomoda el pelo frente al espejo, para que no se le salga ni siquiera un mechón finito. Lo humedece, lo estira: bien tirante, la

trenza roja y gruesa, enroscada en lo alto con invisibles. Se mira. Las ojeras liláceas se destacan en su cara ancha y blanca, sin maquillaje. Las comisuras de su boca marcan un rictus hacia abajo. Gesto adusto, ojos tristes. ¿Cuándo empezó a ser suya esta cara?, se pregunta. De tanto practicarla, se dice. De a poco se fue transformando en esa Colo que le devuelve el espejo. Suspira. Mejor no pensar, se consuela, y se dirige a la salida.

Apenas atraviesa la puerta, la ve: de espaldas, la nueva camina unos pasos adelante arrastrando los pies. De pronto se frena y gira. A la mujer se le ilumina la cara con una sonrisa de dientes blancos y grandes. ¡Colo!, susurra. ¡Neli!, responde ella, y la abraza. Después de unos segundos se separan. La Colo está inquieta, mira hacia todas partes. No podés decir que nos conocemos, le advierte, si no me meten un traslado. Quedate tranquila, y acordate que para todos soy la Negra, no la Neli. Ya nos veremos, dice la Colo, apretándole las manos.

La Negra se escurre en el baño y la Colo se aleja.

Las suelas de goma de sus borcegos rechinan sobre las baldosas del corredor vacío, mientras se dirige nuevamente hacia los talleres.

Lali comparte el cuarto con su abuela desde que llegaron de Clorinda y pasa la mayor parte del día dentro de la habitación. Estudia y lee. Quiere borrar el recuerdo de los sacudones de la canoa en el agua barrosa, de las ratas muertas flotando bajo la lluvia.

Tirada sobre la cama o sentada en un rincón del cuarto, desde que termina el desayuno hasta que se marcha a clases, desde que regresa de la escuela hasta el almuerzo, desde que se pone a hacer la tarea hasta que llega la noche.

Sólo aparece en la cocina un rato antes de la cena.

Comen en silencio y cuando terminan con los platos se sientan las cuatro en el comedor: su tía Susana, su prima Pato, su abuela y ella, una al lado de la otra, rozando sus brazos y apoyando el culo sobre el cuero frío del diván-cama que está frente al televisor. En blanco y negro, porque el aparato a color se quemó con la última tormenta. Muchas veces la antena se corta y la pantalla se cubre con una lluvia grisácea de mosquitas y un sonido sordo. Miran lo que pueden, las cuatro en silencio, hasta que la tía cabecea y se le cierran los ojos. La abuela se levanta, apaga la tele y la cubre con la funda de plástico. Es hora de ir a la cama, dice con su voz ronca de tortuga vieja.

Así todos los días. Uno igual al otro desde que llegaron. Hace de esto, siete largos meses. Cuando el agua se llevó todo, la tía caballo ya vivía en Asunción con el Rubén y el Tito, en su departamento chiquito, donde no había lugar para ellas. Fue entonces que la tía Susana les ofreció que fueran a vivir a San Crispino, a más de ochocientos kilómetros de Clorinda.

A Lali le gustaba abrazar al Tito cuando iban de visita. Pero ahora están demasiado lejos. Quién sabe si él va a dejarse abrazar cuando se vuelvan a ver. Si es que vuelven a verse algún día.

Lali se sienta en su cama y observa el cuarto. Las paredes son de un celeste despintado, con manchones de hongos negros, que se estiran como tentáculos hacia el cielorraso de tirantes; detrás de esos tirantes pueden verse los ladrillos, de los que cuelgan telarañas, como sombras malignas.

Pasa su mano por la madera rugosa de la ventana que se recorta sobre su cama: está cubierta por varias capas de pintura; debajo de la última, de un gris oscuro, aparece un verde y, más abajo, un naranja rabioso. La masilla de los vidrios está reseca y agrietada. La cortina de tul estampado deja pasar la luz y las formas. No cumple ninguna función; tal vez, sólo que no las vean desde la calle durante el día.

La tía Susana no le recuerda a ningún animal, como su abuela o su otra tía. O a lo mejor sí: a una oveja suave, mansa y tibia. Cada mañana le cepilla el pelo y le ata una cola con un moño. Y le da dos besos, igual que a la Pato, su prima. Y recomienda, casi al oído de su hija, que la mire cuando cruzan la calle y que la cuide en los recreos. A la Pato no le gusta que su madre le pida eso

y levanta los hombros con cara de fastidio. Ella se da cuenta, pero no dice nada.

No puede olvidarse del odio en los ojos de su prima cuando, en medio del almuerzo, a pocos días de su llegada, la miró de frente y le dijo que por culpa de su madre, su hermano no podía volver con ellos. La tía Susana se llevó a la Pato a su dormitorio y estuvieron un largo rato encerradas; recién al terminar la siesta las vio salir. Su prima la miró en silencio y a instancias de la tía murmuró algo por lo bajo, como si se disculpara. Pero ella no pudo entender lo que dijo.

Lali mira a través de la ventana: las calles del barrio no están muy concurridas. Hace calor y a la gente le gusta salir temprano. Seguramente ya habrán vuelto de hacer mandados y estarán en sus casas, tomando mates en las galerías altas y frescas de los patios traseros, pelando papas o limpiando la ensalada para el almuerzo. Es una ciudad tranquila de provincia. De la misma provincia donde nacieron ella y el Tito. Lo sabe, aunque nadie se lo diga; el nombre le quedó grabado.

Lali contempla el cuarto que se refleja en el vidrio de la ventana abierta: la pared donde cuelga el rosario de madera, atravesado con ramas de olivo seco y bendecido; la cama de su abuela, bien estirada, cubierta con la colcha de cuadraditos que tejió durante muchas tardes, con restos de lana que le dio la tía apenas se mudaron.

Lali lo recuerda bien.

Recién llegadas de Clorinda, las dos sentadas en el cuarto. Ella haciendo la tarea sobre una mesa, bajo la luz del aplique de plástico rosa que cuelga de la pared. Su abuela, en el sillón hamaca de lona. Bolsas y bolsitas con ovillos de lana enrulada, de todos colores: azul eléc-

trico, verde botella, amarillo patito, anaranjado, negro, gris, ladrillo, crema. Le parece verla, alumbrada por la luz del velador, sentada en el sillón de madera clac, clac, hamacándose, con la radio aturdiendo sus orejas. El crochet vuela que vuela: un punto, un lacito, una vuelta de vareta. Y los cuadraditos de colores apilándose sobre la mesa de noche mientras ella, clac, clac, con el sillón hamaca, teje que teje. Para no hablar ni responder, para no pensar, para aislarse del mundo. Para esperar la muerte, que es lo único que queda.

Lali hace sumas y restas, oraciones cortas, practica lectura. Y llena cuadernitos cuadriculados que le da la tía para que se ponga al día si no quiere repetir el primer año de la secundaria, que en Clorinda estaban tan atrasados, qué vergüenza.

El piso es de baldosas blancas y negras, y tiene una alfombra en medio de las camas; cuando la mueve para pasar el escobillón, despide nubecitas de polvo.

Es sábado y no hay escuela. Su prima dormirá hasta las doce. Lali mira el despertador sobre la cómoda: los números verdes, fosforescentes, la aguja larga que va saltando de rayita en rayita. Su abuela se fue hasta el hospital a que le controlen la presión, y sabe que al menos demorará una hora. Tiene todo ese tiempo para ella.

Pone el pasador en la puerta, se quita el vestido, y se queda en bombacha y corpiño. Se acerca al espejo largo que cuelga al lado de la cómoda y contempla su cuerpo. Busca el lado izquierdo, porque en el derecho, el cristal deforma la figura.

Se mira de perfil y de espaldas: le resaltan las costillas, los huesos de los omóplatos, las vértebras. Gira y se para de frente. La luna del espejo refleja el sol, que atravie-

sa la cortina y la encandila por un segundo. Entorna un poco los postigos y regresa a mirarse. Le sobresalen las clavículas. Casi tanto como al esqueleto que tienen en el colegio para estudiar anatomía. Hunde el dedo en la taza derecha del corpiño: vacía. La de la izquierda se abolla un poco. Si sigue así, el corpiño que le regaló la tía le servirá hasta los quince. Es rosa, de una tela brillante, con breteles anchos y suaves. Endereza la espalda, las manos en la cintura, y se contempla.

Su bombacha es de tela, color crema con rositas pintadas, ancha, floja. Se baja el elástico en la parte delantera, y ve los pocos pelos que comenzaron a nacerle. Se los cuenta. Once; tres más que la semana pasada. A su amiga Elena, la única que tiene desde que llegó, ya le vino la regla. A ella no. Ya cumplió los trece y parece una nena. Nadie le explica. Su abuela no habla de esas cosas, y la tía Susana anda siempre apurada. Trabaja todo el día en la verdulería que tienen en las habitaciones del frente y, cuando llega la noche, apenas si cena y se baña, y se le caen los párpados frente a la tele encendida.

Lali quisiera preguntar tantas cosas, pero no sabe cómo empezar, ni cuándo será buen momento. Al Cacho, el marido de la tía, lo acaban de despedir de la fábrica y empezó a trabajar de camionero. Y la mujer tiene que levantar más cajones y atender sola a los clientes. No quiere ayuda. Ustedes estudien, les dice. Quisiera saber si le crecerá el otro pecho. O si quedará deforme para siempre. A su prima no quiere preguntarle. Sabe que no le gusta que le hable demasiado, ni que aparezca en el comedor cuando están sus amigas. Lali entendió pronto. Siente cómo crece su fastidio si anda por la casa, y decide atrincherarse en la pieza. Pero quisiera saber, que

alguien le diga. Su abuela clac, clac, teje que teje. La tía pesa cebollas, carga sandías. El tío viaja con el camión de ida y vuelta hasta Clorinda, donde acaba de instalar un negocio el hijo mayor, el Chelo, al que nadie nombra. La tía Susana, una vez al mes, trepa al camión con su marido y viaja durante horas, para ver a su hijo. Ella lo sabe aunque no se lo diga, porque puede leerle la alegría en sus ojos cuando se va y la tristeza cuando vuelve. A veces la Pato se va con ellos y, cuando regresa, la hostiga. La humilla con la mirada, con los silencios. Lali sabe que durante varios días, su prima le hará pagar el precio de vivir de prestado, en un lugar que no le pertenece.

Una tarde, a la abuela se le escapa que el Chelo se fue para allá cuando salió de la cárcel. Lali quiere que alguien le cuente. Que alguien le diga por qué el Chelo estuvo en la cárcel y salió, y por qué su madre nunca podrá salir. Porque eso sí lo sabe. Su madre está en la cárcel. Las oyó una noche, cuando hablaban en la cocina. Pero no le basta, quiere saber más. Quisiera saber tantas cosas. Pero no se anima. Nadie se da cuenta de que las preguntas se le amontonan desde hace años. Las preguntas se mezclan, se apilan, se confunden. No llegan nunca a transformarse en voz.

El sol recalienta la tierra y la Negra busca la sombra. El Tito ya se debe haber quedado dormido y la Lali seguro está lavando los platos trepada al banquito, porque desde allí le llega el rumor de la canilla. El Topo se fue a jugar al *jubilete* al campo de Tonietto y no vendrá hasta el otro día.

La Negra no pierde de vista al Chelo, sin que él se percate. El chico junta los huevos y los acomoda dentro de un canasto de alambre. Los deja en la galería y vuelve hasta las jaulas a poner maíz molido dentro de los comederos. Las gallinas sacuden sus crestas carnosas mientras picotean; él echa agua con la regadera en la canaleta de chapa. La Negra lo mira moverse. Ágil como un gato, entre jaula y jaula. Fue buena idea después de todo que se quedara. Al menos se ocupa de lo que el Topo fue descargando sobre las espaldas de ella. Y además, busca y lleva a la Lali los días en que hay escuela, y la ayuda con la tarea.

Lo ve quitarse la camisa y bombear con fuerza. El chorro fresco y grueso golpea dentro del balde de lata. Mete la cabeza debajo del agua y aguanta. Diez, veinte, treinta segundos. Seguro los está contando como hace siempre. Cuarenta, cincuenta, un minuto. Ella también

sigue con la mente el conteo para ver si mejora. Un minuto diez, uno veinte... El Chelo saca la cabeza de golpe y aspira como si quisiera tragarse el mundo. El pecho agitado, respira cortito, se le marcan los músculos. Sacude los pelos y las gotas salen disparadas hacia todas partes, como destellos de alambre.

El muchachito levanta la cara hacia el sol achicando los ojos. No sabe que ella lo mira desde la sombra del sauce. La Negra lo contempla con su media sonrisa, detrás de las ramas. El pecho de él, todavía lampiño, algún grano en la cara. La espalda ancha y el culo parado.

La siesta arde sobre el techo de chapas, sobre la cabeza del chico. El Chelo se toca el bulto que va creciendo bajo su bragueta. Se detiene a oír el rumor en la cocina, seguro creyendo que es ella la que está lavando los platos, y se va casi corriendo hacia el galponcito.

La Negra mira hacia la calle desierta y se decide.

Abre la puerta rotosa y la cierra tras ella, poniendo el gancho por dentro; el galponcito es un horno. Él está tirado en el catre, desnudo, en la penumbra. La Negra siente cómo laten sus sienes, su sexo; la boca se le abre. No pronuncia una palabra, se quita la ropa mientras él, sin moverse, la observa. Ella se acaricia los pechos, baja su mano, se toca. El Chelo se incorpora y apoya la cabeza contra la pared; se inquieta, respira agitado. La Negra se acerca y se sienta. Él le hace sitio y mira su cuerpo desnudo, sin atreverse a rozarlo. Ella hunde sus manos en los pelos mojados del chico. Acerca su boca, va dejando un rastro de saliva por la frente, por la nariz, se detiene en los labios. Mete la lengua en su boca entreabierta y se demora. Después baja por el cuello, por su pecho lampiño, desciende. El Chelo se estremece. La

Negra levanta un instante la vista, le clava sus ojos y encuentra la misma mirada que vio las veces en que, con disimulo, tocaba su mano en la mesa al pasarle el plato. La Negra sigue bajando por el cuerpo de él, roza la piel trémula y ardiente con su lengua, con su boca húmeda. El Chelo ve el pelo de ella, esparcido como un manto de seda y noche entre sus piernas. Cierra los ojos y lanza un gemido, aprieta la cabeza de la Negra para que no se detenga. Ella sigue un rato y lo suelta. Se le sube arriba, se pone en cuclillas, lo cabalga. Le guía las manos hasta sus pezones, se retuerce, se mueve cada vez más rápido, como una fiera. Se mezclan lenguas, gemidos, sudores. Cuando llega la calma, la Negra lo abraza y le cubre la boca con un beso. El Chelo tiembla y hunde la nariz en su pelo, en su cuello. Quiere que ese instante no termine nunca.

Ya llegó, te está esperando, dice la Colo. Tenés que ir al cuartito que está al lado del taller, apenas subís la escalera. Y ahí la encuentra. La Negra completa la planilla en silencio y se queda sentada, estudiándola de reojo. Es joven. Tiene el pelo liso, con unos mechones más cortos que le caen sobre la frente. Mina con pocos problemas, piensa la Negra mientras observa la pilcha buena, las manos cuidadas. La mujer anota unos datos en su cuaderno y, mientras escribe, la pulsera con piedritas, que tiene puesta, tintinea. Nunca le gustaron los doctores y mucho menos los psicólogos, pero igual aceptó la entrevista. Sin embargo, ahora que está a punto de empezar, tiene ganas de salir corriendo. De qué mierda voy hablar con esta, piensa. Pero no se mueve de la silla. La mujer se presenta y le dice que siempre es bueno que alguien escuche, o que ella misma pueda escucharse. Que tal vez no sea más que eso. Después le explica que todo lo que hablen no saldrá de allí, que ella sólo tomará notas para su registro, para no olvidarse de algunas cosas importantes sobre las que luego, tal vez, sea necesario volver. La Negra la mira sin bajar la vista y le dice que lo único que quiere es ver a sus hijos. La mujer le explica que eso no está en sus manos, que debe

armarse de paciencia. Después de pedirle algunos datos y de decir algunas frases formales, le suelta la primera pregunta. ¿Cómo fue que empezó a hacer pozos ciegos? La Negra se la queda mirando fijo y no contesta. Aquí adentro aprendió a desconfiar. Capaz que la mandaron de la fiscalía para ver si le hacen pisar el palito. La abogada le dijo que hasta que no esté la condena mantenga la boca cerrada. Total, se dice, qué más puede pasarme. La mujer se quita los anteojos, azules y chiquitos, y la Negra se la queda mirando. Y como ella no dice nada le repite la pregunta, igual, pero distinta. ¿Por qué eligió como trabajo hacer pozos ciegos si eso no lo hacen las mujeres? La Negra sonríe. Qué sabrá esta pituca lo que hacen las mujeres. Baja levemente la cabeza y la luz de la lámpara le da de lleno en el pelo renegrido. La mujer la observa, y aguarda en silencio.

Después de unos minutos la Negra levanta la vista, pero la mira sin ver. Está lejos, hurgando en sus recuerdos. Se ve recién llegada al pueblo, en la casita que les ofrecieron como parte del trato, y se pone a hablar sobre el Topo y los primeros tiempos: Los Iriarte tenían una empresa grande, dice, hacían casas ahí mismo y en varios pueblos a la redonda. El trabajo no iba a faltar; teníamos el futuro asegurado con esa gente. Imagínese: nos pagaban bien, con aguinaldo y todo, y encima nos daban un lugar donde vivir que sería nuestro con los años. Yo estaba harta de perderlo todo y sentí que esa casa y ese pueblo era lo que necesitábamos después de tanto traqueteo. Pero está visto que a mí las desgracias me persiguen. Las cosas buenas nunca me duraron. Cuando la Lali estaba por cumplir los tres, el Topo empezó a aburrirse. A decir que extrañaba Clorinda. Que la vida de pueblo no era lo suyo. Parecía

que a él siempre le hubiera gustado vivir al filo, tapado de deudas, entreverado con contrabandistas y putas. Enseguida se cansaba de todo.

Me acuerdo de que cuando el primo nos avisó que lo había recomendado para trabajar en ese pueblito, y que nos estaban esperando, yo me puse a bailar en una pata. Hacía rato que quería rajarme de Clorinda y empezar de nuevo. Él también se puso contento; no sé si porque me vio tan alegre a mí o porque andaba asustado. Nunca me lo dijo, pero yo sabía que debía una muerte. Estábamos a orillas del río esa tarde, y de golpe me tiró al pasto y se puso a acariciarme el pelo... Él nunca hacía esas cosas. Entonces me abrazó y me prometió que se pondría a trabajar en serio. Que cuando saliéramos de Formosa íbamos a armar una familia. Y yo me lo creí. Me gustó sentir que por fin un tipo era capaz de sentar cabeza por mí.

La Negra suspira. Se mira las manos y se las acaricia. Pasa las palmas sobre la mesa oscura y sigue hablando como si estuviera sola.

Cuando vivíamos en Clorinda, para mí no era el Topo, sino el Martín. Y el Martín era bueno. Pero después me di cuenta de que al Martín me lo había inventado yo solita después de mirar tanta telenovela y que en realidad eran dos: el Martín y el Topo; el bueno y el jodido. Hasta que el jodido le fue ganando.

La mujer la escucha en silencio y hace algunas anotaciones.

La Negra la mira unos segundos y agrega: ¿Sabe qué?, si lo pienso bien, creo que todos los hombres que aparecieron en mi vida fueron así: más jodidos que buenos. Desde mi abuelito para acá. A veces me gusta pensar que los meto en un barril con lavandina para que se despinten de a poco.

¿No hay ni siquiera uno que se salve?, pregunta la mujer. Sólo uno, suspira la Negra. Y cierra los ojos durante unos segundos. Después retoma el hilo de lo que venía diciendo. Le cuenta cómo limpió el patio y lo convirtió en huerta y en jardín, y agrega: Ese fue mi entrenamiento con la pala. Cuando el Topo empezó a andar de joda, a gastarse la paga en vino y en timba, me di cuenta de que todo se iría a la mierda. Una mañana en que lo buscó Iriarte, él estaba tan mamado que me pidió que fuera yo. Nunca le hice asco al trabajo, así que me calcé las botas y la ropa que usaba él, y me subí atrás de la camioneta, que estaba llena de tipos. Iriarte se puso como loco. Que ni lo sueñe, me gritaba, que las mujeres no tienen fuerza para hacer ese laburo. Que me bajara enseguida. Me acuerdo que lo dejé hablar un rato y le grité que no. Que ni por la fuerza me bajaba de ahí. Le dije que me llevara y que si no quedaba conforme no lo jodería nunca más. Pero también le aseguré que yo podía trabajar a la par de cualquiera de sus hombres. Y bien que se lo demostré. Cuando volví esa noche era otra. Tenía los brazos como de trapo y apenas si movía las piernas. Me pusieron a trabajar con lo más duro para que me achicara: cavar cimientos y hacer un pozo ciego. Al otro día me dolía tanto la cintura que no podía ni sentarme, pero no arrugué, y les hice un trato a los Iriarte: seguiría limpiando en las mejores casas y, en los días que me quedaran libres, iría con ellos a hacer los pozos, así podrían seguir descontando la cuota de mi paga y no nos quitarían la casita. La Negra suspira, luego agrega: Por eso empecé a laburar en eso. No me quedaba otra.

La mujer se queda mirándola unos segundos. Cierra el cuaderno, observa el reloj y dice: Es todo por hoy,

pero podemos seguir conversando la próxima semana, si quiere. La Negra afirma con la cabeza. Siente que los recuerdos se le remueven, pero le hizo bien hablar, después de todo. Sin embargo, no lo dice. Sólo se levanta y saluda con un gesto. Después se aleja en silencio hacia el pabellón de las procesadas.

En San Crispino hay pocas carreras para elegir al terminar la secundaria: maestra o profesora. Los alumnos no van con mi carácter, dice Lali. Y aunque la Belquis insiste para que se vayan a la capital, ella decide quedarse un tiempo para tener unos ahorros antes de marcharse.

Cuando su tía Susana le propone trabajar con ella, acepta de inmediato. La tía quiere agrandar el negocio, agregar almacén y quiosco a la verdulería.

Durante varios días pintan estantes, blanquean paredes, cuelgan cortinas, pulen el piso y lustran hasta los botones metálicos de la caja registradora.

El lugar parece otro cuando terminan. Están contentas con el resultado y, de inmediato, se ponen a organizar la mercadería. Apilan latas: palmitos, salsas, arvejas, choclos, picadillo. Acomodan bolsas: yerba, azúcar, arroz, fideos, harina, legumbres. En otra sección ubican los artículos de limpieza: jabón en polvo, desodorantes, ceras, insecticidas. Y los olores del almacén se van mezclando con los de las frutas y las verduras: duraznos, bananas, sandías, albahaca, pimientos. Todo luce mejor en los exhibidores recién pintados.

Agregan un mostrador vitrina en la parte de adelante, con artículos importados que trae el Cacho desde Clorinda: perfumes, golosinas, cigarrillos, whisky y juguetes a pilas.

La tarde antes de inaugurar, mientras la tía duerme la siesta, Lali saca algunos juguetes de sus cajas y se dispone a probarlos: un auto, de un rojo brillante, que cada vez que choca con un obstáculo retrocede; una moto que se levanta y anda en una sola rueda; un robot que alza cosas con sus manos, como si fuesen pinzas, y dispara luces sonoras.

Lali está sentada en el suelo y los mira moverse como si fuese una nena. Les da marcha, a uno por uno, y los contempla embelesada hasta que se detienen. Luego, los vuelve a encender.

La tía Susana se levanta de la siesta y la observa en silencio con una sonrisa. Después se acerca y se sienta a su lado. Lali se sobresalta, se pone colorada y finge lustrar los juguetes con su pañuelo. No los guardes, le dice la tía, yo tampoco tuve estas cosas cuando era chica. Ni me dejaban jugar siquiera. Lali la mira. Mi madre era más seca que una madera. Qué voy a decirte, la conocés mejor que yo a tu abuela. Además, la infancia pasa tan rápido... Si lo sabrás, ¿no? Tu infancia fue más corta que la mía con todo lo que te pasó. Lali se muerde las uñas y no responde. Hace un rato me llamó el Chelo, agrega la mujer, para desearme suerte con el negocio. Lali se queda mirando a su tía; es la primera vez que habla de su hijo con ella. ¿Te acordás de él, no?

Lali asiente. Todas las preguntas que siempre quiso hacer dan vueltas y se atropellan en su mente. Se acuerda de una siesta, allá en Clorinda, cuando se puso a hur-

gar un hormiguero con un palo: las galerías quedaron al desnudo, las hormigas confundidas, furiosas, salían en todas direcciones, se chocaban, intentaban treparse, caían. Así siente ahora su cabeza: como un hormiguero desnudo y roto, en el que las preguntas se chocan, furiosas, y se escurren por laberintos.

De pronto le aparece una película vieja, sin sonido, desteñida por el tiempo, en la que ella camina tomada de la mano del Chelo. Pero al igual que le ocurre con su madre, la cara de él es sólo un manchón borroso.

La voz de su tía Susana la trae de regreso. No te pongas triste, le dice. La vida es así. No se puede hacer nada para cambiar las cosas... Lo mejor es tomarla como viene. Lali la mira y calla. ¡Uy, mirá la hora que se hizo!, sigue la mujer. Tenemos que prepararnos porque ya están por llegar los clientes.

Lali se levanta despacio. El momento para hablar acaba de esfumarse, y ella no alcanzó a hilvanar ni siquiera una pregunta.

La Negra va a hablar con los Iriarte para pedirles una prórroga: les explica que el Topo se fue, que la abandonó con los chicos y está desesperada. Baja los ojos y se mira las manos, las tiene apoyadas sobre el respaldo de una silla. El menor de los Iriarte se despide: Ya son pasadas las ocho y los muchachos me esperan, dice. El más viejo la invita a sentarse y le sirve un mate cocido. Estoy trabajando en demasiados sitios y no me alcanzan los días, explica la Negra un poco más serena. Además ando con un dolor fuerte en la cintura. Si es por la casita no se preocupe, le dice Iriarte, nadie va a sacársela. Cuando pueda retoma y seguimos con el descuento. Bien sabemos que no hay como usted para el trabajo y si ahora se le complica, la esperaremos. Además, quién sabe, *porai* el Topo vuelve y le da una sorpresa. Ella agacha la cabeza y niega. No creo, dice casi en un susurro, vio cómo es el Topo. Cuando se le mete algo entre ceja y ceja... Me parece que andaba extrañando los pagos. Se debe haber vuelto a Clorinda y capaz que se fue con alguna. Peor para él, le dice Iriarte, perderse una mujer como usted, y los ojitos le brillan. Vamos a hacer una cosa: guárdenos aunque sea un día al mes, y apenas se sienta mejor de la cintura, arreglamos con eso. Así por

lo menos no dejamos de verla. Gracias, no sé cómo voy a pagarle, dice la Negra, y le toma las manos. Por suerte todavía hay gente buena como usted, agrega, y como don Basualdo, que todavía me fía. Pero igual es duro, se me hace cuesta arriba. Iriarte la interrumpe. Espere, le dice, ahora que me acuerdo, la mujer de un empleado nuestro consiguió que le dieran una ayudita, un mensual, añade, cuando el marido se espiantó con otra y la dejó con los críos. ¿Y quién da esa ayuda?, pregunta la Negra. No me acuerdo bien si el Juzgado o la Comuna, pero lo que es seguro es que antes hay que hacer la denuncia en la Comisaría. Vaya hoy mismo, Neli, pídale a Gamarra que le dé una constancia en la que diga que el Topo hizo abandono de hogar, que ya no conviven.

La Negra le agradece. Y se lo va repitiendo para no olvidar las palabras, mientras le da a los pedales de la bici roja. Ya estuvo antes en la comisaría; le tomó la denuncia el cabito nuevo, pero no pidió ningún papel. Sólo la hizo para quedar tranquila, para que la desaparición del Topo no levantara sospechas.

Entra como una tromba a su casa. El Tito durmió en lo de Rosa y el Chelo fue a llevar a la Lali a la escuela. Se cambia y se pone un pantalón ajustado y unos mocasines; no puede andar en bicicleta con tacos. Se lava debajo de los brazos, se pone una polera limpia y una campera gris con rayitas naranjas y azules que le tejió la Rosa. Se mira en el espejo y se retoca: apenas una línea de lápiz negro bajo los ojos y un poco de pintura clara sobre los labios. Cepilla el cabello hasta sacarle brillo y se pone unos aros de bolitas blancas, y un poco de perfume. Ahora sí, se dice. Pero lo piensa mejor y se despinta. Se ata el pelo y cambia el saco nuevo por uno marrón,

descosido en las mangas y lleno de pelotitas. Se quita los zapatos y se calza las zapatillas azules, las que están goteadas de lavandina; se pone un pantalón flojo, ancho, con el elástico estirado. Mejor así, se dice cuando vuelve a mirarse.

Trepa a la bici y sale a la carrera. Pese a que es media mañana el aire helado le corta la cara y hace que se le salten las lágrimas; los cachetes se le congelan mientras avanza, cuadra por cuadra, pedalea que pedalea.

Cuando llega frente a la Comisaría el corazón se le alborota. El Chevrolet de Gamarra está estacionado junto al cordón y le viene un impulso de salir corriendo. Pero respira hondo y se serena. Se quita las pinzas metálicas de las bocamangas del pantalón y las ajusta en los rayos de las ruedas. Solo entonces se pone a pensar en las palabras que usará cuando esté frente al comisario.

Gamarra está detrás de su escritorio. Le hace una seña sin levantar la vista de sus papeles, indicando una silla. La Negra carraspea y él frunce los bigotes. Te dije que te sentaras, le ordena. La Negra se acomoda, hunde las manos en los bolsillos de la campera deforme, agacha la cabeza y murmura: Vine a hacer una denuncia, quiero que me haga un papel en el que diga que el Topo se fue de la casa. Gamarra la oye mientras escribe. ¿Y adónde se fue?, pregunta. Habrá vuelto a Clorinda, dice la Negra mirándolo de reojo con la frente gacha. Gamarra deja los papeles y la mira. Busca el atado de Particulares que guarda en el bolsillo, y saca uno, pero no la convida. Lo enciende y suelta el humo para arriba. Una columna azul le tapa por un segundo los pelos engominados. ¿Qué?, la increpa. ¿Querés que lo busquemos? ¿Lo andás extrañando? La Negra no responde, pero la cara se le en-

Fiende. Me dijo Iriarte que usted puede darme un papel en el que diga que nos abandonó, para que me den una ayuda en la Comuna. A la mujer de su empleado se lo dieron cuando la dejó sola con los hijos. Se hace un silencio. El comisario vuelve a meter la mano en el interior del saco y le clava los ojos: Así que el Topo se fue... ¿Y no tendrás vos algo que ver con eso, no?, le larga, mientras le ofrece un pucho. La Negra acepta y se turba. La cara se le pone roja hasta la raíz de los pelos. ¿Me lo va a dar o no?, pregunta. Al comisario no se le escapa el temblor de los dedos de la Negra cuando agarra el cigarrillo. Él le acerca la llama del encendedor y la mira fijo. Te lo preparo y te lo alcanzo, responde. A la nochecita, cuando vaya para mi casa. La Negra da una pitada interminable, el corazón se le desboca. Para qué mierda habré venido, se dice. Aplasta el pucho casi entero en el triangulito de lata de Cinzano. Se levanta y gruñe un saludo. A los dos minutos está volviendo a su casa, a toda carrera en la bici roja.

Lali llega temprano y, mientras espera que la Colo termine, recorre la cocina; se detiene a mirar cada una de las fotos que están sobre los estantes de un mueble. En un portarretratos ve a la Colo, muy joven, con el pelo tirante y el uniforme. En otra foto la ve con Luciano, su hijo, muy chiquito; lo lleva a caballito sobre los hombros. Del hijo hay varias: con guardapolvo de cuadritos celestes, con guardapolvo blanco, cuando tomó la comunión, cuando le dieron el título del secundario. Hay otra de Luciano con una chica, abrazados y sonrientes. En las pocas en que aparece la Colo no se ve a ningún novio ni marido. En otro estante hay un retrato de dos viejos. ¿Serán los padres?, se pregunta Lali. Sí, son los padres, se responde, porque vuelve a verlos en otra: más jóvenes, abrazados a una Colo casi adolescente. Lali sigue curioseando. Se acerca al televisor y pasa sus dedos sobre un búho hecho con caracoles; está apoyado sobre una carpetita calada. En un rincón hay un ventilador de pie con una funda de plástico rosa, con voladitos. Lali no puede sentarse. Está inquieta.

La perra salchicha, que está dormida dentro de su canasto, abre los ojos y la mira. Mueve la cola y bosteza. Después salta y se le acerca despacio, olisqueando. Hoy

[illegible] dice Lali, será la humedad. Se sentirá pegajosa como el día.

La Colo ya se desocupó y la contempla desde la puerta con una sonrisa. Parece una nena, piensa, mientras la hace pasar.

La sesión es larga y cuando terminan, la Colo le dice que gire y no se levante, que la nota tensa. Lali se recuesta sobre la camilla, boca abajo; la Colo le echa algo frío y espeso, y comienza con los masajes: en la espalda y en el cuello. Sus manazas la estrujan, la ablandan, la relajan. ¿Cómo anduviste?, pregunta. Más o menos, responde Lali. Volvieron las mismas pesadillas de siempre. Cuando terminemos me contás, dice la Colo, mientras le masajea la cabeza con unas bolitas de madera.

Cuando salen al patio la Colo acomoda unos sillones de tiras. Así estaremos más cómodas, porque con esos bancos de piedra se te rompe la cintura. Sirve un jugo y dice: Ahora sí, ya podés contarme. Lali se estruja las manos y empieza: El sueño es el mismo que tenía antes de venir aquí. Lo peor de esa pesadilla es que no veo lo que ocurre. ¿Cómo que no ves?, se sorprende la Colo. Sólo escucho lo que pasa, pero no puedo verlo. En el sueño soy chiquita y estoy debajo de una cama, como si estuviese escondida. Hasta siento el frío de las baldosas en la panza mientras espío por debajo del cubrecama, pero sólo veo unas botas embarradas. Oigo gritos y me tapo los oídos. Y tengo mucho miedo. A medida que cuenta, los ojos de Lali se llenan de angustia. Hay algo que se rompe. No sé si es un vaso o una botella, pero un vidrio me salta y me lastima. Cuando ya no se escuchan ruidos, me asomo y la veo a mi mamá. Está sentada en el piso. Quiero verle la cara para saber si está llorando,

pero la tiene cubierta de barro. Cada vez que llego a esa parte me despierto. Después de un silencio, la Colo pregunta: ¿Y vos te acordás de cómo era la cara de tu mamá? Lali niega con la cabeza y agrega: La última vez que la vi fue cuando mi abuela y mi tía me llevaron a Clorinda. Hace más de veinte de años. ¿Y no tenés fotos? Lali vuelve a negar. ¿Y algún pariente tuyo no tendrá una foto? Sólo tengo una caja de madera, dice al rato, que encontré cuando mi abuela murió, en el fondo del cajón de su cómoda. Fue una de las pocas cosas que se salvaron de la inundación. Capaz que ahí dentro haya alguna foto. El día en que la encontré no tuve ganas de abrirla y después... Pero si había fotos de tu mamá en esa caja, la interrumpe la Colo, ¿por qué tu abuela no te las iba a mostrar? Porque mi abuela la odiaba. Ella y mi tía, la que se quedó con mi hermano viviendo en Asunción. Las dos la odiaban. Ni después de muerta la perdonaron. La Colo se queda mirándola unos segundos, y luego pregunta: Pero entonces... ¿tu mamá murió? Sí, responde Lali, de eso también me enteré cuando ya no estuvo mi abuela. Nunca me contaron nada. Si preguntaba, me cambiaban de tema. La Colo percibe el temblor en las manos menudas de Lali.

Se quedan en silencio, pensativas. Sé que vos no creés del todo en esto, dice al rato la Colo, pero hay cosas que no tienen mucha explicación. Lali escucha. Sería bueno que pudieras conseguir una foto, sigue, tal vez haya alguna en esa caja. Lali aprieta los labios; las mejillas blancas, casi transparentes, se pintan con dos redondeles rojos. Su mente está lejos, ausente. Si no te animás a abrirla, podés traerla y lo hacemos juntas. Lali parece regresar del sitio en que se encuentra y afirma con la cabeza.

La Colo la acompaña hasta la puerta, y se despiden. Busca un balde y lo pone debajo de la canilla, mientras balbucea: Si tuviera una foto tal vez encontraría la calma. Y a mí, se me aclararían las dudas.

La Negra sube despacio y acaricia la baranda de la escalera. Le hace bien hablar con la pituca, que no es tan pituca después de todo. No sabe explicarlo ni le interesa. Pero le hace bien.

Se acomoda en la silla cerca de la ventana para esperarla, donde le da el solcito, y mira hacia el patio. La Chancha Blanca da unos trancos enérgicos frente a las presas. Parece que fuera contando las baldosas; cuando llega a la última hilera, pega la vuelta y repite el recorrido.

El perfume le avisa que la mujer se acerca, porque no la oyó. Esta mina camina como si anduviera en medias, piensa y se da vuelta. La mujer le sonríe y acomoda los papeles sobre la mesa. Le pregunta cómo está, y ella responde: Como siempre. Y enseguida la increpa: ¿Cuándo podré ver a mis hijos? Sabe bien que no está en mis manos, le explica la mujer. Supongo que además del juez, eso lo deciden los parientes que tienen la custodia. Pero prometo averiguarle. Abre su mochila y saca un pañuelito de papel, se limpia la nariz, lo pliega y lo tira en el cesto. Hoy vamos a retroceder en el tiempo, dice. La Negra cruza los brazos y se atrinchera. Seguro quiere que le hable del crimen, piensa. Vamos a hablar sobre su

infancia. La Negra sonríe; no lo esperaba. Suspira y dilata el silencio durante unos segundos. Tuve una infancia de mierda, suelta, no sirve ni para el recuerdo. Mientras habla raspa la mesa con la uña. Vamos a ver, dice la mujer, algo bueno habrá, trate de recordar. Ella se empecina en raspar una mugrecita que está pegada a la cubierta de la mesa; raspa y raspa sin pensar, hasta que la imagen asoma y las palabras brotan: El único recuerdo bueno fue mi abuela, dice. Y no siempre. Sólo unas pocas veces. Me acuerdo de una tarde que me llevó al río. Habrá sido principios de verano porque hacía calor. Cierro los ojos y veo el Pilcomayo, calmo y rojo, con el último sol de la tarde; todo está quieto. Oigo otra vez el zumbido de la línea rozando el agua como un látigo, las plomadas cayendo con un sonido hondo, allá abajo. Salta un dorado y le brillan las escamas. Y de repente, la cara de mi abuela se afloja con la risa y unas arrugas finitas se le dibujan alrededor de los ojos. ¡Te picó uno, Nelita!, grita contenta, y me ayuda a levantar la línea. Un amarillo viene enganchado, dando trompicones sobre el agua para zafarse del anzuelo. Mi abuela me rodea con los brazos desde atrás, para ayudarme a tirar del hilo. Que no se escape, dice. Pero a mí, lo único que me importa, es que en ese momento mi abuela me tiene abrazada. Y a mí me gusta. Sólo eso. Después, el paisaje se me borra, como si fuese un sueño. No me acuerdo si lo sacamos o lo devolvimos al río. Seguro lo hicimos milanesa al pescadito. La mujer anota en su cuaderno. ¿Algo más que le venga a la mente de esa época?, pregunta. La Negra mira las paredes sin verlas, tuerce la cabeza. Mi abuela no estaba siempre igual, un día contenta, otro día le agarraba la viaraza: se le chiflaba el moño, como dicen. Y pasaba

de ser su Nelita, a ser "el fardo que me dejó tu madre". Yo entendía todo aunque era chica, pero nunca decía nada porque cuando se le aflojaba el tornillo, si abría la boca me fajaba. Con lo que tuviera a mano. La chancleta, el cinto, una rama pelada de ligustro.

La Negra se mira las uñas, se las frota con los pulgares, después se cruza de brazos y esconde las manos. Me acuerdo de que una mañana de calor me emperifolló toda aunque no fuese domingo. Tu mamá va a venir de visita, me dijo, no te ensucies. Apenas me lo dijo empecé a sentir como si tuviera hormigas en el culo, no podía parar, y así anduve todo el día. Hasta que a la tardecita, mi abuela se puso a cocinar en medio del patio. Yo empecé a dar vueltas y me puse a correr alrededor de la marmita de hierro que colgaba de un gancho, sobre el fuego. Es como si la estuviera viendo. ¡Tené cuidado!, gritaba mi abuela. La grasa burbujeaba cada vez que ella hundía la espumadera. El olor me entraba por la nariz, se pegaba a la ropa, al pelo; todo olía a empanada frita. En una de esas engancho la olla y las empanadas vuelan, la grasa hirviendo se vuelca y me salpica las piernas. Grito y pataleo. Mi abuela me zamarrea. Mamá no vino, le digo, y me largo a llorar. Mi abuela ya tiene la rama en la mano, pero la tira y me abraza, me acaricia el pelo y me dice en la oreja: algo le habrá pasado a tu mamita, ya vas a ver que vendrá otro día. Creo que ella también estaba triste.

La Negra se queda callada.

La mujer deja el cuaderno y luego de un momento pregunta. ¿Usted siente que su abuela cubrió la ausencia de su madre? La Negra la mira con las cejas levantadas. ¿Que al menos la preparó o intentó prepararla para la vida? La Negra saca del pecho un ruido que se trans-

forma en la caricatura de una risa. ¿¡Prepararme para la vida!? ¡Ja! ¡Déjeme que le cuente! De esto no me olvidé nunca: Estoy parada sobre la mesa de la cocina. Mi abuela me prueba una falda, toda tableada. Tiene la boca llena de alfileres y me hace girar despacio mientras mide con una regla larga y marca el ruedo con una tiza. Luego lo va levantando con las agujas de cabecita, como si hilvanara. Por ahí me pincha y me muevo. Tengo puestos unos soquetes blancos, caídos, con el elástico flojo; estaba harta de levantarlos. Parecés un marimacho con faldas, dice mi abuela, mirate esas rodillas llenas de arañazos y moretones. Hago como que no la escucho. Mi mente está en otra cosa. Me toco la vincha nueva que llevo en la cabeza: es ancha, blanca con lunares rojos, de streech, me la compré con las monedas que le robo. Mi pelo cae a los lados, liso, negro, brilla de tanto que me lo cepillo. Me miro y sonrío, me tapo la boca. Veo mi imagen en el espejo que cuelga de la pared rotosa; se me hacen dos pocitos en las mejillas y a mí me gusta. Por ahí me dan unas puntadas y me agarro la barriga, pero más abajo. No muevas los brazos, me reta la abuela. Me duele la panza, me quejo. Estate quieta, farfulla la vieja. Hace de ayer que me duele, le repito, pero mi abuela no escucha, no me hace caso. Sólo machaca como los loros: Estate quieta. Estate quieta. Estate quieta, ¡carajo! Algo calentito me chorrea por las piernas. Un hilo de sangre me mancha las medias. Mi abuela revuelve en un cajón y me da una toalla blanca, larga y estrecha, con ojales en las puntas. Y un elástico rosa con dos botones transparentes, igualitos a los de mi guardapolvo. Y me enseña a ponérmelo. Te hiciste mujer, me larga sin más explicaciones, y agrega: ¡Pobre de vos! ¡Ya verás lo que te espera!

La Negra suelta un suspiro. Así me preparó para la vida, dice y se queda mirando el vacío: la pared escrita, los lamparones que dejó el cemento caído y, un poco más alto, bien arriba, el rectángulo con barrotes de la ventanita de madera.

Lali se lava las manos y se ata el delantal. Todavía no ha llegado nadie. Hace una semana que empezó como ayudante de cocina en la rotisería, y le gusta venir más temprano para adelantar trabajo, pero sobre todo, para estar a solas sin que nadie la interrumpa. Prepara mate amargo y le agrega cascaritas. Como hace la Colo, piensa.

Quita las bolsas de plástico y va formando pequeñas montañas de colores: zanahorias, tomates, repollo, remolachas, achicoria, rabanitos. En otra pila, el perejil y las cebollas. Y mientras alista las verduras, los pensamientos se le cruzan.

Con la Belquis se conocieron en el último año de secundaria. Cuando ella se trasladó con la familia desde ese pueblito de Córdoba... ¿Cómo se llamaba? ¿Frontera? ¿El Tío? Los nombres se le confunden. Lali raspa las zanahorias con el cuchillo y va acomodando las que ya están limpias dentro de la pileta. Le gusta tener la mente ocupada mientras trabaja. No puede quejarse de su suerte; desde que llegaron de San Crispino nunca le faltó el trabajo. Y encima este le queda cerca de la casa que alquilan con la Belquis, casa... bah, departamento: oscuro, chiquito, al fondo de un pasillo. Enjuaga las zanahorias

bajo la canilla y las acomoda sobre un lienzo, las ordena por tamaño, una al lado de la otra, y busca el rallador. Le parece ver a la Belquis la primera vez que se le acercó en el recreo y le preguntó cómo se llamaba. De ahí en más se hicieron amigas. Inseparables. Vivían a media cuadra y se pasaban el día juntas; Elena se puso celosa. Lali sonríe cuando se acuerda de su cara. No tuvo más amigas que ellas dos. Las zanahorias van pasando por el rallador y se transforman en tiritas naranjas. Lali coloca puñados parejos en bandejitas de plástico, dejando espacio para las otras verduras. Cuando a Elena se le pasó el enojo, las tres formaron el trío. El trío de las feas, como les decían: ella, flacucha, enclenque, con su pelo llovido y negro, tímida, asustadiza; Elena, gorda y llena de granos, y la Belquis, petisa y culona, hablando con su cantito cordobés, mientras sacudía sus crenchas quemadas por el sol y sus cachetes de manzana. Lali parte al medio el repollo colorado y lo enjuaga. Lo pone boca abajo para que escurra y sigue con el blanco. Cuando terminaron el colegio, la Belquis insistía para que se fueran, pero ella no quiso. La tía Susana agrandó el negocio y le ofreció trabajo, y ella decidió quedarse. Mientras tanto estudiaba inglés. Y cuidaba chicos en las horas libres: quería juntar plata antes de irse de ahí. En todos esos años solamente vio una vez a su hermano. Cuando el negocio se fundió trabajó en una tienda, después en la farmacia. Y el último tiempo le tocó hacerse cargo de la abuela, cada vez más chiquita y esmirriada, como un palo seco, como una tortuga enana que se iba comprimiendo hasta no ser más que una cáscara.

Hacía rato que había terminado la secundaria cuando la abuela murió; entonces la Belquis volvió a la carga.

Que se mudaran. A la capital de la provincia, así podrían seguir estudiando algo que les gustara todavía estaban a tiempo. Agarra la cuchilla grande, la de mango blanco y se pone a picar la achicoria. Tras, tras, sobre la tabla plástica. La Belquis se había peleado con el novio y no aguantaba más en su casa, con cuatro hermanos mayores y padres viejos. Vámonos lejos, le dijo, cuánto más lejos mejor. A ella no le quedaba nada. Hacía rato que la tía Susana se había mudado a Clorinda con el hijo que nadie nombraba: el Chelo. Al Cacho, su marido, lo habían matado por un asunto del contrabando cuando iba y venía con el camión, según decían. Su prima seguía mirándola torcido, mucho peor cuando quedaron solas con la abuela. No tuvo que pensarlo. Después del entierro donó la colcha de cuadraditos de colores a la iglesia y armó un bolso de tela de avión que le regaló Elena: azul, con cierres dorados. Metió las pocas cosas que tenía: ropa, zapatillas, zapatos. Una foto de ella y el Tito con la tía y la abuela, debajo de las plantas de naranjas, cuando estaban recién llegados a Clorinda. Elena se había casado. Porque si no las acompañaba, les dijo, cuando se enteró de que se iban. Sentía que era un buen momento para cambiar el rumbo. Al final decidieron otro destino: una ciudad más chica en la que vivía una prima de la Belquis, que se ofreció a salirles de garantía para el departamento que alquilaron. Estaba sólo a cincuenta kilómetros de Santa Fe, la capital de la provincia; era un lugar tranquilo y si no les gustaba, siempre podrían volver a mudarse.

La misma tarde en que la Belquis fue a sacar los pasajes, ella se puso a separar papeles. Y a tirar los recuerdos de la abuela, que dormían en el fondo de un cajón de la

cómoda. Metió en una bolsa sólo lo indispensable: partida de nacimiento, documento, certificados de vacunas. Tiró las libretas de la escuela, carpetas, cuadernos, retratos de viejos que ni siquiera conocía, postales escritas con tinta desleída. Bien en el fondo, encontró una caja de madera y un recorte de diario amarillento, metidos dentro de una bolsa de tela con bordados de *Ao Po'i*.

Lali sigue con los rabanitos. Clasifica, lava, acomoda. Y se pone a pelar las cebollas. Mientras pica y corta, oye el sonido del cuchillo sobre la tabla y se ve a sí misma en aquel cuarto pintado de celeste, el techo de tirantes, la ventana gris arriba de la cama. Un aire fresco embolsa la cortina, que se mueve como un fantasma. Está sola en la casa vacía. El tic tac del despertador resuena en el silencio. Se sienta sobre el sillón de lona y se hamaca. La última luz de la tarde le da a las cosas un brillo rojizo y proyecta sombras largas que se disuelven sobre las paredes. Enciende el velador. Abre la caja de madera y se desprende el olor áspero de las cosas viejas. No tiene fuerzas de hurgar y la cierra, pero decide llevársela. Las cebollas le hacen arder los ojos, mientras sigue picando. Se ve a sí misma en aquel cuarto celeste cuando toma el recorte de diario y se pone a leer: "Incendio en una de las cárceles de la capital provincial. Mueren catorce mujeres devoradas por las llamas". Vuelve a verse aquella tarde recorriendo las líneas: hormigas desparejas que se deslizan bajo sus ojos, hasta que llega al último renglón. Sin levantar la vista, sigue con su dedo flaco, de uñas carcomidas, la lista de nombres, hasta que encuentra el que no quiere encontrar: Nélida Torres. Nélida Torres, su mamá, está entre los catorce cadáveres. Su madre murió en la cárcel, y nadie se lo dijo. Como nunca nadie le dijo nada de lo que había pasado antes: ni de su

madre, ni de su padre. Lali termina de picar y le lloran los ojos, debería haber puesto cerca una taza con agua. O una miga de pan sobre su cabeza. Pica y pica, tras tras, sobre la tabla, hasta que no queda nada por picar. Mete, acomoda, envuelve en film y coloca una al ladito de otra, las bandejas sobre el estante. El nombre de su madre entre las muertas en el diario viejo, escondido en el fondo del cajón, bajo las enaguas de su abuela. Lava sus manos y se las seca en el repasador a cuadros mientras mira el reloj. Faltan diez minutos para que lleguen los otros empleados. Acerca el taburete a la ventana después de atar las cortinas con un lazo y clava los ojos detrás de los vidrios. Los árboles se ven más verdes después de la lluvia que cayó en la noche.

Lali sigue repasando en su memoria las últimas horas que vivió en la ciudad provinciana. Se ve en la mañana guardando el recorte y la caja en su funda bordada, y metiéndolos luego en el fondo del bolso. Su prima se fue al trabajo. Recorre la casa y lo mira todo, antes de cerrar la puerta. Con dos vueltas de llave. Para siempre.

Guarda el llavero en un sobre y empuja; lo oye caer en el fondo del buzón. Tiene ganas de escupirlo, pero no lo hace. Después se pone a caminar bajo los paraísos florecidos, sintiendo los primeros rayos de sol sobre su espalda. Camina y ve, delante de sus pies, su sombra lánguida, mientras oye el eco de sus zapatos, sobre las baldosas acanaladas de la vereda.

La Belquis y Elena la están esperando en la terminal. Se abrazan las tres con ojos llorosos. Prometen visitas, cartas, llamados. El colectivo arranca, y Lali se queda viendo desde la ventanilla cómo Elena se va haciendo chiquita, abrazada a la pañoleta rosa que envuelve a su bebé.

La ciudad provinciana se desdibuja lentamente a medida que el micro se aleja.

Otra vez, como otras veces. Pero esa mañana es diferente.

Lali gira la cabeza y clava sus ojos adelante, sobre la cinta de asfalto que brilla a lo lejos, con sus espejismos de charcos movedizos que aparecen y desaparecen como aguas inquietas, borrosas. Lali se concentra en el punto distante donde el camino se une con el cielo. Allá, en el infinito, donde otra vida la espera.

El sonido de la puerta la trae de regreso. Sus compañeros, medio dormidos todavía, la saludan. Lali se baja del taburete y suspira. Todavía falta media hora para que comiencen a llegar los clientes. Busca las cascaritas y ofrece arreglar el mate.

Ya es noche cerrada cuando el Chelo vuelve de jugar a la pelota. Entra a la casa sin llamar y abre la heladera; saca la botella de agua y se pone a tomar. La Negra sale de la ducha y al pasar por la cocina lo descubre. Se queda mirándolo: la camiseta pegada al cuerpo, el pelo empapado: unos hilos delgados de agua le caen por la cara enrojecida. Él se da vuelta y sin dejar la botella la abraza, mientras intenta bajarle el toallón. Acá no, le dice ella. Los chicos ya están dormidos, esperame en el galponcito.

En menos de cinco minutos se va tras él. Cierra poniendo el gancho por dentro. El Chelo termina de quitarse la ropa y gira. Ella se acerca, deja caer la toalla y su cuerpo emerge, húmedo y desnudo, en la penumbra tibia. Hoy va a ser especial, le dice, mientras lo arrastra al catre. Lo recuesta, riendo con malicia y empieza a recorrerlo con la lengua: el laberinto de su oreja, el lóbulo, el cuello, se detiene en las tetillas, se las mordisquea, lo huele. Desciende por su pecho y baja de golpe, más allá del ombligo. El Chelo se estremece; la verga se le pone dura. La Negra la envuelve en su mano y se la mueve, arriba y abajo, y arremete otra vez con la lengua, desde la base a la cabeza, mientras lo espía: al Chelo se le cierran

los ojos. Ella se la mete entera en la boca, y él lanza un gemido, el cuello tenso, vibra. La Negra se pasa la verga por la cara, por la boca, por las tetas; se arrodilla de un salto y le ofrece los pechos, redondos, enormes. El Chelo se los lame, los muerde, los junta, hunde la nariz en el fondo, le retuerce los pezones. Ella se sienta sobre él y juguetea. Por ahí no, le dice con voz ronca cuando él la penetra, hoy vamos a hacerlo por el otro lado. El Chelo tiembla. Tiran el colchón al piso. La Negra se pone de rodillas y estira sus brazos, lo atrae, lo pega a su cuerpo. Él la cabalga amarrado a sus tetas y se hunde en ella sin prohibiciones. Así, así, así, grita la Negra en una danza interminable. Ve fogonazos rojos dentro de su cabeza, fulgores amarillos que bailan y estallan. Se oye el bramido animal de los dos, mientras sienten que el corazón se les escapa por la boca. Caen rendidos, enredados en las sábanas, pegajosos, borrachos de locura.

El Chelo se derrumba en el sueño de un abismo sin fondo. La Negra, extenuada, se acurruca sobre su pecho y se queda dormida.

Al rato se despierta sobresaltada, tantea, busca algo con qué cubrirse, y sale del galponcito. Se despereza y se envuelve con la camisa del Chelo, que manoteó en la oscuridad, en el revoltijo de sábanas. En la noche quieta, le llega la música desde la pista del club, como si estuvieran a pocos metros. Me las imagino a la Mirta y a la Luján, murmura, estarán sacándole chispas a las baldosas. Y se pone a dar unos pasos al compás de la cumbia. Da algunos giros, como si estuviera abrazada a un compañero invisible. Después se detiene un instante a contemplar el cielo. La noche es caliente y no se ven estrellas. A la madrugada habrá tormenta, se dice, al notar unos relám-

pagos débiles cerca del horizonte. Aspira con fuerza y el olor de los jazmines se le mete por la nariz. Desde donde está, oye los ronquidos del Chelo. Lo dejé de cama, ríe. Y olfatea sus brazos para seguir oliéndolo. Algo se nos va a ocurrir. Se acerca a la ventana del cuarto de los chicos y espía. A la luz de la lámpara los ve dormidos: el Tito abrazado a la Turula, la Lali, a su muñeca nueva. Angelitos, piensa, les basta con tan poco.

Como todas las noches de viernes el Topo está en lo de Pascutti perdiendo en la timba la poca plata que ingresa con las changas. Además de la que le quita a ella. Le viene a la mente la última paliza que le dio, la semana anterior. Ella estaba en el fondo del patio, enterrando un frasco con billetes bien enrolladitos. Los quería para comprarles cosas a los chicos. El Topo vino de atrás y le dio un empujón sin mediar palabra. Ella cayó sobre la tierra húmeda. El Topo la hizo girar de una patada y le arrancó el frasco de las manos; después la amenazó con la pala, amagando con el filo directo a su cara: una, dos, tres veces, como si fuera a clavársela.

Hijo de puta, se dice la Negra al recordar el frío de muerte que le corrió por la espalda.

Mira hacia ambos lados y, con la camisa del Chelo sin abotonar, se desliza como una sombra hacia la puerta. Su cuerpo huele a sexo. Comerá algo ligero y se meterá en la ducha. El Topo volverá a las mil y quinientas, si es que vuelve, piensa y entra tranquila. Pero a los pocos pasos lo ve: el Topo está parado en medio de la cocina, una mano apoyada sobre la mesa, con la otra toma del pico de la botella. Él levanta la cabeza y clava los ojos en el cuerpo desnudo de la Negra que asoma bajo la camisa, en el revoltijo de sus pelos, y entiende. Pese a la borra-

chera que le nubla la vista, entiende todo en un segundo. Se le acerca sin mediar una palabra y le tira una trompada a la mandíbula. La Negra la esquiva y el puño apenas le roza el hombro. El Topo empuja la mesa y le tapona la salida. Ella corre al cuarto, cierra la puerta y la traba por dentro con una silla. Se pone el camisón a los apurones. Rápido. Tiene que escaparse antes de que entre. La puerta enclenque tiembla bajo los puños del Topo. Los gritos resuenan en toda la casa y se mezclan con la música que se cuela por las ventanas abiertas. ¡Más vale que abras porque esta vez te degüello! La silla se sacude y cae. La puerta se abre y el Topo arremete como un ciclón. Puta reventada, le dice con los dientes apretados. La Negra está a punto de saltar por la ventana cuando él la agarra por los pelos y la estampa contra el ropero.

La puerta del dormitorio de los chicos se abre. Lali se arrastra a gatas y se esconde veloz bajo la cama grande, sin hacer ruido.

El Topo clava sus pies sobre el piso para que su cabeza deje de dar vueltas. Tira la botella sobre la cama y el vino se desparrama sobre la Pallette amarilla. La Negra intenta escapar pero él la sujeta por el camisón. ¡Puta, Puta, Puta!, dice como poseso y le da una trompada que le parte la boca. Agarra la botella por el pico y la quiebra contra el borde de la mesa de luz. Vuelan las astillas verdes. La boca del Topo, deforme de ira; los ojos endemoniados. La mano prepotente levanta la botella rota hacia la cara de la Negra. Ella se agacha, pero el filo del vidrio se le hunde en la frente: la sangre chorrea a borbotones sobre sus ojos, baja por la nariz y se le escurre en la boca. Ella se suelta y lo empuja. La botella vuela. El cuerpo del

Topo cruje como un maniquí de madera cuando golpea contra la pared.

La Negra le salta al cuello con sus manos poderosas. Aprieta y aprieta. La cara del Topo se va poniendo azul. Los dedos de la Negra, garfios de acero, siguen apretando y no lo sueltan. Sólo deja de hacerlo cuando oye el ruido seco que hace la tráquea al quebrarse. La cara del Topo, una masa informe de un gris azulado, se recorta contra la pared encalada. La Negra lo apuntala en el rincón con una de sus piernas, abre el ropero y tira los pantalones, los vestidos, las camisas, sobre la cama. Lo arrastra como puede: el Topo no es más que un muñeco de estopa. Lo empuja hasta el fondo y sale un tufo a naftalinas. Cuelga las perchas con la ropa de cualquier manera, y cierra. Presiona con su espalda, hasta que las puertas se le incrustan en los omóplatos. Después, ata las manijas con el cable verde que hace de cerradura, y se deja caer al piso.

Sentada sobre las baldosas siente un frío de muerte.

Se sujeta las manos y tiembla.

Los ojitos de Lali asoman bajo los flecos del cubrecama, ven a la Negra: los pelos alborotados, el camisón manchado y roto. Pero no puede distinguir sus ojos ni su boca, porque la cara de su madre está cubierta de sangre.

Durante días, Lali busca la caja de madera para ver si tiene las fotos que le pidió la Colo, pero no la encuentra. El domingo almuerza con la Belquis y su nuevo noviecito en una parrilla del centro. Se alegra cuando le anuncian que irán al cine y se excusa, diciendo que está cansada. La dejan en la puerta. Lali avanza por el pasillo largo y oscuro que lleva a su departamento sin dejar de pensar. Hace días que la está buscando. Si hay alguna foto tiene que estar en esa caja, seguro, se dice mientras gira la llave en la cerradura, pero ¿dónde la habré metido?

Abre la mesa de noche, quita zapatillas y zapatos, por si estuviera caída detrás. No es tan chica, imposible no verla. Tampoco la encuentra ahí. Revisa los cajones donde guarda las bombachas y las medias, los estantes del ropero, entre camisetas y remeras. Nada. ¿Por qué tu abuela no te las iba a mostrar?, le preguntó la Colo. Porque mi abuela la odiaba, recuerda, mientras sigue revolviendo.

Levanta las sábanas, las toallas. Escarba entre ropa vieja. Mira debajo de las frazadas.

No está por ningún sitio.

Se sienta en la cama y piensa. ¿Dónde pude haberla guardado? Se ve otra vez en la habitación de paredes ce-

lestes, el día de su partida, cerrando la caja, metiéndola en la bolsa bordada, y luego en... ¡el bolso azul!, se dice de pronto. Puso ese bolso en el lavadero el mismo día de la mudanza, en el estante más alto de un placard embutido.

Corre al lavadero y arrastra una silla. Allá está, en el fondo. Alcanza a verle la manija, pero no llega; lo engancha con el palo de la escoba y tira. El bolso azul cae al suelo con un estrépito y desparrama una nube de polvo. Está mohoso. Tantos años, piensa, mientras lo pone sobre la silla y le quita los hongos con un trapo húmedo.

Nerviosa, tironea del cierre dorado y por fin la encuentra: ahí está la bolsa bordada, con la caja de madera dentro. Acomoda todo, se lava las manos y regresa a su cuarto.

La habitación de Lali es pequeña pero agradable.

El piso de baldosas lustrosas, su cama cubierta con una colcha lila, una mesa de luz y un ropero. En un rincón hay un puf blanco con lunares violetas y una mesa antigua de bar, de madera lavada, junto a la ventana, en la que Lali se sienta a veces a revisar sus cuentas. Junto a la mesa, una silla, en la que reposa un almohadón, con el único recuerdo que conserva de su abuela: una funda blanca con puntillas tejidas al crochet que le regaló para su último cumpleaños.

Lali se sienta y enciende la lámpara. Pone la caja sobre la mesa, apoya su espalda y respira hondo.

Contempla la bolsa por un instante; ya no recordaba los detalles. Es color arena, casi tiza, con guardas bordadas: algunas parecen espigas de agujeritos; otras están formadas por flores de punto cruz, como si fuesen guirnaldas, hechas con hilos naranjas y marrones.

La abre y espía. Todo está en su sitio, como lo puso aquella tarde, cinco años atrás: el recorte de diario y la caja de madera.

Saca el papel amarillento y vuelve a leerlo. Los detalles de los disturbios, del incendio. A medida que lee, imagina el humo denso, las corridas, el terror que habrán sentido. Le parece escuchar los gritos. Debajo, en un recuadro destacado, la lista de las mujeres que murieron. Vuelve a recorrer los nombres con su dedo por si se hubiera equivocado. Pero no. El nombre de Nélida Torres figura ahí.

Dobla el papel viejo y vuelve a meterlo en la bolsa, como si quisiera que no fuera cierto.

Después saca la caja y la apoya sobre la mesa.

Acaricia la tapa y la contempla a la luz de la lámpara: la madera tiene varias capas de barniz, se notan las pinceladas, oscurecidas por el tiempo. Tiene pegada una calcomanía de rosas rojas y amarillas, y unas iniciales grabadas. Recorre los bordes con sus dedos, pasando la yema por cada una de las tachas, ¿cabezas de clavos?, que la recubren. Toca el cerrojo y el gancho de metal oxidado.

Sabe que tiene que abrirla, pero al mismo tiempo no quiere. Juguetea un rato con el gancho, lo alza y lo baja; el click metálico se le incrusta en los oídos.

Por fin se decide y lo levanta.

Abre la tapa y el vaho de los olores guardados se desparrama. Le parece ver las huellas de los dedos que tocaron esas cosas: de las manos de su abuela, de su tía. Tal vez, de algunas otras.

Hay cartas amarillentas: unas pocas. Desata el cordón que rodea los sobres y las mira. Son muy viejas y

están dirigidas a su abuela. Tal vez algún amor prohibido, piensa, para que las haya guardado tantos años. Hay estampitas de bautismo de sus primos, no de ella ni del Tito. Un mechón de pelo atado con una cinta manchada. Un dedal plateado con incrustaciones de esmalte. Una medalla de la virgen niña enganchada a una cadenita. Y bien en el fondo, casi escondido, un sobre de papel manila.

Sabe que ahí deben estar las fotos.

Un suspiro involuntario le agita el pecho. Toma el sobre en sus manos y lo huele. Cierra los ojos. Le viene como en sueños un recuerdo lejano. Una casa con malvones rojos y rosados, un sendero de ladrillos desparejos. Se ve a sí misma, chiquita, caminando de la mano de su madre.

Lo abre y espía adentro: las fotos están ahí, como custodios del pasado. Puede ver sus bordes de firuletes antiguos. No son muchas. Las saca y se pone a mirarlas. La primera, en tonos sepia, es de una familia: el hombre tiene bigotes recortados y gesto hosco, un mechón de pelos rebeldes le cae sobre la frente. Tiene una camisa abotonada hasta el cuello y unas bombachas de gaucho. Está de pie, con los brazos en jarra, algo apartado de la mujer. Ella tiene un vestido largo estampado, a media pierna, y los pelos cortitos. Está sentada sobre una silla con un bebé en brazos y a su lado hay dos nenas con faldas tableadas por debajo de las rodillas. La da vuelta y lee: Gladis y Fermín con sus hijos: Martín, Susana y Graciela. Martín era su papá, que debe ser el bebé, se dice, y lo mira con atención. Sonríe con los dedos en la boca, los pelos cortitos y parados como un cepillo, los ojos de chinito. Nunca había visto antes una foto de su padre cuando era chico; al menos, no lo recuerda. Por

las facciones largas de caballo, la más bajita de las nenas es Graciela, la de Asunción, la que se quedó con el Tito. La otra debe ser la tía Susana, la mamá de la Pato. Lee los nombres otra vez y vuelve a mirarla: el de bigotes es su abuelo y es la primera vez que lo ve. La mujer tiene la mirada dura, inconfundible, de su abuela. La deja a un lado. La siguiente es de los tres, su padre con sus tías. Ellas son más señoritas y tienen vestidos de falda amplia. Susana, que es la mayor, tendrá unos catorce, y la cara de caballo, unos once. Su papá habrá tenido cinco: tiene puestos unos pantalones cortos, grandotes, y una camisa a medio salir. Está engominado, con los pelos aplastados, pero igual se le levantan los pirinchos.

Después de esa, hay un retrato cerrado, con tapa de cartón, con el nombre de un estudio de fotografía grabado en azul. Cuando lo abre se encuentra con una dedicatoria hecha con letra infantil, temblorosa, y, debajo, escrito como si fuese una firma: Martín. Detrás del papel de seda aparece su padre, con sus ojos achinados y los pelos tiesos. Es de cuando pasó la comunión, con un librito blanco y un rosario en su mano. En la manga del saco oscuro tiene un moño enorme y lleva puesta una camisa clara y una corbata. Tiene la cara triste, la boca apretada en una mueca.

Pasa varias fotografías de gente que no conoce: de casamientos, de festejos. Una es de una novia que está frente al altar, con la cola del vestido desplegada sobre la alfombra de lo que parece una iglesia. La mujer mira a la cámara, sonriente, y sostiene un ramo de flores largas, con los brazos doblados a la altura del codo.

Las da vuelta a todas, una por una, pero no encuentra datos de nadie.

Queda un puñadito de fotos envueltas en un papel color manteca, traslúcido, con un dibujo de telarañas en relieve. Las desenvuelve y saca la primera. La foto está recortada. Revisa las otras: idénticas. Las acerca a la lámpara y las mira con atención. En todas están los tres, sus padres y ella, y en una sola está también el Tito. Puede reconocer el cuerpo de su mamá, sus brazos, su pelo negro y liso, y hasta el vestido que tiene en la que está con su hermano.

Pero en lugar de su cara, solo hay un hueco.

Desde los confines del tiempo regresan las figuras de su tía caballo y de su abuela. Las imagina, soltando risotadas crueles, mientras empuñan una enorme tijera. Impunes, por el poder que sienten. Se hacen dueñas de todo. Queman, rompen, destruyen. Clavan las tijeras en cada una de las fotos, los corazones inflados de odio, mordiendo sus lenguas de serpiente.

Hunden las puntas afiladas y le cortan la cabeza.

No la salvan ni para la memoria de los hijos.

Sólo dejan un hueco negro.

La cara de su madre, hundida en un pozo sin fondo.

Para siempre.

Mamá murió en la cárcel devorada por las llamas, se dice. Se le habrá ido borrando el rostro con el fuego, como si fuese una muñeca de plástico.

Mira las fotos sobre la mesa, las únicas que tiene. Acaricia ese hueco oscuro.

Ya nunca podrá saber cómo era.

El Chelo, desnudo sobre el catre, ronca con la boca abierta. La Negra abre la puerta de golpe y él se despierta. La ve con el camisón manchado de sangre, la cara pálida como una muerta, la frente con un parche de gasa, y adivina: lo tiene escrito en la mirada. Salta y la abraza. La Negra tiembla. Tenés que ayudarme, le pide. Él la obliga a sentarse, la envuelve en sus brazos, acaricia su cabeza. Después le toma las manos, las tiene heladas. Ella comienza a contarle y suelta todo. No era el mismo cuello que acaricié alguna vez, dice, era el cogote de la bestia que me volvía loca. No le tuve lástima.

El Chelo vuelve a abrazarla. No habla. Sólo la acuna sobre su pecho mientras le saltan las lágrimas.

Los gritos se apagaron y Lali está inmóvil, aterrada, hecha un ovillo debajo de la cama. Escucha, con el corazoncito al galope. ¿Mami?, pregunta, ¿mami? El silencio es un murmullo espeso. Asoma la cabeza y espía. No ve a nadie y sale a rastras de su escondite. Se pone de pie y se queda mirando: astillas de vidrio verde por el piso, las paredes salpicadas de un líquido oscuro. Una mancha morada sobre el cubrecama. Su mami no está por ninguna parte. Lali se sobresalta cuando la cortina se mueve con el

aire. El terror la paraliza. Sabe que adentro del ropero hay un fantasma. Si quita el cable verde que está enroscado, tal vez se vaya. Tiene que abrirle la puerta para que pueda escaparse por la ventana; así no se cruzará a su cama para asustarla. Tira de una de las puntas del cable y el alambre de cobre le pincha los dedos. Pero insiste y logra aflojarlo; poco a poco lo desenrosca. Agarra la manija del ropero: es de cristal rosado y está fría. Hace fuerzas con sus manos chiquitas, la sacude. Muchas veces, hasta que por fin cede. La puerta se abre y brota un olor agrio a vino y naftalina. Detrás de la ropa lo ve: una camisa blanca cubre su cabeza; el fantasma está quieto, seguramente se quedó dormido. Abre bien la ventana para que pueda escaparse y se va corriendo para su pieza. Entra una ráfaga de aire y la puerta del ropero se entrecierra.

El Tito duerme, enroscado en las sábanas. Lali se mete en la cama y se tapa hasta la cabeza, aunque el calor la asfixie. El corazón está a punto de estallarle; tiembla. Aprieta los párpados y se chupa el dedo. Y se canta despacito, mientras una maraña de abejas le zumba en la barriga.

La Negra arranca la sobrecama y las sábanas húmedas, las hace un bollo, y las tira al piso. Se acuesta sobre el colchón y se duerme como si le hubieran dado una droga. No oye el chillido de las cubiertas de la bicicleta sobre la cáscara de salitre de la calle. Ni el silbido en su ventana. Tampoco los pasos que atraviesan el patio. Una sombra se acerca, y el Chelo se sobresalta. ¿Qué mierda estás haciendo a esta hora?, le pregunta el recién llegado. Busco lombrices, responde el Chelo. No me macaneés, pendejo, que nadie anda con una pala a la mediano-

che. El Chelo lo mide. Es demasiado alto. ¿Y la Negra?, pregunta el hombre, mientras enciende un cigarrillo; el encendedor se le escapa de las manos y cae sobre el pasto. Está dormida, responde el Chelo. ¡Puta Madre!, dice el hombre, y tantea, buscando entre los yuyos, pero no lo encuentra. Decile que vine. Que mañana me busque. Y si encontrás mi encendedor se lo das para que me lo alcance. Es un recuerdo y tiene mis iniciales. Después se escurre esquivando las ramas del sauce, y el Chelo lo ve alejarse trepado a su bicicleta.

La Negra va en la camioneta de los Iriarte, en la chata, apretujada entre varios hombres. El camino está oscuro y resbaladizo. Acaso llueve o ha llovido. La Negra no soporta la cercanía de los cuerpos y se pone de pie. Se aferra al travesaño que bordea el techo y clava los ojos adelante. La camioneta va dando tumbos, rompiendo huellas. Patina. Muerde las banquinas. Las ruedas escupen chorros de barro que se abren como abanicos. Escucha las risotadas, pero ella sigue sin inmutarse con la mirada hundida en la nada de la noche. De pronto una luz lo ilumina todo: ¿la luna?, ¿un relámpago? La camioneta toma envión, como si alguien acelerara a fondo, y vuela por el aire. La Negra descubre entonces que no hay camino. Sólo un río oscuro, embravecido, allá en el fondo. Y la camioneta, salta al vacío.

La Negra se despierta, temblorosa. Se sienta y tantea el lado de la cama donde debería estar el Topo. Necesita la cercanía de un cuerpo. Pero el Topo no está. La cama está vacía en ese costado y fría. Faltan las sábanas. De pronto recuerda y el corazón le da un vuelco, un sabor agrio le sube desde el estómago. Se levanta sin hacer

ruido, se pone un chal y se asoma a la ventana. Afuera, la noche es un paño lúgubre. La luna, envuelta en una aureola, desparrama su luz amordazada sobre el pasto. Luna con halo, mañana malo, dice la Negra por lo bajo. Gira y mira el ropero. La puerta está entreabierta. Le parece escuchar un rumor en el patio. Da un salto y la cierra. Y enrosca las dos manijas con el cable verde. Lo acomoda para que quede más prolijo. En las puntas del cable asoman los alambres de cobre como pelos despeinados.

Tantea con los pies hasta encontrar las zapatillas y se las calza en chancleta. Después se quita el chal y va hacia la cocina, apenas alumbrada por la luna lechosa que entra a través de los vidrios. Enciende la hornalla. Necesita un café bien fuerte que la despabile. Le toca reemplazar al Chelo, y apenas son las tres de la mañana.

Lali camina hasta la parada que está sobre la ruta, a pocas cuadras de su casa; tomará el primer micro que va hacia Santa Fe. Tendrá que hacer trasbordo, pero si todo va bien, antes del mediodía llegará a destino.

Falta un rato para que salga el sol. La luna baja hacia el oeste, pero su luz helada es todavía intensa. Las estrellas se van apagando, solo brilla el lucero en todo su esplendor. Lali se detiene por un segundo a contemplarlo como cuando era chica.

Sentada al lado de Rosa Bustos, allá en el pueblo. La mujer le enseña el nombre de las estrellas cuando llega la noche. Por un momento oye su voz: Es el primero en salir y el último en acostarse, le dice Rosa.

Lali sigue la marcha.

El sonido de sus pisadas sobre las hojas secas resuena en la calle vacía.

A lo lejos, ladran los perros.

Espera en la parada hasta que ve venir el ómnibus y controla, inquieta, que todo esté en su sitio: la bandolera cruzada, el dinero preparado en el bolsillo del vaquero, la mochila en su espalda.

Hay dos personas en la fila: una mujer chiquita que no para de toser, con un tapado largo y una gorra de

cuello, y un hombre fornido, de cabeza grande, que levanta el brazo cuando los faros del micro se acercan.

Lali tiene frío. Los pies se le congelan a través de las zapatillas y los mueve; casi no siente los dedos. El señor grandote la invita a subir antes que él y cuando Lali le agradece, una nube de vapor sale de su boca y queda flotando entre las caras de los dos.

La calefacción está alta. Busca uno de los primeros asientos y se acomoda al lado de la ventanilla. Se quita el gorro y la bufanda y los mete en la mochila. Ahora sí, se dice. Abre la cortina de tela y limpia el cristal con su pañuelo; no quiere perderse nada.

Bien abajo, hacia el este, los primeros atisbos de luz clarean el horizonte.

Lali no quiere dormir. Necesita grabar cada detalle del viaje.

El colectivo avanza por la ruta: esquiva algún pozo, adelanta a un camión destartalado, a una moto, y aminora la marcha cada vez que aparecen dos faros de frente. De tanto en tanto se detiene en la banquina con un ruido de frenos gastados, para recoger a los pasajeros que esperan bajo las garitas o a la intemperie, con sus bolsos y morrales.

Una mujer gorda trepa los peldaños envuelta en una manta que le cubre la cabeza; apenas se le ven los ojos enrojecidos. Arrastra de la mano a un nene con cara de sueño, de guardapolvo y mochila.

La claridad avanza. Sube un hombre flaco, vestido con un saco marrón pasado de moda, sin otro abrigo que una bufanda raída, y se sienta al lado de Lali. Ella lo mira de reojo: ve la barba rala y blanca que le brota entre los pliegues profundos de su cara, como si fueran los pe-

los de un cepillo viejo. El hombre despide un aire helado cuando acomoda una bolsa llena de naranjas y limones sobre su falda. Lali observa sus manos de venas abultadas, la piel escamada y roja, las uñas sucias de tierra.

El tiempo pasa lento mientras el micro sigue su marcha.

Lali mira el paisaje y trata de fijarlo en su mente. Los árboles poco a poco van descubriendo sus colores: amarillos, ocres, marrones, rojos. Algunos estiran sus esqueletos desnudos hacia el cielo. Sus ramas apuntan hacia todos lados, como caminos retorcidos que señalaran destinos inciertos.

Los pájaros se arremolinan en oscuras bandadas sobre el asfalto para comer los granos que caen desde los camiones como pelotitas saltarinas. Levantan vuelo de golpe y uno se estrella contra el parabrisa; quedan los restos de plumas y sangre estampados sobre los cristales.

Lali mira hacia los costados: el sol es una bola incandescente que diluye la niebla. Sólo quedan algunos jirones delgados, como espectros de humo, que van flotando a la deriva muy cerca de los pastizales. Unas nubes lilas y rosas se deshilachan en el este.

En un campo aún en sombras se ven animales negros, ¿vacas? ¿terneros?, echados sobre el pasto húmedo, como si todavía no se enterasen de que ya despertó el día. En otro campo se ve la tierra cubierta de rastrojos amarillos, unas vacas coloradas comen bajo la luz acaramelada de los primeros rayos.

El colectivo avanza y Lali mira el reloj.

Falta menos, se dice, y el corazón le late más fuerte cuando se lo repite.

A la Negra el día se le hace interminable. Apenas amanece cubre la ventana de su cuarto con una frazada, para amortiguar el tufo. Anda todo el día dando vueltas como zombi, moviendo una y otra vez las cosas de lugar, equivocando los cajones, lavando platos que ya estaban limpios.

No puede tragar un bocado. Sólo mate y agua fría.

Por suerte la Lali y el Tito acaban de dormirse. Les contó el cuento de siempre, pero al hacerlo se equivocaba; las palabras le salían mezcladas y sin sentido.

Los arropa, apaga la luz y sale al patio. El aire está cargado.

La Negra se echa sobre la tierra húmeda, de panza al suelo, y mira.

El Chelo, metido en el pozo hasta la mitad del pecho, hunde la pala. Sin pausa. Sin descanso. Avanzaron mucho desde la noche anterior, pero todavía falta. El halo de la luna no falla, le dice la Negra al Chelo en un susurro, anoche lloviznó apenas, pero está noche habrá tormenta.

La Negra lo releva cada media hora bajo la luz de los relámpagos. La tierra, que van sacando en baldes, se amontona a los costados en dos montañas parejas. Tene-

mos que terminar esta noche, dice el Chelo, no importa la hora. No va a aguantar en el ropero con el calor que hace. Sí, y hay que apurarse porque amanece temprano, agrega la Negra. ¿No hubiera sido mejor hacerlo a lo largo?, pregunta el chico. Es preferible en vertical, responde ella, tiene que parecer un pozo ciego.

Siguen turnándose sin descanso hasta que por la altura, deciden que ya está listo.

Van hasta el cuarto de la Negra, quitan el cable y lo sacan.

Envuelven el cuerpo en la Pallette amarilla. No quieren verle la cara, pero no pueden evitarlo. Soñarán muchos años con esos ojos salidos de las órbitas, con la lengua enroscada como un bicho. Lo llevan alzado, pero antes de salir de la casa, al Chelo se le suelta, y los últimos metros lo arrastran como pueden. El golpeteo sordo sobre las baldosas se les graba en la memoria.

Afuera estalla la tormenta. Los truenos ensordecen. Las nubes se desgarran. Los dos bajo la lluvia que arrasa, con la ropa pegada al cuerpo, llevan el bulto en andas, amortajado con el cubrecama. El agua les chorrea por los pelos, se escurre por sus cuerpos. Tiemblan de frío y miedo bajo el cielo electrizado. Lo hunden en el fondo oscuro. Lo empujan. Y sienten como si se abrieran las puertas del infierno.

La lluvia sigue cayendo como cintas de acero.

Retumba su furia contra el techo de chapas. Desde la ventana del cuarto de los chicos, las nubes se ven de color naranja bajo la luz de las farolas. Un rayo se dibuja en el cielo, se oye un estrépito, y el pueblo queda a oscuras. A los pocos segundos, como si fueran balazos, comien-

zan a caer las piedras. Grandes, como huevos de gallina, adoquines irregulares de hielo que se multiplican con una ferocidad extraordinaria. El cielo se cae a pedazos. El ruido es tan demencial que enloquece y aterra.

La Lali y el Tito se sientan de golpe en sus camitas y se agarran las manos. El Tito lloriquea y la Lali ve una sombra en la ventana, que pasa corriendo hacia el galponcito. Cierra los ojos. El lobo está cerca, piensa, bien cerquita de su cama. Recuerda sus botas embarradas. Su boca llena de colmillos. Su olor a perro mojado. Ángel de la guarda, repite por lo bajo, pero no recuerda cómo sigue, Ángel de la guarda, no dejes que venga.

Afuera, en la noche, las piedras se van diluyendo con la lluvia.

El sonido de una pala retumba y se oye desde el cuarto. El Tito llama a su mami; su hermana le dice que está trabajando, haciendo una puerta de hierro para que el lobo no entre. Que se duerma, que ella lo cuida. El Tito la abraza y se chupa el dedo. La Lali le canta bajito una canción de cuna. Se la canta también para ella, hasta que se quedan dormidos.

Las piedras, pelotas de hielo, quedaron amontonadas sobre el bulto recién enterrado, mezcladas con el barro y los flecos amarillos. La lluvia amaina cuando la Negra y el Chelo vuelven para dar las últimas paladas. La luz no ha vuelto; el pueblo está sitiado por una oscuridad que oprime. Apisonan la tierra y disimulan el revoltijo echando unas ramas secas. Mañana sembraremos algo, dice la Negra en un susurro.

Han cesado los relámpagos, apenas cae una llovizna. Ellos dos, envueltos en una sombra impenetrable, no al-

canzan siquiera a distinguirse. Sólo escuchan sus respiraciones. Los latidos. Sienten el olor de sus cuerpos, las manos embarradas. Se miran sin verse. Se perciben. Se tocan. Y se besan como animales antes de irse para el galponcito.

Sentada en la terminal, Lali espera la salida del colectivo para hacer el último tramo y llegar a destino. La bandolera cruzada al pecho, abraza su mochila. El banco es duro; la espera, eterna. Faltan cuarenta minutos para abordar el micro.

Un rayo de sol se cuela por los vidrios sucios, y ella se queda observando millones de partículas que danzan sin rumbo, enloquecidas, hacia todas direcciones.

Se pone de pie, entra a un bar ruidoso y se sienta en una mesa apartada. Hay gente con valijas o bolsos cerca de sus piernas. Con la vista perdida toman sus desayunos a los apurones. Lali revuelve su café con leche, bebe sorbos pequeños y deja la mitad en el pocillo. Pero come las medialunas hasta las últimas migas; las levanta con el dedo y las saborea: tibias, crocantes, dulces.

Se pone de pie y pasea por los pasillos de la terminal. Los recorre de punta a punta, esquivando al hombre vestido de verde que arremete con su escobillón gigante contra la basura.

Se detiene frente a algunas vidrieras. La ropa barata y mal acomodada se desparrama sobre unos exhibidores de hierro cuadriculado: remeras con brillo, pañuelos de gasa, carteras de plástico.

Pasa por el baño y sigue el recorrido. Camina frente al quiosco y mira sin ver el cambalache de ofertas.

Sigue avanzando unos pasos. Pasea su mirada por el escaparate de la librería, deteniéndose en algunos títulos: *Cómo superar el stress*, *Manual de la mujer fuerte*, *Piense y hágase rico*, *Entrénate para la vida*, *Hacia la paz interior*. Cómo si fuera tan fácil, piensa.

Sigue, compra caramelos y una barrita de cereales. De tanto en tanto mira el reloj. Por los altoparlantes anuncian la salida de su colectivo, pero cuando va a pagar las golosinas se da cuenta de que no tiene la cartera.

La busca angustiada dentro de la mochila, en el suelo. Vuelve a hacer el recorrido: el quiosco, el largo pasillo. De pronto se acuerda, corre hasta el baño y revisa los cubículos a la carrera; en el último la ve: su bandolera cuelga de la manija interior de la puerta.

Sale corriendo hacia la dársena. El colectivo ya está saliendo. Lali levanta la mano, pega un grito y corre más rápido, pero nadie la oye.

El maletero da un silbido potente y al fin el coche se detiene. Lali sigue corriendo, con el corazón alborotado, y le agradece al chofer con un suspiro de alivio, mientras la puerta se cierra.

La Chancha Blanca arrincona a la Ordóñez contra la puerta del taller, la sacude por un brazo y la hace entrar de un empujón. Ojalá le rompa la crisma, piensa la Negra, mientras las observa desde la escalera. Nos tiene a todas podridas, esa turra.

Busca un rincón apartado y se sienta. Rebusca los ovillos en la bolsa y prepara las agujas. Tejer es como ausentarme del mundo, piensa. Mejor que las charlas con la psicóloga. Les tejerá dos pulóveres a sus hijitos. ¿Cómo estarán de grandes?, se pregunta, y calcula los tamaños usando las palmas de sus manos sobre las hojas de un diario.

De tanto en tanto los ojos se le van hacia el rincón donde se sentaba la Chuña. Por un momento le parece verla, pasándose la lengua por los dedos y, luego, los dedos húmedos por las cejas, por la boca, por la cara. Pero de inmediato aparta los pensamientos. Acá adentro hay que cuidarse para no volverse loca, se dice. Sabe que nadie se sienta en la silla de la Chuña porque aseguran que está ocupada por su espíritu. Hace apenas dos semanas que la encontraron ahorcada en el baño, la sábana enroscada al cuello, atada a los barrotes del ventanuco.

Su cuerpo, casi pegado al techo, balanceándose. Nadie pudo explicarse cómo hizo para llegar hasta esa altura.

Los tejeré juntos, se dice, uno para cada uno, una parte por vez hasta terminarlos. Aunque nunca los reciban. Enhebra y va contando los puntos. Tiene dos pares de agujas y va tejiendo las pretinas, un derecho y un revés, mientras se pregunta: ¿Volveré a verlos algún día? La foto de la Lali y el Tito se va poniendo amarilla en el fondo del bolsillo. De a poco se ha ido rompiendo en los bordes. No la deja nunca porque tiene miedo de que se la roben.

La Ordóñez está sentada a pocos metros, frente a ella, y finge tejer. Pero no le quita los ojos de encima y cuando sus miradas se cruzan le hace señas obscenas con las agujas. La Negra aprieta los labios y aparta la vista.

Algunas cosen o remiendan mientras parlotean. La Negra teje que teje pensando en sus hijos. Algo hay que hacer para no hundirse en la pena. Para aquietar los pensamientos. Porque eso es lo que más cuesta. La cabeza no para. Gira y gira como una lavadora. Para atrás, para adelante. Ve todo lo que hizo, se ve chiquita. Ve todo lo que no tiene. Imagina lo que le espera: volverse vieja en la cárcel, salir y morirse sola.

Ya terminó la parte de la espalda del que será para el Tito. Pone otra vez los puntos, un derecho y un revés, y piensa cómo estará de grande la Lali. Ya anda por los once. Cuatro años enteros sin verlos. Teje que teje. No quiere pensar, pero no puede evitarlo.

La Nona es la presa más vieja y cumple cadena perpetua por haber matado a sus dos hijos. Como una serpiente que se muerde la cola, su propia madre la molía a palos cuando era chica; ella los tiró una y mil veces

contra las paredes, en un ataque de locura. Hay noches en que la Nona se despierta en medio de alaridos. Dice que los chicos le tiran de las patas para llevarla con ellos. Los ojos se le hunden, la boca se le seca y no aparece por el taller por mucho tiempo. Ahora está haciendo muñecos para los huerfanitos. Los teje al crochet con lanas de colores, los rellena con trapos y algodón, les pone ojitos: osos gordos y amarillos, muñecas patalargas, conejos cachetones. A veces los tantos se le confunden y aparta un muñeco tejido para sus hijos.

La Ordóñez está demasiado tranquila. Tiene las manos metidas en una bolsa y está haciendo algo raro. El brazo derecho se mueve, se sacude como si sacase punta. A la Negra no se le escapa su cara, sus miradas furtivas. Sospecha que está preparando una chuza, pero no puede acusarla. Mejor no meterse con esa hija de puta.

El taller va quedando vacío. Sólo queda la Negra, concentrada en el tejido. Se oye el rechinar de las agujas metálicas. La Colo se le acerca. ¿No salís?, dice. Llego hasta la sisa y voy, responde. Las pocas veces que están a solas pueden hablar tranquilas. Entonces recuerdan el tiempo en que se sentaban a matear en lo de la hermana de la Colo, cuando ella terminaba con la plancha. ¿Para quién es?, pregunta la Colo, y la Negra los levanta. Uno para cada uno, dice, y no hace falta que agregue nada. ¿Te parece que me los traerán algún día?, pregunta, y la voz se le suaviza. No sé qué decirte, Neli, dice la Colo. ¿No hay nadie allá afuera que pueda ayudarte? El domingo me visitó Basualdo, responde la Negra, a escondidas de todos, por supuesto. Prometió que me averiguaría, pero no sé si creerle. La Colo la observa y no puede disimular la pena. ¿Nunca te contestaron las cartas?, pregunta. No,

pero las reciben, dice mientras va cerrando la sisa, eso es seguro. Si no, me vendrían de vuelta. La Colo asiente.

La Negra suspira y junta los ovillos. La Colo la mira y dice: Qué linda camisa te pusiste, Neli, nunca te la había visto. A la Negra le brillan los ojos con una chispa de malicia. Era del finadito el Topo, responde. Pero ya no la necesita. Mete el tejido en la bolsa y agrega: ¿Vamos?, y suelta una carcajada cuando llegan a la puerta.

El Chelo es un hombre de espaldas fuertes y mirada triste; más de una mujer suspira por él. Va prendido al volante del camión sin apartar la vista del camino. Es sábado y le toca ir desde Clorinda hasta Pirané. Su padre se demoró más de la cuenta en San Crispino, y él tuvo que cerrar el negocio para cumplir con el viaje.

La ruta se desdibuja ante sus ojos a causa del sopor de la siesta y del vino que tomó en la comida. Un bocinazo potente lo sobresalta y da un volantazo. Por poco, piensa. Se pasa la lengua por los labios resecos y coloca sobre sus hombros la toalla que humedeció en la última parada. El sudor empapa su espalda, la camiseta se le pega al cuerpo. El verano de Formosa es insoportable, le dijo su padre cuando lo fue a buscar. Pero allá, al menos, nadie te conoce y podrás empezar de nuevo.

¿Se puede empezar de nuevo?, se pregunta.

Vuelve a cabecear. Se detiene en la banquina, baja de un salto y avanza hasta unos espinillos. Abre la bragueta y descarga. La sombra es rala, pero decide sentarse un rato.

Por momentos se nubla. Prende un cigarrillo y se relaja. Cuando las nubes se abren, el sol se cuela entre las ramitas mustias y cae, despiadado, sobre su cabeza. El mismo calor de infierno de aquellas siestas en el galponcito, piensa.

La Negra regresa del pasado y se le prende al cuello. Cierra los ojos. No quiere pensar en ella. Sin embargo, lleva clavado su recuerdo. Todavía siente la seda de su pelo entre las piernas. Sus besos. Su olor. Sus manos. Y la busca en cada encuentro; en cada una de las prostitutas del puerto. Y la sigue buscando en las noches que pasa a solas: en sueños, despierto. La busca sin consuelo, sabiendo que ya nunca podrá tenerla.

El cigarrillo se consumió en su boca y le quema los labios.

Se mete tras un arbusto y se masturba, pensando en las tetas de la Negra, casi con rabia; luego se deja caer de espaldas sobre el pasto y se queda un largo rato inmóvil, con los ojos cerrados. ¡Vida puta!, dice en voz alta. Se limpia la mano en el pasto, cierra la bragueta y se pone de pie.

Después trepa al camión y arranca. Unos nubarrones espesos cubrieron el sol. Abre la ventanilla y el viento caliente le revuelve los pelos, los hace flotar, dejando al descubierto su cara. Su nariz recia proyecta su sombra sobre unos bigotes hirsutos; sus labios abultados, se estiran en una mueca de fastidio.

La ruta se despliega frente a sus ojos como una cinta oscura y se une en el infinito con el cielo plomizo. Hunde el pie en el acelerador. Sus manos aferran el volante, con fuerza, con furia, hasta que los dedos le duelen. Acelera a fondo. Siente que le duelen las manos. La boca. El pecho. La ausencia de la Negra. Duele.

Lali, agitada por la carrera y los nervios, sube al micro y balbucea las gracias, mientras entrega su boleto. El chofer sonríe. Cabecita de novia, le dice, casi casi, ¿eh? Ella le devuelve la sonrisa y busca un asiento: al fondo hay muchos vacíos. Se acurruca junto a la ventanilla y no aparta los ojos de la calle. A Lali le gusta Santa Fe. Pese a que no vive tan lejos, ha ido pocas veces, sólo a hacer algún trámite, a los apurones. Siempre le parece más pequeña de lo que había imaginado cuando vivía en San Crispino. Toman por la avenida bordeada de tipas; Lali no se cansa de mirar el techo verde que forman las ramas en lo alto. El micro asciende por el acceso este y Lali se maravilla ante la laguna, que se expande ante sus ojos, revuelta y cubierta de camalotes. En la margen izquierda, a lo largo de muchas cuadras, se extiende la costanera, con sus casas suntuosas y su bulevar arbolado. El micro avanza, y Lali puede ver el agua barrosa que corre, mientras atraviesan el puente. A un costado hay otro puente, antiguo, de hierro, con gruesos cables de acero que lo sostienen. Y un poco más allá, la playa desierta; sólo un perro negro corre solitario, se detiene y huele, y luego reanuda su marcha con las orejas gachas.

El micro toma más velocidad y sin querer le viene a la mente aquel otro viaje. El que hicieron la única vez que volvieron a Clorinda, cinco años después de que el río se llevara todo. Le parece ver la cara de su abuela cuando acepta la invitación del tío Cacho: irán en camión. Cargan muy poco equipaje y trepan las dos a la cabina. Lali va contenta porque al fin verá a su hermano. Pero a los pocos kilómetros la abuela le arruina el viaje, al soltarle: Ya es tiempo de ver cómo está aquello, tal vez es hora de que regresemos. Lali ya cumplió los diecisiete y la respuesta no se hace esperar. Volverá usted, porque lo que es yo, no me muevo. Lo dice con tono tan áspero, que hasta ella misma se sorprende. Es la primera vez que se atreve a hacerle frente. La abuela la mira en silencio, la boca, una línea; los ojos, dos tajos chanfleados, y luego lanza la frase que tanto le gusta decirle: Usted hará lo que le ordene.

El colectivo frena y aminora la marcha. Deben ir bien despacio, según dicen los carteles. Alguien comenta que el río está crecido y hay evacuados viviendo en las banquinas. Lali observa las casillas precarias que fueron armadas a los apurones; se ven cuerdas llenas de ropa y chicos que corretean. Una nena de ojos grandes saluda con la mano y Lali le responde desde la ventanilla. Pronto los aliviadores quedan atrás, el micro acelera, y retoma velocidad mientras avanza por la ruta.

Lali vuelve a ver aquella otra ruta, camino a Clorinda. Un asfalto oscuro, interminable.

El sol descarga su furia sobre los pastizales amarillos de las banquinas. El pavimento está lleno de pozos, con huellas altas y amorfas, dilatadas en sus bordes. Hay bandadas de loros que surcan el cielo mientras lanzan

graznidos. Es un día de mucho calor y las mariposas se estrellan en el parabrisas, dejando un rastro luminoso. El tío fuma y fuma, prende un cigarrillo con otro, mientras la abuela, como una marioneta de cartapesta, ceba mate en silencio. Por fin llegan a destino, después de tantas horas y ajetreo: de comidas a las apuradas en bares oscuros que huelen a fritanga; de baños mugrientos en las estaciones de servicio; de dormitar sentados en la cabina, a la vera del camino. Llegan a Clorinda y al ver que la casa está en ruinas, el tío Cacho se ofrece a llevarlas hasta el Paraguay. No habrá problemas para cruzar, les dice, conozco a todos los gendarmes; bastará con poner unos pesos en el documento de la Lali. Y otra vez se lanzan a la ruta. Las mujeres cargan atados gigantescos sobre sus cabezas mientras caminan como si no llevaran peso. Los paseros confluyen como si los tragara un embudo en la pasarela La Fraternidad. Contrabando hormiga, explica el tío. La aduana rebosa de gente. Un rato después, la entrada a Asunción. Lali se asombra ante las calles atestadas de coches, largos y brillantes, ante las vidrieras lujosas del centro, ante el bullicio. Entreverados con autos importados, ve carros precarios, repletos de chicos. El sonido de las bocinas se mezcla con los gritos de los vendedores ambulantes, que llenan la vereda de puestos. Todo es un caos, un jolgorio colorido.

El colectivo se detiene de golpe y Lali regresa en el tiempo a este otro viaje. Frente al micro se extiende una cola de autos y camiones. Algunos conductores bajan furiosos, otros se ponen a maldecir desde las ventanillas. Parece que hay piquete, dice el colectivero. Van a tener que armarse de paciencia. Lali reclina el asiento y entrecierra los ojos.

Atraviesan el centro de Asunción y se detienen frente al edificio lujoso donde se ha mudado la tía caballo, con el Rubén y el Tito. Sube por el ascensor, nerviosa. Volverá a ver a su hermano después de cinco años y las preguntas se agolpan: ¿Estará alto? ¿La reconocerá cuando la vea? ¿Sentirá lo mismo que antes? Pero cuando al fin entran, el Tito no aparece. Se fue con el Rubén a la cancha, dice la tía caballo. Sabía que vendrían, pero hoy juegan el Olimpia y el Guaraní, y no se lo pierde por nada. Recién llegan a las medianoche: el Tito ya no es el nene amoroso que ella guarda en su memoria, sino un flaco alto de pelos engominados, que se queda mirándola sin pronunciar una palabra. Lali le sonríe e intenta abrazarlo, pero él le tiende la mano y le dice: *Mba'éichapa reiko?* y al ver su expresión aclara: ¿Qué tal, cómo estás? Lali entiende algo de guaraní, pero se queda perpleja porque comprende que este extraño que la mira ya no es el Tito. Su hermano sólo quedó en la única foto que conserva, aquella vez en que se abrazaban los dos, bajo los naranjos de la casa de Clorinda.

Hace rato que levantaron el piquete. El colectivo sigue avanzando por la ruta cuando Lali ve un cartel. Se acerca al chofer. El hombre le confirma que en diez minutos llegarán a destino y le explica cómo llegar al sitio por el cual ella pregunta.

La Negra tiene los ojos clavados en la penumbra del pabellón. Las horas van pasando y no logra dormirse.

Hace más de una semana que le ocurre lo mismo: cuando entrecierra los ojos aparece una silueta que atraviesa los barrotes y se acerca renqueando hasta su cama. No puede saber quién es porque el rostro es un manchón borroso y a los pocos pasos se escurre sobre el piso como si fuera neblina.

A ella le cuesta entender si es verdad o pesadilla.

En la noche áspera y caliente, la humedad del pabellón y los olores de los cuerpos se mezclan y la asfixian. El rumor de las respiraciones de las otras, el gemido de un mal sueño, el canto de los grillos, parece que se confabularan para destemplarle los oídos.

Por los ventanucos, casi a la altura del techo, se recorta el cielo. La sucia oscuridad se interrumpe con los fogonazos de los relámpagos. Los primeros truenos sacuden el aire cuando oye la respiración a los pies de su cama.

Aprieta los párpados, se tapa los oídos, envuelve su cabeza con la almohada. Rebusca en su mente cualquier recuerdo que pueda rescatarla, que la lleve lejos, que la salve del miedo que la hunde en ese pozo sin bordes.

Pero su mente está en blanco, como si no tuviera más historia que la de aquella noche.

Los bultos de las otras presas se ven quietos. Muchas destapadas, sudorosas; agobiadas por el aire espeso. Algunas han colgado unas mantas raídas alrededor de sus camas y el lugar parece un circo triste.

Una ráfaga de aire helado circula de pronto a su alrededor, como si una sombra invisible caminara. Un temblor sacude el cuerpo de la Negra.

La silueta ya atravesó los barrotes como cada noche desde hace una semana. Pero esta noche es diferente: la silueta no se diluye en la penumbra; está en cuclillas, acechando a los pies de su cama. La Negra lo sabe aunque no la vea. Su respiración se agita, se queda inmóvil. Busca con la mirada, por si fuera alguna presa que se levantó para atormentarla. Nada. Esta noche me metería en la cama de la Ordóñez para no sentirme tan sola, piensa. Pero la Ordóñez hace rato que partió. ¿Será ella la que vuelve?, se pregunta, ¿será su alma que busca venganza?, y se persigna, como hacía su abuela cuando un escalofrío anunciaba que la muerte había pasado cerca.

Un rayo se dibuja en el espacio breve del ventanuco y el sonido se desparrama como si Dios dinamitara el mundo.

La lluvia estrella su furia de agua sobre la ciudad desierta, sobre los techos y las paredes de la cárcel. Sobre el miedo y los pecados de la Negra.

Se esfuerza en regresar a su infancia; quiere encontrar un sitio seguro, un recuerdo alegre, un paisaje grato. Pero no encuentra nada. Sólo el sonido de una pala que cava en la noche, en otra noche que se parece a esta. La Negra cava y cava bajo los relámpagos mientras la tierra se amontona,

mientras sus hijos duermen. Y mientras cava pide que la noche se estire, que la mañana no llegue nunca.

Alguien camina arriba, en la sala de las guardias. El eco de las pisadas retumba en el cielorraso y se mezcla con la fiereza de la lluvia que sigue castigando las azoteas, los patios desolados, las ventanas.

La Negra vuelve a abrir los ojos y ve, al trasluz, el plástico sucio que pusieron sobre la puerta de rejas que da al pasillo; tiene agujeros que hicieron las presas con los dedos.

El sonido de los pasos se apaga y vuelve a sentir la presencia. Quiere pedir ayuda, pero la voz no le sale. Si estuviera la Colo de guardia, piensa.

Se sienta, apoyando sus codos, y entonces las ve. Un rayo de luz se filtra desde algún sitio y las ilumina: dos manos grandotas asoman desde los pies de su cama, agarradas a la baranda de caños. La Negra siente un sudor helado, el corazón se le oprime. Cierra los ojos, el pecho le estalla en un barullo de latidos. Esconde la cabeza; los pelos enredados asoman como una mata de pasto quemado bajo la sábana.

Está empapada y tiembla.

Las sábanas escapan de golpe como si alguien se las arrancara.

La Negra manotea la linterna que esconde bajo el colchón y apunta hacia los pies de su cama. La silueta ha tomado forma: lleva la camisa abierta, el pecho con arañazos y ronchas moradas. El haz tembloroso ilumina unos centímetros más arriba y puede ver la cara picada de viruela, los pelos tiesos, los ojos achinados.

Un alambre al rojo vivo va rasqueteándole los huesos. Los roe con dientes de acero.

La sombra se acerca, y le llega el olor inconfundible del Topo, mezclado con otros olores: ¿tierra?, ¿humo?, ¿muerte? Los labios azules y agrietados pronuncian su nombre, mientras la lengua le cuelga como una tripa hinchada entre los dientes.

El alarido de la Negra serpentea por los corredores y la cárcel entera se estremece.

Las luces se encienden y un tumulto de borcegos retumba por las escaleras.

Los gritos de la Negra no cesan. Estallan por todos los rincones, conmueven las paredes.

Dos guardias le paralizan los brazos con una sábana y la arrastran para la enfermería.

Los pies descalzos de la Negra por fin quedan inmóviles: dos pájaros muertos sobre el plástico helado de la camilla.

Rosa Bustos apura la marcha. Pasa de largo frente a la verdulería y al almacén. No hay tiempo, se dice, no ahora. Camina rápido. Las costeletas que envolvió Basualdo se agitan dentro de la bolsa de red y golpean sus pantorrillas. Tengo que llegar antes de que se despierten, se dice, pobres angelitos.

Y sigue y sigue por una vereda y otra, atravesando las calles resecas y salitrosas por los angostos pasillos de cemento. La escarcha es una espuma de hielo que tapiza los pastos en las cunetas, donde todavía no ha llegado el sol. Sus zapatones de cuero tosco forrados en piel de corderito le abrigan los pies. Por suerte salí temprano, piensa, y camina más rápido.

No mira a nadie esa mañana, no saluda, solo piensa en la Lali y el Tito. Chiquitos del cielo, murmura, ojalá los encuentre dormidos. Los yuyos secos que sobresalen desde un terreno baldío golpean las vendas rosadas que envuelven sus piernas, y algunos abrojos quedan pegados en el borde de su abrigo. Faltan sólo dos cuadras, se dice, mientras su corazón viejo se agita.

Cuando llega a la esquina de su calle ve que algunos curiosos asoman en los frentes. Las vecinas cuchichean mientras barren las veredas; seguramente comentan la

noticia que el Manco Pernussi va desparramando como reguero. Por suerte hace demasiado frío y muchos no asoman aún la nariz fuera de su casa. Gracias Santa Rita, se dice Rosa, cuando llega a su vereda. Con los pelos alborotados y la cara roja, empuja la puerta del jardincito. Se oye un quejido de metales, y los zapatones de corderito resuenan apagados sobre el sendero. Tira la red sobre la mesa y se va hacia el patio trasero para acortar camino. Ya vio que en el frente de la casa de la Negra está el cabito nuevo, y el Chevrolet de Gamarra estacionado sobre la alcantarilla de ingreso. Mira de reojo y ve a los policías improvisando unas vallas sobre la vereda con unos caballetes de hierro. Lo habrán sacado de una película, se dice Rosa, si aquí nunca pasa nada. Y se cuela por el gallinero, justo donde el tejido está caído. Un alambre se le mete entre las vendas y se agacha para quitárselo. Después avanza por el patio de la Negra pisando las hojas secas.

Entra por la cocina y abre la puerta del dormitorio de los chicos: el Tito está dormido y la Lali se está poniendo una polera. Tiene los ojos llorosos. ¿Y mi mami?, pregunta. Rosa Bustos la besa y le pide que cambie rápido a su hermanito para que no tome frío, que ella hablará con los señores y después se irán a jugar a su casa. ¿Y mami?, repite Lali. Debe haber salido a hacer mandados, responde, mientras enfila hacia la vereda. Enseguida vuelvo, agrega, y cierra la puerta.

Lali espía, agazapada, desde el pequeño círculo que limpió con sus deditos sobre los vidrios empañados. Ve a Rosa acercarse a un señor alto, de bigotes largos, que hace ademanes con las manos. El hombre habla a los gritos y le sale humo por la boca. Lali no entiende lo que dice. El señor

de los bigotes levanta los hombros, asiente con la cabeza y mientras prende un cigarrillo, le hace una seña a Rosa.

Lali vuelve a la cama y se pone a cambiar al Tito. Rosa regresa y le habla con dulzura. Le ayuda a terminar de vestir a su hermano. Después le arma las trenzas, atándole dos moños con cintas blancas. Los calza, les pone abrigos y bufandas. Cuando están listos, Rosa carga al Tito en brazos y toma la mano de Lali. Vamos, les dice. Y emprenden la marcha.

Los tres pasan en silencio junto a la gente que comienza a amontonarse en la vereda. Caminan rápido, sin mirar a nadie. Rígidos, como si estuviesen practicando el juego de las estatuas andantes o el del gallito ciego. Lali, la boca apretada, aferra con fuerza la mano de Rosa. Mira de reojo cuando pasa frente al señor alto, y ve que le asoman unos dientes amarillos y grandes bajo el bigote. Los pies de Lali se le enredan, unos con otros, y avanza a los tropezones.

Cuando entran a la cocina, Rosa enciende la radio y busca, hasta que sintoniza un chamamé. Ahora mismo les hago la leche, dice, y vos, Lali, me ayudás a hacer los ñoquis. Lali no abre la boca. Se sienta en la silla de madera y paja, apoya los codos sobre la mesa y hunde su cabecita de trenzas en la cueva oscura de sus brazos enroscados.

El chamamé no alcanza para esfumar la pena.

Rosa se levanta los anteojos y se pasa un pañuelo arrugado por los ojos. Pela papas y las corta en cuadraditos. Las lágrimas se le anudan en la garganta cuando las echa en la cacerola. Busca un huevo en el canasto, el pisapapas en el aparador. Cada vez que se mueve le hace una caricia a Lali con sus manos ásperas. Pisa el puré, le agrega sal y harina.

Un rato más tarde Lali levanta la cabeza.

Rosa pasa un trapo sobre el hule y golpea el amasijo. Cuando los chicos se acercan, les levanta las mangas. Hoy vamos a cocinar los tres, les dice. Y se ponen a armar los ñoquis: primero una pelota de masa, choricitos flacos cortados con cuchillo sin filo, los restriegan por el enrulador de madera. Rosa los entretiene como puede. Echan puñaditos de harina y una nube de polvo flota en el aire. Cuando terminan, hacen muñequitos con las sobras. Lali señala al Tito y sonríe, su hermano tiene una mancha blanca en la nariz.

La salsa suelta su aroma de albahaca y tomillo. Preparan la mesa con servilletas de tela, grandes, almidonadas, y se sientan. Rosa sirve los platos y ayuda al Tito. No comiste nada, Lalita, dice, señalando el plato de la nena. Lali juguetea con el tenedor, pincha un ñoqui y lo deja en el costado. Rosa corta una naranja, le echa azúcar y se las da en la boca con cucharita.

Después friega todo y les anuncia que dormirán la siesta los tres juntos en la cama grande. Y que ella les contará cosas de cuando era chica.

El Tito está de fiesta y no hace preguntas, pero la Lali está callada y seria. Es como si entendiera, piensa Rosa mientras se persigna frente al Corazón de Jesús que está en el hueco de la pared, sobre su cama. Vamos a rezar la oración del angelito que les enseñé, les dice, ¿se acuerdan? Los dos repiten la plegaria con las manos juntas. Después se acuestan. A Rosa se le cierran los ojos. De los nervios y el cansancio. Quiere hundirse en el sueño. Ojalá no fuese cierto.

El Tito ya está dormido. Le sigue Rosa con la boca abierta y la cabeza echada contra el respaldo. Lali es-

pera unos minutos y cuando siente los ronquidos, se levanta en puntas de pie y se escapa en medias hacia el jardín. Se le desataron los moños blancos de las trenzas y le cuelgan las dos cintas sobre la espalda. Atraviesa el sendero de ladrillos bordeado por malvones rojos y rosados y apoya su carita contra la puerta de tejido.

Lali aprieta, y sus manitas le duelen; hunde su cara en los rombos de alambre hasta que una marca delgada y roja se le dibuja en la frente.

Sus ojos, enormes y tristes, ven los patrulleros debajo de los fresnos desnudos, y un revuelo de gente frente a su casa.

Cientos de personas ocupan las veredas a lo largo de las quince cuadras que atraviesan el pueblo. Las mujeres con delantales de cocina, los hombres con ropas de trabajo, hacen visera con las manos, como si buscasen algo. A lo largo de esa calle interminable, parecen hormigas extraviadas que no encuentran su hormiguero, pero inmóviles, paralizadas en medio de un silencio de piedra que lo envuelve todo.

Lali, la nariz incrustada en los rombos, el sabor a óxido del alambre en la boca, busca con los ojos a través del tejido. Observa ese mar de gente quieta: a los que están cerca y a los que están lejos. Revisa uno por uno los rostros hasta donde le llega la mirada. Pero por más que busca y busca, no ve por ningún lado la cara de su madre.

La Negra está envuelta en una manta gris, sentada en la cama de la enfermería; las medias blancas de toalla apoyadas sobre el piso. Ya empezó el otoño, pero todavía el calor abruma. Sin embargo, ella siente frío. Se hamaca en un vaivén interminable con la mirada perdida. Los ojos subrayados por dos ojeras hondas y negras. La boca es una mueca; el pelo, una mata desquiciada.

La Colo la observa desde la puerta y casi no la reconoce: demacrada, la cara hundida. Su cuerpo, un bultito encorvado bajo la manta, una parodia de lo que era.

Entra y se sienta a su lado, le pone un brazo sobre la espalda. Sólo entonces la Negra parece verla. Neli, dice la Colo, ¿cómo estás? Tengo miedo, responde. Tenés que pensar en otra cosa. Se me sigue apareciendo, dice la Negra, me quiere llevar con él. Tranquila, la consuela la Colo, y la aprieta contra su pecho enorme. Te pondrás bien. No te vayas, le ruega la Negra y le aferra el brazo. Si estás conmigo no va a venir. Su voz es un tracito desafinado. La doctora dice que ya podés volver al pabellón, Neli, dice la Colo, yo te acompaño. Le acaricia la cabeza y le susurra: Vamos, ya vas a ver que con los remedios todo volverá a su sitio. La Negra asiente, temblorosa. Acá están las indicaciones por escrito: no podés olvidarte de

tomarlos ni siquiera un día, va diciendo la Colo mientras caminan.

La Negra obedece como si fuese una criatura. Se deja llevar a lo largo del pasillo. Sube las escaleras mugrientas como un fantasma, pisando colillas, marañas de pelos, migas, bollos de pelusas. El olor rancio de los pabellones se mezcla con el de la coliflor, que alguien hierve en la cocina. La Negra se detiene sumisa, mientras la Colo pide el pase en cada una de las puertas, y espera a su lado como una sombra.

Las guardias se mueven, rígidas, en sus uniformes, sacudiendo el enorme manojo de llaves que se entrechocan y tintinean, mientras abren y cierran los candados. Hablan a los gritos entre ellas en jerga tumbera, la misma que usan las presas, en el silencio de la siesta. La Negra avanza con la cabeza gacha, envuelta en su manta como un espectro. Atraviesa el escándalo de rejas y el clac del cerrojo, que resuena a sus espaldas, la estremece más que nunca. Tal vez sea cierto lo que dicen, piensa con la mirada extraviada, ese ruido lo hacen para matarte el alma.

Cuando al fin entran al pabellón, el cansancio le pesa en los párpados. Tenés permiso para permanecer en cama el tiempo que quieras, dice La Colo, mientras la cubre con la manta.

Poco a poco los ojos se le cierran.

Cuando vuelve a abrirlos es noche cerrada. Puede ver los bultos de las otras reclusas bajo las sábanas. Pantalones, corpiños y remeras, se apilan en parvas destartaladas sobre los respaldares de caños. Oye el eco de los pasos del cambio de guardia sobre el piso de madera del corredor. Las tablas se hunden con las pisadas de las botas. Rechinan. Se quejan.

Se siente mejor. Tal vez tenga razón la doctora, piensa, con los remedios se me irán las pesadillas; no voy a dejar de tomarlos. Está más tranquila y por primera vez en mucho tiempo vuelve a pensar en sus hijos. ¿Les darán las cartas?, se pregunta. ¿Cómo serán sus caritas? La Lali debe andar por los catorce y el Tito por los diez... ¿o ya habrá cumplido los once? Tan desamparados, pobrecitos, se repite. Si sólo tuviera noticias. Si Dios existiese, como dice la Nona, tendría que poder abrazarlos aunque sea una vez antes de morirme.

Un sollozo la ahoga y le sacude el pecho, pero lo sofoca. Si los tuviera ante mí, no diría una palabra, se dice, no haría preguntas. Me alcanzaría con sentir en mis brazos el olor de mis hijitos.

Una ráfaga de aire helado entra en el pabellón y envuelve su cama.

Ahí está otra vez.

La silueta atraviesa los barrotes y se acerca.

El corazón de la Negra bombea y bombea sin detenerse. Inútil que se cubra con las sábanas. Inútil gritar. El Topo viene a buscarla.

El aire helado se le mete en la piel, en los huesos, le muerde la carne. La desmenuza, como si mil agujas de hielo la atravesaran.

Él está allí. A los pies de su cama, mirándola fijo.

Sus ojos son dos bolas rojas que rebasan las órbitas. Sus manos rotas y azules aferran sus tobillos. ¡Soltame, hijo de puta!, grita la Negra, pero su voz es un hilo de nada que se desovilla. No tiene fuerzas para resistirse.

Las manos la arrancan de la cama y estrellan su cuerpo contra las baldosas.

Los pelos tiesos del Topo brillan con la luna que asoma en el ventanuco.

El piso se abre y la Negra puede sentir el olor de la tierra. El mismo olor de aquella noche.

El Topo la arrastra con él hacia el fondo del pozo.

Los cascotes duros golpean su cabeza. El polvo barroso entra en su boca, en su nariz, la asfixia. Los ojos de la Negra solo ven la oscuridad más absoluta. Los oídos le estallan.

Una larva le roe el pecho, el corazón, el alma, mientras la tierra húmeda la chupa como una ciénaga. Ella quiere asirse a algo pero todo es un mar de barro. La cabeza le da vueltas.

Si me saliera la voz, piensa y respira hondo. Entonces le brota el grito: Un grito de animal salvaje, de bestia primitiva, mientras el Topo la tironea.

La Colo entra corriendo: la sacude, la obliga a sentarse, le frota los brazos con un líquido helado. Le hunde la nariz en un trapo, y la llevan entre tres por las escaleras; otra vez a la enfermería.

La goma oprime su carne cuando le clavan el acero de la aguja. Un líquido tibio va borroneando los contornos de las cosas.

La cara de la Negra, como una paloma triste, palidece y se aquieta sobre la funda.

La Negra sube las escaleras con paso lento. La Colo va detrás, pero la deja que avance. Sólo la vigila por si se tambalea. Te está esperando en el lugar de siempre, le dice, al lado del taller, donde se encontraban antes. La Negra afirma con la cabeza y sigue.

La mujer está leyendo el informe que le dio la psiquiatra. Cuando la Negra se acerca, se pone de pie y la saluda. Hace meses que no conversan. La mira y nota la mejoría: ha subido de peso y tiene buen semblante. ¿Tiene ganas de charlar un poco?, pregunta. La Negra levanta los hombros mientras se acomoda en la silla. La psicóloga guarda el informe y, después de unos segundos de silencio, le dice: Puede hablar de lo que quiera, de lo primero que le venga a la mente. De su infancia, si prefiere.

La Negra reclina la cabeza en la silla, como si la apoyara en una almohada. Se queda un rato en silencio. Cierra los ojos y respira hondo. Después, comienza a hablar.

Cuando era chica, una hermana de mi abuela tenía un criadero de gallinas. A mí me encantaba. Tres veces por semana me tocaba ayudar. Había que juntar huevos y ponerlos en un canasto de mimbre. Después, a ojo, los

separaba y los metía en unas hueveras de cartón. Tenía que clasificarlos por tamaños, separar los más grandes de los medianos y apartar los rotos y los raros. Los raros también se dividían: los de doble yema, que eran exagerados de grandes, casi como huevos de avestruz; los enanos, como les decían, que eran como huevitos de pinina; y los malformados, que eran unos huevos sin cáscara, transparentes. Impresionaba tocarlos: eran blanditos pero resistentes, como una bolsa tibia de papel de seda; desde afuera se podían ver las claras y yemas, al trasluz, como un líquido turbio, y una cosa larga, rojiza, que se movía ahí dentro como un gusano. Es el embrión, me decía la mujer, y me explicaba cosas que a mí no me importaban. Una tarde se armó el revuelo. Las gallinas se enfermaron de viruela y una a una, empezaron a caer. Tenían unos granos en las crestas, como si fuesen verrugas de carne negra. Cuando entré al criadero, unas pocas estaban echadas, cloqueando bajito, pero cientos de gallinas estaban muertas. Eran sólo un manojo de plumas húmedas y olorosas, el cogote colgando y las patas tiesas, apuntando hacia el techo.

Pero lo que más me impresionó fue entrar ahí una semana después. Sentir el tufo de la comida de los pollos. Ver el agua en los bebederos, la hilera interminable de jaulas vacías, con las puertitas abiertas. Sentí como si flotara en el aire el murmullo de los picotazos sobre la chapa. Como si los ojos de las gallinas muertas me estuviesen mirando. Creo que desde esa vez, me impresionan los fantasmas.

La Negra termina de hablar. Se incorpora y se queda mirándola por un instante, luego baja los ojos. La mujer la observa atenta, la lapicera en su mano, el cuaderno

abierto sobre la mesa. Por hoy está bien, le dice, vamos a dejar ahí. La Negra asiente con un gesto, se pone de pie y regresa, caminando lento, hacia el pabellón de las condenadas.

Lali baja del colectivo y carga la mochila en su espalda. Se pone el gorro de lana, cubre bien sus orejas, enrosca la bufanda. Olvidó los guantes, pero hunde las manos en los bolsillos del abrigo y se pone a caminar.

A poco de andar nota que el aire ya no es tan frío.

Que se guíe por la chimenea de la fábrica, le dijo el colectivero, que así no se perdería.

Lali mira los eucaliptos que se recortan a lo lejos contra el cielo despejado; tan transparente y azul, que parece que alguien lo hubiera pintado con acuarelas. Después de un trecho distingue la torre a la distancia. El sol ya es más tibio. A medida que avanza, la arena del camino está cada vez más suelta, y la marcha le pesa.

En las cunetas, los pastos húmedos se mezclan con la basura: bolsas mugrientas, envases de cartón, de leche o vino, papeles, botellas de plástico arrugadas. Sobre las orillas pulidas, donde las ruedas de los coches no pasan, están las huellas que dejaron los pajaritos: una puntilla de patas cruzadas que parece indicarle el camino, como si fuesen las piedras de Pulgarcito.

Hace dos días con sus noches que el viento norte, helado y triste, sacude los árboles, arrastra ramas sobre los techos y levanta nubes de polvo salitroso.

Poco a poco regresa la calma en el pueblo, pero las murmuraciones no se acallan. El sepulturero relata los pormenores del desentierro, dando los detalles macabros a todos los morbosos que le preguntan. Dice que sueña con los ojos del finado, y con la lengua, sobre todo con la lengua, agrega, y hace un gesto con sus manos.

La historia pasa por muchas bocas y cada uno le agrega algo: que lo habían enterrado vivo. Que tenía la boca llena de tierra y le faltaban dos dedos. Que lo mató con ayuda del sobrino. Que la acelga que le plantaron arriba tenía las pencas anchas como la palma de una mano. Que más de cinco amantes la ayudaron a enterrarlo.

Y así siguen durante días. Semanas. Meses.

En la entrada del cementerio, la comuna cava a los apurones la tumba del Topo; algunos pasan y le dejan una florcita. Un tiempo después le ponen una cruz de hierro forjado y una chapita con su nombre, que se irá borrando poco a poco con el tiempo.

Finalmente Gamarra quedó como un héroe, comenta alguien en el bar de Pascutti, en medio de las jugadas de

pólen. Y las conversaciones se renuevan: si ella se hubiera ido del pueblo, el crimen no se habría descubierto nunca. Terminó cayendo como un chorlito, la muy boluda. Aguantarle tanto para caer tras los barrotes y encima perder los hijos. Era preferible bancarse las biabas antes que terminar pudriéndose en la cárcel.

El cabito nuevo barre la celda solitaria donde estuvo presa la Negra durante esa larga noche, antes de que se la llevaran, esposada, bajo la mirada de la gente que se agolpó en las calles para verla. Y cuenta, a quien quiere oírlo, lo que le dijo la Negra al oído esa madrugada.

Al regresar el cortejo del cementerio, un auto se detiene frente a la casita de la Negra y el Topo. Dos mujeres vestidas de negro lo revuelven todo. Sacan lo importante, ponen llave, atan la entrada con cadena y candado.

Después, cruzan a la casa de Rosa Bustos y golpean las manos.

Las dos mujeres se llevan a los chicos, a la Lali y al Tito, por el sendero de ladrillos. Algunos aseguran que los llevan en brazos; otros dicen que a la rastra.

La puerta de alambre suelta un lamento de metales cuando se cierra de golpe.

Rosa Bustos los mira alejarse, el corazón triste y solo, detrás de las persianas.

La Colo se abanica en la cocina. El ventilador, con la perilla en la máxima velocidad, sólo esparce aire caliente. Acaba de ducharse y está desparramada sobre el sillón, con un camisón liviano. No aguanta la ropa. El gato duerme sobre las baldosas y la perrita en el canasto. El verano arremete con furia en la siesta húmeda.

El teléfono suena y suena, pero no tiene ganas de levantarse. Es la tercera vez que llaman. Es la hora de la siesta... que esperen, piensa. Pero vuelve a sonar. De pronto se le cruza la carita de la Lali y se levanta de un salto. Vení enseguida, dice, y corre a vestirse.

Antes de media hora Lali está sentada en la cocina. Tiene puesta una bermuda raída y una remerita de breteles finos. Estás más rellenita vos, o me parece, le dice la Colo. Aumenté tres kilos, dice Lali y le sonríe. Después saca el sobre de papel manila y vuelca las fotos sobre la mesa. La Colo las observa en silencio. No me lo puedo creer, dice, y se cubre la boca con su mano grandota. Lleva los pelos mojados, levantados en un rodete gordo, bien amarrado con una pinza. Las mejillas arrebatadas por el calor, los pies descalzos sobre el piso fresco. Mira y mira esas fotos, ese pelo negro y liso, el cuerpo sensual, todavía muy joven. Mira el hueco al que le falta la cara, y piensa.

Fueron ellas, dice Lali, mi abuela y mi tía, que la odiaban tanto como te dije. ¿Puedo saber algo?, pregunta la Colo, ¿Por qué no la querían? Lali la mira, pero no responde; sólo sacude los pies, nerviosa. Si no querés decírmelo está todo bien, es por saber, agrega la Colo. Lali sigue un rato callada y al fin dice: Porque ella... ella hizo algo malo. Nunca me lo dijeron con todas las palabras, pero mi mamá terminó en la cárcel. Creo que mató a mi papá. La Colo le aprieta las manos y dice: Por eso me preguntabas tanto. Lali suelta un sí, apenas audible. ¿Tu mamá es...? Lali afirma con su cabeza, la cara pálida, los ojos húmedos. Nélida Torres, como está en el diario. Mi mamá es una de las catorce presas que murieron en el incendio, dice, y saca de la bolsa el recorte amarillento.

La Colo está de espaldas a la puerta. Dentro del lavadero del penal, como si fuese un pequeño cuartel, un hervidero de mujeres forman remolinos yendo y viniendo entre las estufas. Es el invierno más frío de los últimos años. Las internas, como soldaditos, cumplen con su función sin esperar órdenes.

Las pilas de ropa sucia despiden los vapores de los cuerpos que las vistieron y se mezclan con el olor del jabón en polvo y la lavandina. El ruido de las lavadoras aturde. Dentro del lavadero, el calor sofoca. Las planchadoras tienen la cara roja y húmeda. Las pilas de ropa doblada van trepando sobre las mesadas.

Las mujeres hablan a los gritos para hacerse oír, y se hacen bromas entre ellas.

Nadie la oye llegar: la Ordóñez se acerca como una pantera.

Empuja la puerta, los dientes apretados, el entrecejo fruncido, la cara morada de odio. Levanta el brazo con la chuza en alto, lista para clavarla en la espalda de la Colo. Ya imagina su cuerpo rodando, la espalda de su camisa empapándose de rojo; la cara pálida mordiendo el piso, con el último suspiro.

Pero se cruza con una trompada que la tira contra las baldosas. Se frota la boca y escupe sangre. Cuando se quiere levantar la ve. La Negra Torres le patea la mano y la chuza parte como una flecha, y se clava en el umbral de la puerta. La Ordóñez se levanta y le salta al cuello. Se trenzan de los pelos y se revuelcan entre la ropa sucia. La manguera de una lavadora se suelta y un chorro de agua jabonosa se desparrama. Hija de remilputa, te reviento, grita la Ordóñez. La Negra le muerde un brazo. Se insultan. Trola de mierda, la Neli Torres, los pelos chorreando, la ropa mojada pegada al cuerpo. La concha puta que te parió, Negra chota. A los arañazos, a las trompadas. Tratan de separarlas. Llamá a la Chancha, grita la Colo, pero la Ordóñez la empuja y cae de culo. La Colo logra levantarse y arrastra a la Negra para separarlas. La Ordóñez, con ojos de loca, toma un diario y lo enciende con la llama de la estufa. Sólo eso basta. A los pocos minutos todo arde. La Colo corre a tocar la alarma. Después de eso ya no tiene recuerdos. Sólo la cama del hospital, las manos vendadas. Las cicatrices.

El diario amarillento está sobre la mesa de la cocina. La Colo termina de leerlo y lo estira, lo acaricia. La Neli se salvó, dice con voz ronca. Lali la mira sin entender, se retuerce las manos. Tu mamá no murió, agrega, pu-

sieron el nombre en la lista del diario por error. Yo también pensé que estaba muerta cuando me desperté en el hospital. Pero no fue así. Sólo tuvo algunas quemaduras.

Lali la mira y calla. Las lágrimas le bailan en los ojos, pero se niegan a salir. ¿Está en la cárcel?, pregunta, el mentón le tiembla. Salió a los once años, por buena conducta, responde la Colo. Yo estaba de licencia cuando la soltaron y no pude despedirme. En algún momento pensé que podrías ser la hija, pero no estaba segura. La Luján Aguirre, que vive cerca de mi hermana, me contó que tu mamá los buscó a ustedes dos por cielo y tierra cuando la soltaron. A tu hermano lo encontró en Asunción, pero él no quiso verla. ¿Y a mí?, pregunta Lali. ¿Por qué no me buscó?, y la voz se le quiebra. La Colo la abraza, Lali apoya su cuerpito de gorrión en el pecho ancho y manso. Seguro te habrá buscado, le responde, y andá a saber por qué no pudo encontrarte. La espalda de Lali se sacude con sollozos infantiles. La Luján debe de saber dónde vive, le susurra la Colo con los ojos húmedos, ya vas a ver.

Lali lleva en su bolsillo una servilleta de papel con unos trazos a lápiz, como si fuese un mapa, con el nombre de una calle larga y el de otras que la atraviesan. Sabe que tiene que andar por senderos de arena suelta hasta llegar a la defensa. Andá derechito por el terraplén siguiendo la curva del río, le dijo el colectivero, hasta llegar a la fábrica. De ahí tendrás unos doscientos metros. No tiene más datos, sólo sabe que es una casa precaria, la única que está pintada de rosa. Apura el paso y trepa a las defensas.

El terraplén es compacto, ya no hay marcas de pisadas, sólo arena oscura y firme. A un lado y al otro, un poco más allá de las pendientes, ve algunas casitas de barro, otras de ladrillos, con techos de chapas o paja. Hay alambres largos repletos de ropa de diferentes colores y tamaños; mucha, de chicos. El río está muy cerca de los patios de los ranchos que están del lado de la costa, fuera del anillo de las defensas. Bajo un timbó enorme y desnudo, unas cabras mastican pasto y sueltan balidos.

Lali sigue su marcha.

El aire del río sopla y empuja desde la costa. Hace más frío. Aquí no hay árboles que protejan. Sólo el agua, y los camalotes que danzan en remolinos. Se acuerda de

Clorinda mientras camina. Del día en que escaparon de la inundación.

Aquí también el río está muy crecido. Descubre un bote de pescadores que avanza por las aguas revueltas, el motorcito rompe la calma con su bramido de latas enclenques.

No muy lejos de la orilla están arreando los animales que sacaron de las islas: toros y vacas nadan entre mugidos, arremeten asustados en el agua barrosa; deben de querer llegar rápido a tierra firme.

Lali los contempla mientras camina. De tanto en tanto aminora la marcha y se detiene a mirarlos. Algunos animales tienen precintos en las orejas; un hombre a caballo los arrea, a favor de la corriente. Una vaca enorme tiene un cencerro que suena, como avisando el peligro.

Lali sigue. La fábrica queda atrás; el río hace una curva suave, y desde lejos ve las paredes: son de un rosa oscuro.

Cuando llega a la altura de la casa, aprovecha el entrevero de hombres y animales que están saliendo del agua y se detiene. Las vacas mojadas intentan correr entre mugidos, pero el hombre de a caballo las ataja y las obliga a subir a un camión, a latigazos. Lali finge atarse los cordones de sus zapatillas; se sienta sobre el terraplén y mira hacia la casita rosada.

Está muy cerca y la observa: unos postes de madera sostienen la galería. Hay muchas plantas, algunas sobre el piso, otras cuelgan. Y junto a la puerta verde, pintado sobre la pared, la figura del Gauchito. El patio, barrido; en el fondo, una huerta y unas gallinas. La única ventana que se ve está cerrada.

Tal vez no haya nadie, se dice. Quizás salió. Pero en ese instante, oye el ruido de una puerta y ve salir a una mujer desde el fondo.

Lali se queda sentada, aplastándose sobre la arena para hacerse invisible. La mujer lleva un fuentón azul en los brazos, repleto de ropa. Camina por el patio en dirección a la cuerda del tendedero, que está a pocos pasos del terraplén. Reconoce el pelo lacio, por debajo de los hombros, aunque algunas canas se mezclan con el negro.

Lali quiere verle la cara. Pero la mujer estira una sábana húmeda frente a ella, y sólo ve su sombra agrandándose tras la tela. La cuerda de la ropa es pronto un muestrario de sábanas y toallones desplegados al viento, que sacuden su furia y llenan el aire de gotas.

Desde el talud de arena, con los puños apretados, Lali observa.

La mujer vuelve sobre sus pasos y desaparece en el interior de la casa.

Lali mira hacia la puerta verde. El sol del mediodía entibia su cabeza.

Sabe que tiene que ponerse de pie y no se decide.

Siente miedo. Pero para eso ha venido hasta aquí.

Se levanta despacio, las manos se le humedecen.

Baja por la pendiente del terraplén mordisqueándose las uñas.

Respira hondo y golpea con firmeza. Oye los pasos; la puerta se abre.

Sólo puede ver el cuerpo de la mujer, porque la cara queda oculta en un rectángulo de sombras.

Lali junta fuerzas y toma aire.

Al fin, pregunta: ¿Mami...?